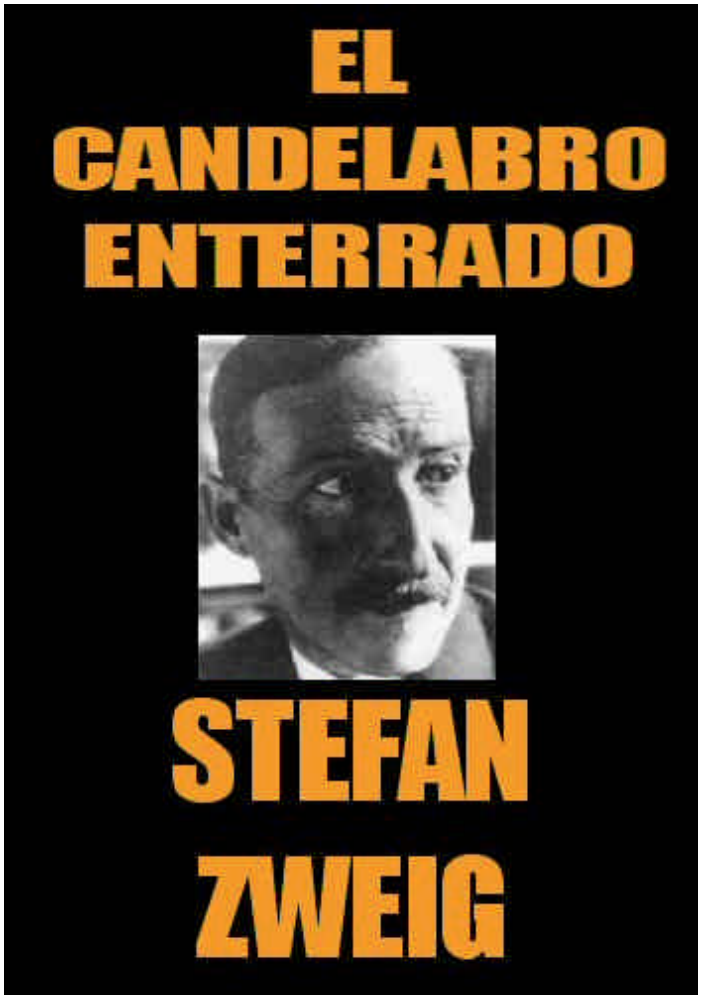
LIBRO dot.com

EL CANDELABRO ENTERRADO

STEFAN ZWEIG



Digitalizado por LIBRO dot.com
http://www.librodot.com

En un luminoso día de junio del año 455 acababa de definirse sangrientamente en el Circo máximo de Roma, la lucha de dos gigantes hérulos contra una jauría de jabalíes hircanos, cuando a la tercera hora de la tarde empezó a cundir entre los miles de espectadores una creciente inquietud. Primero sólo observaban los vecinos próximos que habían entrado a la tribuna -ricamente adornada con tapices y estatuas- en que estaba sentado el emperador Máximo rodeado por sus cortesanos, un mensajero cubierto de polvo, el cual, evidentemente, acababa de apearse al cabo de una cabalgata arrebatada, y que, apenas transmitida la nueva al emperador, éste se levantó, contra todo uso, en mitad de la agitada lucha; le siguió con la misma sugestiva prisa, toda la corte, y pronto desocupáronse también los asientos destinados a los senadores y dignatarios. Tan precipitada partida debía tener un motivo importante. En vano anunciaron nuevos toques estridentes de fanfarrias otra lucha con animales, y en vano azuzóse contra las cortas navajas de los gladiadores a un león numídico de negra melena, que atravesó con bramidos roncos la reja levantada; la oscura nube del desasosiego, cubierta por la espuma pálida de rostros indagadores y tímidamente agitados, se había levantado ya irresistiblemente y se expandió de fila en fila. La gente saltó de sus asientos, señaló las tribunas vacías de los nobles, preguntó y metió ruido, voceó y silbó; y de pronto se divulgó, sin que se supiera quién lo había pronunciado primero, el rumor confuso de que los vándalos, los temidos piratas del Mediterráneo, habían anclado su poderosa flota en Portus y ya se hallaban en camino a la despreocupada ciudad.

¡Los vándalos!

Primero, la palabra corrió de boca en boca, como cuchicheo macilento, luego de repente fue el grito agudamente levantado: "¡Los bárbaros, los bárbaros!", retumbando en centenares, en miles de voces por el redondel escalonado en piedra del circo, y ya se abalanzaba, como empujada por una ráfaga de tempestad, la enorme multitud de hombres en pánico furioso hacia la salida. Derrumbábase todo orden. Los guardias, los soldados en servicio abandonaban sus puestos y huían con los demás; la gente saltó las gradas, se abrió camino con los puños y espadas, pisoteó mujeres y niños que chillaban, y en las salidas formáronse vociferantes y arremolinados embudos de masas apretujadas. A los pocos minutos quedaba completamente barrido el amplio circo que acababa de apretar a ochenta mil personas en un oscuro bloque sonoro. Marmóreo, mudo y vacío, como una cantera abandonada, permanecía el óvalo escalonado en el sol veraniego.

Sólo quedaba en la arena -los gladiadores habían huido ya detrás de los demás- el olvidado león, agitando la melena y bramando provocativo al repentino vacío.

Eran los vándalos. Mensajero tras mensajero llegaron entonces excitados, y cada nueva era peor que la anterior. Habían desembarcado de centenares de veleros y galeras, un pueblo ágil y movedizo; ya se adelantaban relampagueantes al grueso del ejército en la carretera portuense, los jinetes berberiscos y numídicos con albornoces blancos, sobre caballos rápidos y de largo cuello; mañana, pasado mañana, las hordas de bandidos estarían ya a las puertas de la ciudad, y nada estaba dispuesto para la defensa. El ejército de mercenarios luchaba en algún lugar distante, cerca de Ravena; las murallas de las fortificaciones estaban en ruinas desde que Alarico arrasara la ciudad. Nadie pensaba en una resistencia.

Los ricos y nobles disponían presurosos mulas y carros para salvar con la vida por lo menos una parte de sus bienes. Pero ya era tarde. Pues el pueblo no toleraba que en días de

bonanza los señores lo oprimiesen y que en la desgracia lo abandonaran cobardemente. Y cuando Máximo, el emperador, se disponía a escapar del palacio con su comitiva, cayeron sobre él primero maldiciones, y piedras después: finalmente se precipitó el populacho amargado sobre el cobarde y mató en la vía a su mísero emperador, a golpes de porras y hachas. Cerráronse luego, por cierto, las puertas como todas las noches; pero con ello quedó el temor del todo encerrado en la ciudad; como un podrido cenagal pesaba, respirando con dificultad, el presentimiento de algo espantoso sobre las casas enmudecidas

y sin luz, y como un cobertor asfixiante, ahuecábase la oscuridad sobre la perdida ciudad que perecía de horror y espanto; indiferentes y livianas, en cambio, brillaban las estrellas eternamente displicentes; como todas las noches, colgaba la luna su cuerno argentino en la bóveda azul del cielo. Desvelada y con los nervios vibrantes permanecía Roma, y esperaba a los bárbaros como un condenado, la cabeza apretada sobre el tajo, aguardando el golpe ineludible y ya iniciado.

Despacio, seguros, decididos y victoriosos acercáronse en tanto los vándalos desde el puerto por la abandonada vía romana. Los rubios, melenudos guerreros germánicos, marchaban en perfecta formación, centuria tras centuria, a bien aprendido paso militar, y delante de ellos disparaban inquietos, montados en pelo y dando picadero con ágiles vueltas a sus hermosos caballos de pura sangre, los pueblos tributarios del desierto, los númidas de tez oscura y pelo de azabache.

En el medio del cortejo jineteaba Genserico, el rey de los vándalos. Sonreía displicentemente conforme, desde la montura, sobre su pueblo en marcha. El viejo y experto guerrero sabía desde hacía mucho tiempo, por sus espías, que no era de temer una seria resistencia, y que no se preparaba una batalla campal decisiva, sino solamente un despojo sin peligro. En efecto; no se mostraba ningún guerrero enemigo. Sólo en la Porta Portuensis, donde la bien aplanada carretera del puerto llega al barrio céntrico de Roma, enfrentóse al Rey el Papa Leo, adornado con todas las insignias y brillantemente rodeado por todo el clero.

El Papa Leo, aquel mismo anciano de barba canosa quien sólo unos pocos años atrás había incitado tan gloriosamente al terrible Atila, a que respetase a Roma, y a cuyo ruego había cedido en ese entonces el huno pagano en incomprensible humildad. Genserico también se apeó de inmediato al ver al majestuoso barba blanca, y rengueó cortésmente (su pie derecho era corto), a su encuentro. Pero no besó la mano con el anillo de San Pedro, ni dobló piadosamente la rodilla, ya que, como hereje arriano, consideraba al Papa sólo como usurpador de la verdadera cristiandad; y acogió con fría altanería la conjugadora arenga latina del Papa pidiéndole que perdonase a la santa ciudad.

Que no se preocupase, le mandó decir por el intérprete, nada de inhumano debía temerse de él, pues él mismo era guerrero y cristiano. No incendiaría Roma ni la devastaría, a pesar de que esta ciudad, ambiciosa de imperar, había arrasado miles y miles de ciudades, nivelándolas con el suelo. Su generosidad respetaría tanto los bienes de la Iglesia como las mujeres, y sólo haría botín "sine ferro et igne", según el derecho del más fuerte y del vencedor. Pero ahora aconsejaba, y eso lo decía Genserico en tono amenazador, mientras su caballerizo ya le sostenía el estribo, que le abriesen sin la menor demora las puertas de Roma.

Se hizo según las exigencias de Genserico. No se blandió ninguna lanza, no se desenvainó ninguna espada. Una hora más tarde, toda Roma pertenecía a los vándalos. Pero

la triunfadora banda de piratas no invadió la ciudad indefensa como una horda indomada. Los altos, fuertes y rubios guerreros, hicieron su entrada por la "vía Triumphalis" en filas compactas, dominados por la férrea mano imperativa de Genserico, y sólo fijaban su mirada curiosa en las miles y miles de estatuas de ojos blancos que con sus labios mudos parecían prometer buena presa. Genserico mismo se dirigió de inmediato al "Palatium", la abandonada residencia del emperador. Pero no recibió el planeado homenaje de los senadores que esperaban en temerosa hilera, ni hizo preparar un festín: -apenas rozó con una mirada los regalos con que los ciudadanos acaudalados esperaban aplacar su severidad -sino que de inmediato, el riguroso soldado, inclinado sobre un mapa, trazó su plan para el más rápido y al mismo tiempo más completo saqueo de la ciudad. Cada distrito fue sometido a una centuria, y cada uno de los tenientes fue hecho responsable de la disciplina de su gente. Pues lo que entonces se inició no fue un pillaje feroz y desordenado, sino un robo frío, metódico.

Primero, por orden de Genserico, cerráronse las puertas de la enorme ciudad, en las que se apostaron centinelas a fin de que no se escapase ni una sola presilla o moneda. Luego sus soldados confinaron las embarcaciones, los carros, los animales de carga y obligaron a miles de esclavos al servicio, con el propósito de que a toda prisa se pudieran trasladar al nido de piratas africano, cuantos tesoros albergaba Roma. Sólo entonces comenzó el saqueo metódico con fría y silenciosa exactitud. Despacio y metódicamente, tal como un carnicero descuartiza un animal muerto, destripóse en esos trece días la ciudad viviente, arrancándole

pedazo tras pedazo de su cuerpo, que sólo se contraía débilmente. Los distintos grupos pasaban de casa en casa, de templo en templo, conducidos por uno de los nobles vándalos y acompañados por un escribiente, y sacaron poco a poco todo lo que era valioso y movible, las vasijas de oro y plata, las presillas, las monedas, las joyas, las cadenas de ámbar traídas de los países del Norte, las pieles de Transilvania, la malaquita póntica y las dagas labradas de Persia. Obligaron a los obreros a quitar cuidadosamente el mosaico de las paredes de los templos y levantar las lozas porfídicas de los peristilos.

Todo se hizo premeditada, práctica y exactamente. Los obreros bajaron con malacates los tiros broncíneos de los arcos de triunfo, a fin de no deteriorarlos, e hicieron levantar por los esclavos ladrillo tras ladrillo, el techo dorado del templo de "Júpiter Capitolinus", luego de haber saqueado el edificio. Sólo las columnas metálicas demasiado grandiosas como para ser cargadas apresuradamente, fueron rotas a martillazos y serruchadas por mandato de Genserico, con objeto de ganar el metal. Calle tras calle, casa tras casa fueron cuidadosamente limpiadas, y así que se hubieron vaciado por entero las residencias de los vivos, forzáronse los "tumuli", las moradas de los muertos. Violando sarcófagos pétreos arrancaron los invasores peines cubiertos de piedras preciosas del cabello palidecido de difuntas princesas, y los broches dorados de la osamenta descarnada y los anillos con sello de los cadáveres, y aun robaron sus manos, ávidas del "obulus" con que se enterraban los muertos, para que pagasen al barquero por el viaje al otro reino. El botín íntegro de todos esos saqueos aislados juntóse luego, en montones separados, en una plaza previamente designada. Allí yacía la Victoria de alas doradas, junto al cofre adornado con piedras preciosas que contenía la osamenta de un santo. y al lado de los dedos de una noble dama. Barras de plata amontonáronse junto a vestidos de púrpura, preciosos cristales, junto a tosco metal. El escribiente anotó cada pieza con envaradas letras nórdicas en su largo pergamino para prestar al robo una apariencia de legalidad; Genserico rengueaba, con su

séquito, por el tumulto, tocaba las piezas con el bastón, examinaba las joyas, sonreía y daba muestras de aprobación. Miraba satisfecho cómo carro tras carro y barco tras barco, abandonaron, cargados hasta el extremo, la ciudad. Pero no ardía ninguna casa, no se vertía sangre humana. Silenciosos y regulares, tal como en una mina suben y bajan los paternoster, vacíos los unos, llenos los otros, viajaban durante trece días las hileras de carros del puerto al mar y del mar al puerto. Repletos bajaban, vacíos volvían y ya jadeaban los bueyes y las mulas bajo la carga, pues hasta donde llegaba la memoria jamás había sido saqueado tanto en trece días como en este despojo vandálico.

Durante trece días no se percibía en la ciudad con sus millares de casas la voz humana. Nadie hablaba en alta voz. Nadie reía. Había enmudecido la música de cuerdas en las casas, y en las iglesias no elevábase cántico alguno.

Sólo oíanse los martillazos con que se quitó lo inmueble de su lugar, el ruido de columnas derribadas, el chirriar de carros sobrecargados y el ronco mugir de los cansados animales a los que alcanzaba siempre de nuevo el látigo de los verdugos. A veces lloraban los perros, a los que, absorbido por el propio temor, se había olvidado de dar comida; de tarde en tarde resonaba profundo un sonido de tumba sobre las murallas cuando se revelaban las guardias. Pero los hombres, dentro de las casas, retenían la respiración. Derribada yacía la ciudad, la triunfadora del mundo, y cuando de noche pasaba el viento por las calles vacías, sonaba como el apagado estertor de un herido que siente derramarse la última gota de sangre de sus venas.

En aquella decimatercera tarde del saqueo estaban reunidos los judíos de la colectividad romana en casa de Moisés Abthalion, en la orilla izquierda del Tíbet, allá donde el río amarillo dobla perezoso como una serpiente saciada. Abthalion no era de los prohombres de la comunidad, ni conocedor de la Sagrada Escritura, sino un viejo trabajador de temple; pero se había elegido su casa para la reunión, porque el taller en la planta baja ofrecía más lugar que las estrechas habitaciones angulosas. Desde hacía tres días estaban cotidianamente sentados llevando sus blancos vestidos mortuorios y rezando a la sombra de persianas cerradas entre los rollos colgados, los lienzos enjabelgados y las anchas tinas, con una tenacidad sorda y casi aturdida ya. Hasta entonces nada malo habían sufrido aún de los vándalos. Dos o tres veces habían pasado grupos acompañados por nobles y escribientes por la baja y estrecha callejuela de los judíos, donde la humedad causada por los frecuentes desbordamientos quedaba adherida como esponja en las losas de las casas y se precipitaba en frías lágrimas de las paredes derruidas; una mirada de desprecio bastaba a los expertos salteadores para reconocer que no se podía sacar botín alguno de tal miseria. Acá no brillaban peristilos artesonados con mármol, ni triclíneos relampagueantes de oro; aquí no se conservaban estatuas y vasijas de bronce. Por eso, los grupos ladrones, pasaban indiferentes y no amenazaban pillaje ni imposición alguna. Y, sin embargo, estaban apesadumbrados los corazones de los judíos de Roma, y se agruparon en presentimiento atemorizado. Pues una desgracia para la ciudad, para el país que habitaban -lo sabían desde generaciones y generaciones- tornábase siempre, al final, en desgracia para ellos. Afortunados, los pueblos siempre los olvidaban y no se fijaban en ellos. Entonces se adornaban los príncipes y edificaban y pensaban en su magnificencia, y el populacho se divertía rudamente con cacerías y juegos. Pero cada vez que sobrevenían miserias, se cargaba a ellos la culpa. ¡Ah, cuando vencían los enemigos, cuando se saqueaba una ciudad, cuando la peste y otra enfermedad se extendía por los países! Todo el mal del

mundo -ellos lo sabían- tornábase inevitablemente en mal para ellos mismos, y no ignoraban ellos desde hacía mucho tiempo, que no había manera de rebelarse contra ese duro destino, pues siempre y en todas partes eran pocos, siempre y en todas partes eran débiles y carentes de poder. Su única arma era la oración.

Estaban, pues, reunidos los judíos de la comunidad de Roma y oraban. El piadoso murmurar fluía silencioso y constante de sus barbas, como delante de las ventanas el chapotear del Tiber, que estregaba tranquilo y tenaz las tablas de las bateas y lavaba las orillas con su suave peregrinación. Ninguno de los hombres miraba al otro, y sin embargo, movíanse al consuno sus viejos hombros fatigados, mientras que cantando y hablando rezaban unos y los mismos salmos que han rezado cien y mil veces antes que ellos, sus padres y los padres y abuelos de sus padres. Los labios apenas sabían que hablaban, ni los sentidos lo que sentían; ese zumbido quejumbroso y vacilante emanaba como de un sueño oscuro y amodorrado.

De repente se espantaron; un sacudimiento enderezó bruscamente las espaldas encorvadas. La aldaba había golpeado fuerte contra la puerta. Y siempre, ya lo tenían en la sangre, se asustaron de todo lo repentino, los judíos en el extranjero.

¿Pero qué podía esperarse de bueno, cuando se abría una puerta en la noche?

El murmullo se desgarró, como cortado por una tijera; más potente oíase, a través del silencio al río indiferentemente rumoroso. Todos escucharon con la garganta apretada. Y nuevamente cayó la aldaba: impaciente sacudió un puño la puerta exterior. "Ya voy", dijo como para sí mismo Abthalión, y salió arrastrando los pies. La vela pegada a la mesa inclinó su llama fugitiva en la corriente cortante de la puerta abierta; como interiormente los corazones de todos aquellos hombres, temblaba la vela de repente y fuerte.

Sólo recobraron la respiración, cuando reconocieron al que entraba. Era Hycanos ben Hillel, el tesorero de la imperial acuñadora de oro, el orgullo de la colectividad, porque era el único judío al que se permitía entrar al palacio del emperador. Por una gracia especial de la corte, concedíasele el derecho de vivir del otro lado del Transtevere y de llevar distinguidas vestimentas de color; pero entonces su capa estaba rota y su rostro ensuciado.

Todos le rodearon -pues esperaban que trajera un mensaje- impacientes de que contara prontamente y, sin embargo, de antemano ya azorados, porque presentían en su excitación una desgracia.

Hycanos ben Hillel respiró profundamente. Se veía que en su garganta quedaba anudada una palabra que se resistía a brotar. Finalmente gimió:

-Se acabó. Lo tienen. Lo han encontrado.

-¿Qué han encontrado? ¿Quién han encontrado?

Todos jadearon en un grito.

-El candelabro, la Menorah. Cuando llegaron los bárbaros la mantenía oculta, entre las sobras de la cocina. Premeditadamente dejé los demás objetos sagrados en el tesoro, la mesa con los panes benditos, las cornetas de plata y el bastón de Aarón y los incensarios, pues demasiados de los servidores sabían de nuestros tesoros como para que hubiera podido ocultarlos todos. Sólo quería salvar a uno de los objetos del templo: el candelabro de Moisés, el candelabro de la casa de Salomón; la Menorah. Y ya habían saqueado todo el tesoro, ya quedaba vacía la cámara, ya no investigaban más y se sentía seguro mi corazón de que por lo menos habíamos salvado para nosotros ese único de los símbolos sagrados. Pero uno de los esclavos, ¡que su alma se seque! me había espiado cuando guardé el

candelabro y lo denunció a los bandidos, para comprar así su propia libertad. Les señaló el lugar y ellos lo excavaron. Ahora está robado todo lo que antaño se guardaba en el santísimo, en la casa de Dios, la mesa y las vasijas y los frontales del sacerdote y la Menorah. Esta noche, hoy mismo, llevan los vándalos el candelabro hasta los mares.

Por un instante todos callaron. Luego surgió confuso de las bocas empalidecidas grito tras grito:

-¡El candelabro... ay... la Menorah... el candelabro de Dios... ¡ay!... el candelabro de la mesa del Señor... la Menorah!...

Los judíos tambalearon los unos contra los otros como ebrios, golpearon el pecho con los puños, se tomaban las caderas quejándose como si los abrasara un dolor. Como repentinamente cegados, revolvíanse los circunspectos ancianos.

-¡Silencio! -ordenó de pronto con vigor una voz, y todos enmudecieron en el acto. Pues fue el superior de la comunidad. el más viejo, el más sabio. el que les impuso silencio. el gran intérprete de la Escritura, Rabbi Eliéser, al que llamaban *Kab ve Nake*, el puro y claro. Tenía casi ochenta años, y blanca como la nieve cubría la barba su rostro. Su frente estaba surcada por el doloroso arado del pensar inexorable, pero el ojo había quedado bajo el mechón de las cejas, como una estrella bondadoso y limpio. Levantó la mano, delgada amarillenta y arrugada como los muchos pergaminos que había escrito, y cortó con ella el aire en horizontal como si quisiera apartar el ruido cual humo molesto y crear un espacio puro para un decir circunspecto.

-¡Silencio! -repitió-. Los niños gritan de susto, los hombres reflexionan. Sentáos todos y dejadme deliberar. El espíritu es más activo si en tanto descansa el cuerpo.

Los hombres se sentaron avergonzados sobre taburetes y bancos. Rabbi Eliécer hablaba en voz baja a sus barbas y parecía deliberar consigo mismo.

-Ha sucedido una desgracia, una gran desgracia. Hace mucho tiempo ya que nos han quitado los artefactos sagrados y a ninguno de nosotros hase permitido contemplarlos en el tesoro del emperador, con excepción de solo éste. Hyrcanos ben Hillel. Pero, no obstante, sabíamos que estaban a salvo desde los días de Tito. estaban acá y cerca de nosotros. Más gentil nos parecía la extraña Roma cuando pensábamos que aquí descansaban, con nosotros en una misma ciudad, los sacros objetos, que habían viajado a través de mil años, que habían estado en Jerusalén y en Rabel y que siempre retornaban. No nos dejaban depositar panes en la mesa sagrada y, no obstante, cada vez que cortábamos un pan, pensábamos en ella. No nos dejaban poner luces en el candelabro sagrado. Pero cada vez que encendíamos una luz recordábamos la Menorah que estaba huérfana de luces en la casa extraña. No nos pertenecían los objetos sagrados, pero los sabíamos seguros y a buen recaudo. Y ahora ha de empezar otra vez la marcha del candelabro y no ha de ir a su hogar, según esperábamos, sino que se lo llevan y quién sabe adónde. Pero no nos lamentemos. Las quejas solas no remedian nada. Reflexionemos primero bien sobre todo.

Los hombres escucharon taciturnos. con las frentes inclinadas. La mano del viejo erraba por su barba. Ya seguía deliberando como consigo mismo:

-El candelabro es de oro puro, y muchas veces he pensado, ¿por qué deseaba Dios que nuestra ofrenda fuera tan valiosa? ¿Por qué exigió de Moisés que el candelabro sea de gran peso, de siete brazos y adornado con coronas y flores labradas? Muchas veces pensé si ello no creaba un peligro, pues siempre parte el mal de la riqueza, y sólo lo valioso atrae al ladrón. Pero de nuevo reconozco cuán fatuo es nuestro pensar y que todo lo que Dios

manda tiene un sentido más allá de nuestro saber e inteligencia. Pues ahora comprendo: sólo por haber sido valiosos, esos objetos sagrados se han conservado a través de los tiempos. Si hubieran sido ordinario metal y trabajo sencillo, los ladrones los hubieran destrozado distraídamente y los hubieran fundido en espadas o cadenas. Pero así conservaron lo precioso por precioso, sin sospechar de su santidad. Así un bandido los quita a otro y ninguno se atreve a destruirlos, y cada uno de sus viajes los conduce de nuevo a Dios.

Ahora dejadnos reflexionar. ¿Qué saben los bárbaros de lo sagrado? Sólo ven que el candelabro es de oro. Si fuera posible halagar su codicia, les daríamos el doble, el triple de su peso en oro y, quizás, conseguiríamos comprarlo. No podemos luchar, los judíos; sólo en el sacrificio reside nuestra fuerza. Tenemos que enviar mensajeros a todos los dispersos en cada país, para que ayuden a rescatar, entre todos, lo sagrado. El doble, el triple, debemos aportar este año en donaciones para el templo, el traje que vestimos y el anillo que llevamos en el dedo.

Hemos de readquirir los objetos sagrados así fuera por el séptuplo de su peso en oro.

Un gemido lo interrumpió. Hyrcanos ben Hillel alzó afligido la vista.

-Es en vano. Ya lo he tratado- dijo silencioso- Fue mi primer pensamiento.

Hablé a sus tasadores y escribientes, pero eran brutos y crueles. Llegué hasta Genserico y le ofrecí elevado rescate. Escuchó gruñón y movió impaciente el pie.

Entonces perdí la razón e insistí y ponderé que el candelabro había estado en el templo de Dios y que Tito lo había traído de Jerusalén como lo más preciado de su triunfo. Sólo entonces comprendió el bárbaro lo que había ganado y contestó, riendo descaradamente: "No necesito vuestro oro. Tanto recogí aquí que puedo adoquinar los establos de mis caballos y clavar piedras preciosas en sus cascos.

Pero si el candelabro es en verdad el candelabro de Salomón, entonces no tiene precio para mí. Si Tito lo llevó delante suyo en el triunfo de Roma, entonces he de llevarlo yo en el triunfo sobre Roma. Si ha servido a vuestro Dios, entonces debe servir ahora al Dios verdadero ¡Vete!", Y con estas palabras me despidió.

-No debías haberte marchado.

-¿Acaso me fui? Me arrodillé delante de él, abracé sus rodillas. Pero su corazón era más duro aún que las tablillas férreas de sus botas. Me arrojó como una piedra. Y luego me hicieron salir sus siervos a golpes, de modo que apenas conservé la vida.

Sólo entonces comprendieron porqué estaban hechas jirones las prendas de Hyrcanos ben Hillel. Sólo entonces notaron el hilo de sangre coagulada en su sien. Calados permanecían sentados y tan quietos que se oía el lejano rechinar de los carros que seguían y seguían atravesando la noche, y ahora también los roncos cuernos vandálicos extrañamente repetidos de uno a otro extremo de la ciudad Después apagóse todo rumor. Todos pensaron lo mismo: ¡El gran saqueo ha terminado, el candelabro está perdido!

Rabbi Eliéser alzó la vista penosa:

-¿Esta noche, dices, se lo llevan?

Esta noche. En un carro lo llevan por la *vía portuensis* hasta las naves y, quizás, mientras hablamos, ya inicia su viaje. Esos cuernos llamaron a la retaguardia.

Mañana temprano lo cargarán en una embarcación.

Rabbi Eliéser inclinó la cabeza cada vez más profunda sobre la mesa. Parecía quedar dormido al escuchar. Era como un ausente y no se apercibió de que los demás lo miraban desasosegados. Luego levantó la frente y dijo:

-Esta noche, dices. Bien. Entonces también tenemos que ir nosotros.

Todos se asombraron. Pero el anciano repitió, sereno y decidido:

-Tenemos que acompañarlo. Es nuestro deber. Recordad la Escritura y sus mandamientos. Cuando viajaba el arca, partimos nosotros; sólo cuando descansaba, nos era permitido descansar. Cuando viajan los signos de Dios, nosotros debemos viajar con ellos.

-¿Pero cómo hemos de cruzar el mar? No tenemos barcos.

-Entonces iremos hasta el mar. Es el viaje de una noche.

En ese momento se levantó Hyrcanos:

-Como siempre, aconseja Rabbi Eliéser lo acertado. Tenemos que acompañarlo.

Es una parte de nuestra ruta eterna, Cuando viajan el arca y el candelabro, el pueblo, toda la comunidad debe viajar con ellos.

Entonces salió de un rincón una débil vocesita tímida. Simje, el carpintero, un hombre muy contrahecho, fue quien se lamentó medroso.

-¿Y si nos prenden? A centenares de hombres han llevado ya a la servidumbre.

¡Nos golpearán! Nos matarán. Venderán a nuestros hijos, y nada se habrá conseguido y nada se habrá hecho.

-¡Calla! -terció otro-. Y aparta tu temor. Si prenden a uno de nosotros, estará preso. Si muere alguno, habrá muerto por lo sagrado. Todos debemos ir, todos iremos.

-Sí, todos, todos nosotros, -gritaron confusos a un mismo tiempo.

Mas Eliéser, el rabbi, hizo una señal para acallar las voces. Nuevamente cerró los ojos, según era su costumbre cuando deseaba reflexionar. Luego decidió:

-Simje tiene razón. No lo injuriéis como cobarde y endeble. Tiene razón; no todos deben arriesgar su vida y dirigirse insensatos en la noche al encuentro de los piratas. Pues nada hay de más sagrado que la vida. Dios no quiere que se malogre ni una sola inútilmente. Tiene razón Simje, prenderían a los jóvenes y los convertirían en esclavos en la ciudad. Por eso los hombres robustos y los niños, no deben salir con los demás en la noche. Pero otra cosa es con nosotros.

Somos viejos, e inútil es para todos un anciano, y sobre todo para sí mismo. No podemos remar en las galeras, los que apenas tendríamos fuerza de cavar la tierra para nuestra propia sepultura, y hasta la muerte, al sorprendernos, no gana gran cosa. A nosotros toca acompañar los sagrados objetos. Que se reúnan, pues, y se dispongan para el viaje sólo aquellos que tienen más de setenta años.

Salieron fuera del gentío los ancianos, de ambas barbas todos. Eran diez, y al unirse a ellos Rabbi Eliéser, el puro y claro, eran once: los más jóvenes pensaron en los patriarcas del pueblo cuando vieron juntos a los últimos de un tiempo ido, serenos y solemnes. Una vez más se separó el Rabbi de ellos y retornó al otro grupo:

-Los viejos, los ancianos iremos: no temáis vosotros por nuestra suerte. Mas, ha de acompañarnos también un niño, un muchacho, a fin de que sea testigo para la próxima y postpróxima generación. Pronto moriremos, nuestra luz está medio consumida y en breve enmudecerá nuestra voz. Pero que quede uno por años y años, uno que haya visto con sus propios ojos el candelabro de la mesa del Señor. para que prosiga viviendo la certeza de linaje en linaje y de generación en generación, de que lo que consideramos lo más sagrado

no está perdido para siempre, sino que sólo sigue recorriendo su senda eterna. Un niño de corta edad debe acompañarnos, aunque no comprenda el sentido, para que sea testigo.

Todos callaron. Cada cual pensaba temeroso en su propio hijo al que mandar a la noche y el peligro. Pero ya se había levantado Abthalion el tintorero.

-Voy a buscar a Benjamín. mi nieto. Siete años tiene nada más, tantos años como brazos tiene el candelabro, y eso me parece una señal. Preparáos entretanto para la caminata, tomad para el consumo todo cuanto encontréis en mi casa; yo tengo al niño.

Los ancianos se sentaron alrededor de la mesa, los más jóvenes les sirvieron vino y pan. Pero antes de que quebrasen el pan, inició el Rabbi la oración que en todos los tiempos pronunciaban los antepasados tres veces por día. Y tres veces repitieron los viejos con sus delgadas voces decrépitas la anhelante sentencia:

"Misericordioso, quiera tu misericordia reconducir a Jerusalén tu magnificencia y la atención del sacrificio".

Luego de haber pronunciado por tres veces la oración, los ancianos prepararon su marcha. Con calma y circunspección, como si cumplieran un acto piadoso, quitáronse las chamarretas mortuorias, las guardaron en un hatillo junto con el manto para la plegaria y las correas. Los más jóvenes fueron, entretanto, en busca de pan y de frutas para el viaje, y de fuertes bastones para su apoyo. Después, cada uno de los ancianos escribió todavía en un pergamino lo que debía hacerse con sus bienes en el caso de que no volviese, y los demás fueron testigos.

Ínterin Abthalion, el tintorero, había subido por la escalera de madera. Antes se había quitado las botas, pero como era un hombre obeso y pesado, gimió la madera putrefacta bajo sus pasos. Abrió con cautela la puerta de la habitación en la que dormían amontonados (pues eran pobres) su esposa y la esposa de su hijo y los hijos y los nietos. A través de la hendidura de los postigos cerrados penetraba un incierto resplandor de la luna, húmedo y azulado como la neblina, y a pesar de que Abthalion caminaba todo lo cuidadosamente posible sobre la punta de los pies, sintió que desde sus lechos le miraban aterrados ojos fijos y que lo observaron su esposa y la mujer de su hijo.

-¿Qué pasa? -murmuró espantada una voz.

Abthalion no contestó, sino que siguió palpando el camino hacia el rincón izquierdo donde sabía estaba el lecho de Benjamín, el nieto. Afectuoso inclinóse sobre la baja cama de paja. El niño dormía profundamente, los puños como cerrados con cólera sobre el pecho: bravío y apasionado debía ser su sueño. Abthalion le pasó la mano suavemente sobre el cuello revuelto para despertarlo. El niño no despertó en el acto, más sus sentidos debían haber percibido la caricia a través de la manta negra del sueño, pues los puños se aflojaron, abriéronse sus labios tensos, inconsciente sonrió el niño y extendió satisfecho y suave sus brazos.

Abthalion sintió un sincero dolor por tener que sacar a la inocente criatura de tan dulce reposo. No obstante, tomó al dormido y lo zarandeó más fuerte. De inmediato se enderezó el niño y miró con ojos azorados en derredor suyo: era un niño de sólo siete años, pero un niño judío en tierra extraña y acostumbrado, por lo mismo, a asustarse cuando sucedía algo inesperado. Así se asustó su padre a cada aldabonazo, así se atemorizaron todos ellos, los viejos y sabios, cuando en la calle se leía un nuevo edicto, así se estremecían cuando moría un emperador y le sucedía otro, pues malo y peligroso era todo lo nuevo para la calleja de

los judíos del Transtevere en la que él había vivido su pequeña existencia. Aun no ha aprendido la escritura, mas ya sabía eso: temer todo, todo en la Tierra.

Fijó el niño su mirada confusa y rápidamente cubrióle Abthalion la boca para que no gritara espantado. Pero apenas hubo el pequeño reconocido al abuelo, cuando ya se calmó. Abthalión encorvóse sobre él y musitó, muy cercanos los labios:

-Toma tu vestido y tus zapatos, y ven. Pero, ¡silencio, que nadie te oiga!

De inmediato se levantó el niño. Advirtió su secreto y se enorgulleció, porque su abuelo le hacía partícipe del mismo. Sin averiguar con una palabra o mirada, tanteó en busca de su indumentaria y sus zapatos.

Ya se deslizaba hacia la puerta, cuando la madre levantó la cabeza de la almohada y. sollozó recelosa:

-¿A dónde llevas al niño?

-¡Calla! -replicó brusco Abthalion-. Las mujeres no tenéis que preguntar.

Cerró la puerta. Todas las mujeres debían haber despertado entonces en la habitación. Se oía detrás de la delgada madera hablar y sollozar, y cuando los once ancianos y con ellos el niño salieron de la puerta, para iniciar la marcha, ya sabía toda la calleja adonde les llevaba su peligroso camino, como si la extraña nueva se hubiese filtrado por las paredes. De todas las casas salían gemidos y quejidos temerosos. Pero los ancianos no levantaron la vista y no miraron en torno suyo. Callados y serenamente decididos iniciaron su marcha. Era cerca de medianoche.

Ante su asombro, encontraron la puerta de la ciudad abierta y sin vigilancia.

Nadie preguntaba u obstaculizaba su caminar nocturno. Aquel llamado de corneta que habían oído, reunía los últimos guardias vandálicos, y los romanos, encerrados con su temor en las casas, no osaban aún a creer que había terminado la prueba. Por eso estaba completamente vacía la carretera que conducía al puerto sin un carro, sin un rodado, sin un hombre, sin una sombra: sólo las piedras miliares blancas bajo la luz de la luna cubierta de vapores. Sin impedimento atravesaron los peregrinos nocturnos la puerta abierta.

-Venimos tarde ya- juzgó Hyrcanos ben Hillel-. Los carros con el botín deben habérsenos adelantado mucho. Quizás ya estaban en marcha antes de que sonaran los cuernos. Es menester que nos demos prisa.

Todos apuraron sus pasos. En la primera fila iban, apoyado en un grueso bastón, Abthalion y a su derecha Rabbi Eliéser, al que llamaban Kab ve Nake, y entre el hombre de setenta años y el de ochenta, nadaba con menudos pasos, tímido y un poco amodorrado aún, el niño de siete primaveras. Detrás de ellos marchaban de a tres, los demás ancianos, llevando sus líos en la siniestra y el bastón en la diestra; cabizbajos andaban como detrás de un féretro invisible. En su derredor exhalaba pesada la noche de la Campania; ni una brisa salvadora levantó el vaho cenagoso que se cernía espeso y flemoso sobre los campos y que

sabía a tierra putrefacta; y del cielo, sofocadamente cercano, pestañeaba una luna enfermiza y verdosa. Mala y fantasmagórica resultaba en la bochornosa noche la marcha hacia lo incierto, pasando al lado de redondas tumbas, que estaban tendidas en el camino cual animales muertos, y al lado de casas saqueadas cuyos ojos de ventanas destrozadas, seguían estáticos, como los de un ciego, al milagro de los ancianos caminantes. Pero por lo pronto no amenazaba peligro alguno, la carretera dormitaba abandonada y blancuzca como un río congelado en la niebla.

Librodot

No se veían rastros de los bandidos y una vez sola, recordaba, a la izquierda, una casa veraniega romana en llamas su paso merodeador. Ya se había hundido la cima, mas, de dentro coloreaba el fuego lento el humo que se elevaba en espiral, y todos los viejos, los once, al mirarla, tenían uno y el mismo pensamiento:

parecían haber visto la columna de humo y fuego que marchaba con el Tabernáculo cuando los padres y anteriores iban todavía detrás del arca tal, como ellos ahora marchaban detrás de los amados objetos.

Entre los ancianos, su abuelo Abthalion y el Rabbi Eliéser, jadeaba el niño y alargaba esforzado sus pasos para no quedarse atrás. Callaba, porque los demás callaban, pero llenaba su pecho un temor inconmensurable y a cada paso golpeaba su corazoncito doloroso contra las costillas. Tenía miedo, un miedo confuso y sin palabras, porque ignoraba el motivo por el que los ancianos le habían sacado de noche de su cama, miedo porque no sabía adónde lo llevaban, y miedo, sobre todo, porque nunca había visto la noche al aire libre y el cielo inmenso sobre ella. Sólo conocía la noche desde aquella callejuela judía, y ella era pequeña y estrecha. Un palmo de oscuridad con apenas tres o cuatro estrellas que se apretaban a través de las angostas rendijas de los techos. No había por qué temerlas, pues era pletórica de rumores familiares. Llegaban hasta el sueño la oración de los hombres, la tos de los enfermos, el arrastrarse de los pies, el maullido de los gatos, el rumor de la cocina, a la derecha dormía la madre, a la izquierda la hermana, se estaba cuidado, rodeado de calor y respiración, no se estaba solo; el niño se sintió más pequeño que nunca bajo esa cúpula veladamente abovedada.

Si no hubiera estado con los hombres protectores hubiese llorado o tratado de esconderse en alguna parte de esa inmensidad que le acosaba desde todos los lados con su potente silencio. Pero, afortunadamente, quedaba en su minúsculo corazón lugar, al lado del temor, también para un ardiente y alardeante orgullo; pues al mismo tiempo se sintió el niño halagado porque los ancianos (en cuya presencia ni la madre se atrevía a hablar), los grandes y sabios, lo habían elegido a él, precisamente, al más pequeño de entre todos. No sabía por qué y para qué lo llevaban los viejos, pero a pesar de lo infantil que era su sentido, estaba penetrado del pensamiento de que esta marcha a través de la noche debía significar algo grandioso. Quería, por lo mismo, mostrarse digno, a todo trance, de su elección. y alargaba una y otra vez sus pasos, vencía valientemente su corazón cuando golpeaba con excesiva fuerza contra la garganta. Mas el camino seguía demasiado largo. Desde hacía tiempo ya estaba el niño cansado y lo venció siempre de nuevo el terror cuando, a la lechosa luz de la luna, se alargaban de pronto en el camino las propias sombras y después se derretían y no se oía sino el paso, el propio paso, sobre las aplanadas y retumbantes piedras. Y cuando de pronto algo voló inesperado con breve silbido alrededor de su cabeza, un murciélago negro, y rápidamente alejado a la noche, gritó el niño y tomó convulsivo la mano del abuelo.

-¡Abuelo, abuelo! ¿Adónde vamos?

El anciano volvió la cabeza. Únicamente gruñó severo y enojado:

-¡Calla y camina! No has de preguntar.

El niño se agachó como bajo un golpe. Se avergonzaba de no haber sabido reprimir su temor, "No debía haber preguntado", se dijo mortificado.

Pero Rabbi Eliéser, el puro y claro, levantó el rostro serio hacia Abthalion, y por encima del niño que lloraba dijo:

-¡Necio! ¿Cómo no ha de preguntarnos el niño? ¿Cómo no ha de extrañarse cuando lo arrancan del lecho y lo conducen hacia una noche extraña? ¿Y por qué no ha de conocer la criatura el motivo de nuestro éxodo y viaje? ¿No tiene parte, por la herencia de su sangre, de nuestro destino? ¿No llevará por más espacio que nosotros nuestro infinito pesar a través del tiempo? Nuestros ojos están apagados desde tiempo ya, mas él vivirá todavía, un testigo ante otra generación, y el último de los que han visto en Roma el candelabro de la mesa del señor.

¿Por qué lo quieres mantener en la ignorancia, a él de quien queremos que sea sapiente y mensajero de esta noche?

Avergonzado calló Abthalion. Mas Rabbi Eliéser se inclinó tierno hacia el infante, y le alisó alentador el cabello:

-¡Pregunta sin cuidado, hijo! Pregunta cuanto quieras y te daré respuesta.

Peor es para el hombre ignorar que preguntar. Sólo el que ha preguntado mucho, puede comprender. Mas sólo el que comprende mucho, será un justo.

El corazón del niño se estremeció de orgullo, porque le hablaba tan seriamente el sabio a quien todos los demás profesaban tanto respeto. Hubiese querido besar las manos del Rabbi, agradecido, pero era excesiva su timidez, y vacío y silencioso temblaba su labio ardiente. Mas Rabbi Eliéser, que en su vida había estudiado muchos libros, sabía leer también en la obscuridad del silencio los caracteres de los corazones. Atrajo suavemente la mano infantil, que descansó liviana y temblorosa como una mariposa, en la palma fría del anciano.

-Voy a decirte adónde vamos, y nada te quede oculto. Pues no cometemos ninguna injusticia y, aún cuando frente a los demás es un viaje secreto el que hoy realizamos, Dios sin embargo, lo ve y conoce nuestros pensamientos. Sabe lo que comenzamos, pero sólo él sabe, además, cómo terminará.

Mientras Rabbi Eliéser hablaba de esa manera al niño, no interrumpía su caminata, ni lo hicieron los demás. Solo se acercaron a los dos para escuchar, ellos también, lo que el sabio contaba al ignorante niño.

-Es un viejo camino, mi niño, el que proseguimos. Ya lo hicieron nuestros padres y abuelos. Pues hemos sido un pueblo peregrino por largos años y lo volvemos a ser y, quizás, ¿quién lo sabe?, es nuestro sino serlo por los tiempos eternos. No nos pertenece. como a otros pueblos, la tierra sobre la que dormimos, ni crecen semillas y fruto sobre campo nuestro. Atravesamos los países con pies caminantes, y nuestras tumbas están cavadas en tierra extraña. Pero por dispersos que estemos, echados entre surcos como cizaña desde la mañana hasta la medianoche de esta Tierra, nos hemos conservado, sin embargo. como pueblo único y solitario entre los pueblos, por nuestro Dios y nuestra fe en El. Un invisible nos une, un invisible que nos mantiene y reúne, y ese invisible es nuestro Dios.

Sé que te resultará difícil, niño, comprenderlo, pues solo lo visible se abarca fácilmente con los sentidos, sólo lo carnal puede tomarse y tocarse como la tierra y la madera, piedra y metal. Y por eso, los demás pueblos, se han creado sus deidades de objetos visibles de madera y piedras y metales trabajados. Pero nosotros solos y únicos, estamos apegados al invisible y buscamos un sentido superior a nuestros sentidos. Toda nuestra fatiga nace de la urgencia de no atenernos a lo palpable, sino de haber sido y de ser eternamente buscadores de lo invisible. Pero es más fuerte el que se lía con lo invisible que los que dependen de lo

material, pues esto es perecedero y aquello perdura. Y más poderoso es, a la larga, el espíritu que la fuerza. Por eso, y nada más que por eso, niño, hemos vencido al tiempo, porque fieles para con lo eterno, con Dios. el Invisible. Él nos guardó la fidelidad... Sé que te ha de costar, niño, comprender eso, pues nosotros mismos no comprendemos a menudo en nuestro aturdimiento, que Dios y la Justicia en que creemos no se haga visible en estos mundos. Pero aunque ahora no me entiendes, no te confundas y sigue escuchando, mi niño.

-Escucho- respiró, tímido y encantado, el muchachito.

-Con esta fe en lo invisible pasaron nuestros padres y abuelos por el mundo, y para confirmarse a sí mismos que únicamente creían en ese invisible Dios, que jamás se descubrió y al que nunca representó imagen alguna, crearon nuestros antepasados un símbolo. Pues nuestro entendimiento es estrecho e incapaz de abarcar el infinito: sólo alcanza de vez en cuando a nuestra vida una sombra de lo divino, y nada más que una pequeña luz de ello llega raras veces hasta nuestros días terrestres. Pero a fin de que nuestro corazón jamás se enajene de su deber de servir a lo invisible que es la justicia, lo duradero y la gracia, creamos unos objetos para el servicio divino que requerían atención constante; un candelabro, llamado la Menorah, en que ardían eternamente las velas, un altar sobre el que se depositaban siempre renovados panes para la contemplación.

"No eran esos objetos que llamamos sagrados, imágenes del Ser divino -recuérdalo bien- como otros pueblos los crearon insolentemente, sino solo testimonios de nuestra fe eternamente vigilante: y dondequiera que caminábamos por el mundo, ellos nos acompañaban. Encerrados en una arca, los guardábamos en una tienda de campaña, y nuestros antepasados, errantes y sin patria como nosotros, llevaban esa tienda sobre sus hombros. Cuando descansaba la tienda con los enseres sagrados, nos era dado descansar, y cuando viajaba, viajábamos con ella. En el descanso y en el andar, por mil y mil años, el pueblo judío siempre se hallaba agrupado alrededor de ese santuario, y mientras conservemos el sentido por lo sagrado, duraremos como un pueblo en todas partes, por extrañas que nos sean.

"Pero ahora escucha. Los objetos sagrados de aquella arca eran un altar en el que depositamos los panes, el fruto nutritivo del regazo de la tierra, y vasijas de las que se elevan nubes de incienso, y las tablas de la ley en que Dios se nos había manifestado. Pero el más visible de todos esos objetos era un candelabro, cuya luz iluminaba eternamente el altar en el Santísimo. Pues Dios ama la luz que encendió, y nuestro agradecimiento por la luz que ha dado a nuestros ojos y sentidos creó ese candelabro. Era artísticamente labrado en oro puro; siete cálices arrancaban de su tallo ancho, y coronas de flores repujadas lo adornaban.

Cuando las siete candelas estaban encendidas en los siete capiteles, ardía una luz en siete flores, y en su aspecto santificamos nuestro corazón. Cada vez que se enciende, los sábados, conviértese nuestra alma en templo de recogimiento; ningún objeto en la tierra nos es, por lo mismo, tan caro como símbolo como la forma de ese candelabro, y en todas partes donde un judío sigue creyendo en lo Santo, en cada casa bajo los cuatro vientos de la Tierra, eleva todavía una copia de la Menorah sus siete brazos en la oración.

-¿Por qué siete? -preguntó tímido el niño.

-¡Pregunta, pregunta mi niño! El preguntar conduce al saber. El siete es un número peculiar y grande entre los números, pues al cabo de siete días terminó Dios de crear el mundo y al hombre, y ningún mayor milagro del que nosotros estemos en este mundo y lo

sentimos, y amamos, y reconocemos su creador. Por obra de la luz, Dios enseñó a los sentidos a mirar y al alma a saber; por eso alaba el candelabro en sus siete brazos a la luz, la externa y la interna. Pues Dios también nos concedió una luz interior por medio de la Escritura, y como allá sabemos por el mirar, sabemos acá por el reconocimiento. Lo que la llama es para los sentidos, es para el alma la Escritura en la que están registrados las obras de Dios y las obras de los antepasados, la medida de toda actuación, lo permitido y lo vedado, el espíritu creador y la ley ordenadora. Dos veces vemos por la gracia de Dios al mundo por obra de la luz, una vez de afuera con los sentidos, y la otra con el espíritu, y aun logramos comprender su propia esencia gracias a su iluminación. ¿Me comprendes, niño?

-No -exhaló el muchacho.

Entonces, recuerda sólo esto... lo demás lo comprenderás más tarde... Recuerda sólo lo que te voy a decir: lo más sagrado que poseíamos como signo en nuestra peregrinación, y lo único que nos ha quedado de los días de nuestro comienzo, eran la escritura y el candelabro, la Torah y la Menorah.

-La Torah y la Menorah -repitió temeroso el niño, y cerró los puños para retener más fuerte las palabras.

-¡Y ahora sigue escuchando! Llegó un tiempo... lejano ya... en que nos cansamos de caminar. Pues el hombre desea la tierra, como la tierra al hombre. Y como al cabo de años y más años de exilio llegamos a la Tierra que Moisés nos había prometido, nos incautamos de ella por derecho. Sembramos y aramos y cultivamos la vid y domesticamos los animales, y labramos campos fértiles y los rodeamos de setos y vallas, dichosos de no ser eternamente tolerados y expulsados por otros pueblos y los eternos huéspedes del extranjero. Y ya creíamos que nuestra caminata había terminado para siempre, ya osábamos la temeraria palabra de que aquella tierra era nuestra, como si jamás una tierra perteneciese al hombre al que todo sólo le es dado en prenda. Pero siempre olvida que "tener" no significa "mantener", ni "poseer" "conservar". Donde siente tierra bajo sus pies, levanta su casa y quiere asirse al terruño con las raíces de los árboles. Así construimos nosotros por primera vez casas y ciudades, y ya que cada uno de nosotros tenía un hogar, cómo no íbamos a tener urgencia de ofrecer, agradecidos, también a nuestro Dios y Protector, un hogar en nuestro medio, una casa alta y magnífica sobre todas las casas: una casa de Dios. Y surgió en aquellos benditos años de permanencia en nuestro país un rey que era rico y sabio, y al que llamaban Salomón...

-Bendito sea su nombre -interrumpió Abthalión en voz baja.

-Bendito sea su nombre -repitieron los demás ancianos prosiguiendo la marcha.

-...El construyó una casa en el monte Moria donde otrora Jacob, nuestro antepasado, había visto en sueños la escalera que llevaba hasta el cielo, diciendo al despertar: "Este es un sagrado lugar, y por sagrado lo tendrán todos los pueblos de la Tierra". Allá elevó Salomón nuestra casa de Dios y era ella magníficamente construida con piedras y con maderas de cedro y metales trabajados. Y cuando nuestros antepasados elevaban la vista hacia sus muros, sentían su corazón seguro de que Dios iba a residir eternamente en nuestro medio y pacificar nuestro destino para siempre jamás. Tal como nosotros descansamos en hogares propios, descansaba en el recinto sagrado la tienda, y dentro de la tienda el arca tan largamente portada. Día y noche elevaba la Menorah sus siete llamas delante del altar todo lo que nos era sagrado descansaba seguro en el Santísimo del Señor, y aunque invisible,

como había sido siempre y será eternamente, residía Dios, sin embargo, pleno de paz, en el país de nuestros abuelos, en el Templo de Jerusalén.

-¡Que mis ojos lo vuelvan a ver! -murmuraron avanzando los hombres, como en la oración.

-Pero oye, más, mi niño. Todo lo que tiene el hombre, sólo le es dado en prenda, Y el tiempo de su dicha corre sobre ruedas veloces. No era nuestra tranquilidad eterna como esperábamos, pues de Levante irrumpió un pueblo salvaje en nuestra ciudad, como los piratas que tú has visto, irrumpieron ahora en esta ciudad extranjera para nosotros. Cuanto podía ser tomado, lo tomaron; cuanto había qué pudiera ser llevado, se llevaron; cuanto pudo destrozarse, lo destrozaron; sólo lo invisible no pudieron quitárnoslo: La palabra y presencia de Dios.

Pero arrancaron la Menorah, el candelabro sagrado, de la mesa, y lo llevaron, no porque era sagrado... pues eso no entendían los siervos del Malo... sino porque era de oro, y siempre aman los ladrones el oro. Y con el pueblo mismo arrastraron al candelabro y el altar, y todos los objetos sagrados consigo hasta Babel...

-¿Babel? -interrumpió vergonzoso el niño.

-Pregunta, pregunta, mi niño, y Dios quiera procurarte siempre réplica. Babel es llamada aquella ciudad, grande y poderosa como ésta en que ahora vivimos, y tan lejos quedaba de nuestra patria, que las estrellas se hallaban allá de distinta manera sobre nuestras cabezas. Y para que calcules cuán lejos viajaban en ese entonces los objetos sagrados con nosotros, cuenta tú mismo conmigo:

pues, mira, sólo hemos andado tres horas, y ya sentimos dolor y cansancio en nuestros miembros. Pero Babel distaba a tres veces mil horas y más. Ahora comprenderás, quizás, hasta cuán lejos llevaron al candelabro que nos habían robado.

Pero recuerda también esto: Ante la voluntad de Dios, no vale distancia alguna.

Y cuando vio que su palabra seguía siéndonos sagrada en el exilio y... acaso sea éste el sentido de nuestra eterna persecución a través de la Tierra, el que lo sagrado se nos hace más sagrado aún a través de la lejanía, y nuestro corazón cada vez más humilde por el exceso de penas... cuando Dios. digo, vio que resistimos la prueba, despertó el corazón de un rey de aquel pueblo extraño. Reconoció el rey su error, y permitió a nuestros antepasados que volviesen a su patria y les devolvió el candelabro de la casa de Dios y los objetos. Así regresaron nuestros abuelos de Caldea a Jerusalén pasando por desiertos y montes y matorrales.

Retornaron vivos de los extremos de la tierra al lugar en que siempre estábamos y estaremos con nuestros pensamientos. De nuevo edificamos el templo en el monte Moria, de nuevo llameaba con siete luces el candelabro que regresara delante del altar de Dios, y nuestros corazones ardían con él. Mas recuerda bien esto, para que comprendas el sentido de nuestra marcha de hoy: ninguna obra de este mundo es tan sagrada, tan vieja y ha viajado tanto por los tiempos y por la tierra, como este candelabro de siete brazos, y de todos los símbolos que nuestra unión y pureza que teníamos y tenemos, es ésta la prenda más valiosa. Y siempre se obscurece nuestro destino cuando se apaga y obscurece su luz.

Rabbi Eliéser se interrumpió. Su voz parecía extenuada. El niño alzó bruscamente la cabeza y su ojo se convirtió en una pequeña llama ardiente de ansioso temor de que la narración pudiese haber tocado a su fin. Sonriente observó Rabbi Eliéser la impaciencia del infante. Le asió nuevamente la cabellera y dijo apaciguante:

-¡Cómo arden tus ojos desde adentro, niño! Pero no temas: nuestro sino nunca terminará; y aunque yo te narrara por años v más años, no conocerías sino apenas una milésima parte del camino que estamos destinados a recorrer. Mas oye ahora. ya que escuchas bien y a gusto, cómo fue y cómo sucedió en nuestra patria. Nuevamente pensábamos haber fundamentado el templo para los tiempos eternos, pues el perecedero sentido del hombre anhela la duración y desea a sus obras que persistan. Mas otra vez cruzaron enemigos el mar: desde este país en que ahora vivimos como extranjeros, vinieron, y conducíalos un emperador, un guerrero llamado Tito...

-¡Su nombre sea maldito! -murmuraron los ancianos, prosiguiendo la marcha.

-...y él derribó nuestras murallas y trituró nuestro templo. Con insolente pie penetró el temerario al Santísimo y arrancó el candelabro del altar. Su venganza robó lo que Salomón había creado, magnífico, para alabanza de Dios, y llevó consigo. triunfante, a nuestro rey encadenado y los objetos sagrados. Jactancioso prorrumpió el pueblo necio en gritos de júbilo cuando regresó victorioso, como si sus guerreros hubiesen conducido a Dios y lo arrastrasen en cadenas con ellos.

Y tan magnífico creía el abyecto su crimen, tan preciosa nuestra degradación, que mandó construir, fatuo, un arco especial para recuerdo, e hizo grabar en mármol, en la obra artificial, su robo de los objetos divinos.

El niño levantó la frente, atento.

-¿Es aquél arco, con los muchos hombres de piedra? ¿Aquel arco delante de la enorme plaza, del que mi madre me advertía que nunca debía atravesarlo?

-El mismo, mi niño. Pasa siempre a su lado, no mires nunca esa puerta del triunfo, pues ella recuerda nuestro día más doloroso. Ningún judío debe atravesar ese arco, cuyas figuras demuestran cómo ellos se burlaban de lo que nos ha sido y siempre nos será sagrado. Recuerda siempre...

El anciano se detuvo en medio de la palabra. Pues desde atrás se le acercó precipitadamente, de un salto, Hyrcanos ben Hillel, y le puso la mano sobre la boca. Todos se sorprendieron desmesuradamente de semejante osadía. Pero Hyrcanos ben Hillel señaló silencioso a la carretera delante de ellos. Se distinguió allá algo confuso en el halo incierto de luna velada. Algo obscuro se arrastró despacio por la carretera blanca, como un gusano que se desplaza. Y ahora al quedar los viejos parados sin respirar, oíase a través del silencio el chirriar de carros muy cargados. Sobre esa columna obscura que se arrastró laboriosamente, relampagueó algo brillante como tallitos en el rocío matutino: eran las lanzas de la retaguardia númida que custodiaba los carros llenos de botín.

Pero los guardianes perspicaces de aquella caravana, ya debían haber divisado a los que la seguían, pues hicieron volver rápidamente sus caballos, y ya se acercaba a todo galope un destacamento, las lanzas en ristre y con gritos agudos.

Los guerreros numídicos estaban de pie en las sillas, y los albornoces revoloteaban blancos como si los corceles fuesen alados. Los once ancianos se juntaron instintivamente y tomaron al niño en su medio. De pronto se acercaron los jinetes con fuertes gritos y grande revuelo; sólo a unas pocas pulgadas de los asustados ancianos sofrenaron a los caballos con tal fuerza que se encabritaron, para examinar de cerca a los desconocidos rezagados. Pero cuando a la incierta luz de la luna inerte reconocieron que no se trataba de guerreros que les seguían para disputarles el botín, sino sólo de ancianos que atravesaban pacíficos la noche, viejos de barbas blancas y decrépitos, cada uno con un hatillo y un bastón en la mano, tal

como en el país de ellos acostumbraban también los beatos a peregrinar de lugar en lugar, reían confiados a los ancianos y los dientes lucían blancos en sus rostros obscuros y salvajes. Luego emitió uno de ellos un silbido breve y fuerte; nuevamente hicieron girar a sus caballos, volviendo alados y ligeros como una bandada de pájaros a su presa, mientras los ancianos quedaron aún inmóviles por el relámpago del susto, y sin atreverse a comprender que habían sido perdonados y salvados.

Rabbi Eliéser, el puro y claro, fue el primero en recobrarse. Golpeó cariñosamente la mejilla del niño.

-Eres un valiente -le dijo, inclinándose sobre él-. Mantuve tu mano, y ella no tembló. ¿Quieres que te siga narrando ahora? Pues aun no sabes adónde vamos y por qué estamos despiertos en esta noche

-¡Cuenta! -exhaló con débil ruego el niño.

-Te dije, ¿recuerdas?, que Tito, el detestado, llevó nuestros objetos sagrados a Roma y los condujo, pretencioso, a través de toda la ciudad. Pero después de ese día guardaban los emperadores de Roma nuestra Menorah con los demás objetos sagrados de Salomón, en una casa que ellos llamaban templo de la Paz; necia palabra, ¡como si la paz jamás tuviera duración y un hogar en nuestra tierra belicosa! Pero Dios no toleró que permaneciese en un templo ajeno lo que había sido adorno del suyo propio en Sión; envió de noche un incendio, el fuego devoró aquella casa con techo y cima, imágenes y bienes; sólo nuestro candelabro

se salvó de las llamas insaciables, y nuevamente se evidenció que nada pueden sobre él el fuego ni la lejanía, y tampoco la mano rapaz del hombre. Fue un aviso de Dios de que volvieran lo sagrado a su santo lugar y los objetos a la morada que los honraba, no por ser de oro, sino por su santidad. ¿Pero cuándo advierten los necios un aviso, cuándo se doblega el obstinado corazón del hombre dócilmente a la razón?

Rabbi Eliéser suspiró; y prosiguió luego:

-Tomaron, pues, nuestros objetos sagrados y los guardaron en otra casa del emperador, y como allá permanecían en una cámara cerrada durante años y decenios, creían que ahora los tenían a buen seguro para toda la eternidad. Pero siempre azuza un ladrón detrás de otro, lo que uno quitó a la fuerza, le vuelve la fuerza a quitar. Como Roma cayó sobre Jerusalén, así acaba de caer Cartago sobre Roma. Así como ellos nos robaron a nosotros, acaban de ser robados ellos, y tal como ellos profanaron nuestro santísimo acaba de profanarse el suyo. Pero aquellos bandidos también, han robado lo nuestro, nuestra Menorah, nuestros

objetos para el servicio divino, y aquellos carros conducen, allá en la obscuridad, lo más caro a nuestros corazones. Mañana embarcarán el candelabro para llevarlo lejos, inalcanzable a nuestra mirada anhelante. ¡Nunca más veremos, los ancianos, la luz de este candelabro! Y así como se acompañan hasta la tumba los restos de un ser amado, para testimoniar el cariño con ese acompañamiento en el postrer viaje, así acompañamos hoy la Menorah en su partida al exilio. Es lo más sagrado lo que perdemos. ¿Comprendes ahora la tristeza de nuestra caminata dolorosa?

El niño marchaba cabizbajo y callado. Parecía reflexionar.

-Pero recuerda esto: Te hemos traído como testigo, para que en otro tiempo, cuando nosotros nos hayamos convertido en polvo, puedas atestiguar que hemos guardado fidelidad a lo sagrado, y para que enseñes a los demás que sigan guardándola Para que les ayudes a creer con nuestra fe que el candelabro volverá siempre de su camino a través de la obscuridad para alumbrar en el futuro gloriosamente con sus siete luces el altar del Señor.

Te hemos despertado, para que se avive tu corazón, y para que en días futuros hables de esta noche a los que vendrán. Recuerda y consuela a los demás diciéndoles que has visto con tus propios ojos el candelabro que ha viajado mil años sin sufrir daño, como nuestro pueblo, en el extranjero, y del que estoy firmemente convencido que no perecerá, mientras no perezcamos nosotros.

El niño continuaba callado. Y Rabbi Eliéser, el puro y claro, sintió una resistencia en el silencio inmutable del niño. Inclinóse, pues, sobre él y preguntó:

-¿Me entendiste?

Siguió tenaz la nuca del infante.

-No -dijo, terco- no lo entiendo. Pues si... nos es tan caro y tan sagrado el candelabro... ¿por qué nos lo dejamos quitar?

El anciano suspiró.

-Preguntas bien, mi niño. ¿Por qué nos lo dejamos quitar? ¿Por qué no lo defendemos? Pero sólo más tarde comprenderás que en este mundo el derecho se pone del lado del más fuerte y no de los justos. La fuerza siempre impone su voluntad en la Tierra, y la piedad no tiene poder terrenal. Sólo hemos aprendido de Dios a sufrir injusticias y no a imponer el derecho a la fuerza, con el puño.

Rabbi Eliéser dijo estas palabras con la cabeza baja y mientras seguía caminando.

Pero de pronto soltó el niño violentamente la mano de la suya y se quedó parado. A boca de jarro, y casi imperiosamente, preguntó el niño ardiente al anciano:

-Pero Dios, ¿por qué tolera ese robo? ¿Por qué no nos ayuda? ¿No dijiste que era el Justo y el Omnipotente? ¿Por qué se pone del lado de los ladrones y no del de los justos?

Todos se aterraron. Todos quedaron parados, y al mismo tiempo se les detuvo el corazón en el pecho. La pregunta del niño había rajado el vacío de la noche como una fanfarria, como si ese niñito solo declarara la guerra a Dios. Y encolerizado -pues se avergonzaba de su sangre- retó Abthalion a su nieto:

-¡Calla y no blasfemes!

Pero Rabbi Eliéser laceró sus palabras:

-¡Calla tú primero! ¿Por qué rezongas contra el niño inocente? Pues nada más preguntó su cándido corazón, que lo que a diario y hora a hora nos preguntamos tú y yo, y todos nosotros, y los sabios de nuestro pueblo, desde los primeros comienzos. El niño sólo pronunció la vieja pregunta judía: ¿Por qué nos prueba Dios tan duramente, tan luego a nosotros, que le servimos como ningún otro pueblo? ¿Por qué tira justamente a nosotros bajo las suelas de los demás, para que nos pisoteen, a nosotros que fuimos los primeros en reconocerle y loarle en la impenetrabilidad de su ser? ¿Por qué destruye cuanto nosotros edificamos, por qué aniquila lo que anhelamos, por qué nos quita el refugio dondequiera que descansemos, por qué azuza pueblo tras pueblo contra nosotros con odio eternamente renovado? ¿Por qué nos prueba tan duramente, siempre sólo a nosotros, a los que primero eligió y a los que primero reveló su misterio? No, yo no mentiré delante de un niño, pues si su pregunta es blasfema, entonces yo mismo soy blasfemo cada día de mi vida. Pues ved, os digo en verdad a todos: yo también, a pesar de lo mucho que me resisto, yo también disputo con Dios sin cesar, yo también sigo preguntando, a mis ochenta años. día a día, lo que este niño inocente:

¿por qué Dios impele justamente a nosotros a tan profundo pesar? ¿Por que tolera que se nos quiten nuestros derechos, y aun ayuda a quien nos roba? Y una y mil veces me

golpeo yo el pecho con el puño, avergonzado, no logro suprimir y aplastar ese grito interrogante. No fuera judío ni hombre si no me mortificase a diario esta pregunta, que sólo la muerte enmudecerá en mis labios.

Los demás ancianos se estremecieron. Jamás habían visto tan tumultuoso a Kal ve Nake, el puro y claro, el siempre justo. Esa acusación debía haber surgido de lo más hondo de su ser, que de ordinario mantenía reservado, y pareció extraño a todos tal como ahora lo veían, temblando todo él en la demasía del dolor, y separando avergonzado la vista del niño, que alzó sorprendido los ojos avizores hacia él. Mas ya se había recogido Rabbi Eliéser, e inclinándose de nuevo sobre el niño, lo calmó:

-Perdona que haya hablado a ellos y a otro superior a todos nosotros, en lugar de contestarte. Tú me has preguntado, mi niño, desde la candidez de tu corazón:

¿Por que tolera Dios semejante crimen contra nosotros y contra El? Y yo te contesto desde la simpleza de mi espíritu tan sincero como puedo, y te digo: no lo sé. Pues ignoramos los propósitos de Dios y no sospechamos sus pensamientos, pero cada vez que disputo con El en la torpeza de mi dolor y en el exceso de nuestro sufrimiento común, trato de consolarme diciéndome: Quizás tiene un significado ese dolor que nos atribuye, quizás pagamos cada uno de nosotros una falta ¿Quién puede señalar al que la cometió? Quizás fue Salomón el sabio, imprudente cuando levantó el templo en Jerusalén, como si Dios fuese un hombre ansioso de tener un hogar en un lugar único y entre un sólo pueblo.

Quizás era pecado haberle construido una casa con tanta magnificencia, como si el oro fuese más que la devoción y el mármol más que la consistencia y constancia anterior. Quizás fue contra la voluntad de Dios que pretendíamos ser un pueblo judío como los demás y tener una patria y un hogar para decir que *este país es nuestro*, para decir: *nuestro templo*, y nos ha arrancado de la patria para que no fijemos nuestros sentidos. en lo visible, sino para que siguiésemos fieles interiormente a lo inalcanzable e invisible. Quizás consiste nuestro camino verdadero en quedar siempre caminando, mirando melancólicos hacia atrás y anhelantes hacia adelante, siempre deseando la tranquilidad e inquietos siempre pues siempre es sólo un camino sacro aquel cuya meta se desconoce y el que, no obstante, siempre se prosigue tenazmente, tal como en esta noche marchamos hacia la obscuridad y el peligro sin conocer el fin.

El niño escuchaba. Mas Rabbi Eliéser había concluido.

-Pero ahora no preguntes más. Pues tu interrogación es más extensa que mi saber. Espera y ten paciencia. Quizás te conteste Dios una vez desde tu propio corazón.

El anciano calló y callaron los demás. Silenciosos permanecían parados en la carretera, y silenciosos los envolvía la noche, y todos tuvieron la impresión de hallarse solos en la obscuridad del mundo allende el tiempo.

De repente se estremeció uno de ellos, y alzó la cabeza. Presa de temor advirtió a los demás que escuchasen. Y en efecto, algo corrió por el silencio y se aproximó rumoroso. Al comienzo sólo parecía que alguien tocara apenas un arpa, un sonido obscuro, in crescendo, pero ya vibró más fuerte acercándose como viento o mar, y de pronto irrumpió en el bochorno una ráfaga poderosa de un temporal, breve y repentino, de tal suerte que los árboles sorprendidos a lo largo de la carretera alzaron sus brazos como si quisieran agarrarse en el vacío, y los arbustos cuchichearon confusos y el polvo se levantó del camino. Fue como si de repente bamboleasen las estrellas, y los ancianos, agitados como estaban a raíz de su disputa sobre su destino y atentos a la presencia divina, temblaban de

que repentinamente pudieran recibir una respuesta, pues la Escritura decía de Dios que estaba en el vendaval, y que su voz se levantaba en el gorjeo suave. Todos inclinaron la frente hacia el suelo, todos escucharon al mismo tiempo hacia arriba e inconscientemente tomaron unos las manos de los otros para unirse contra lo maravilloso, y cada uno sentía el pulso del otro en su mano como un pequeño martillo arrebatado...

Pero nada sucedió. Tan repentinamente como se había levantado, cesó el viento huracanado, y poco a poco apagóse el rumor en la pradera. Nada sucedió.

Ninguna voz habló, ningún sonido libertó el silencio aterrado. Y cuando uno tras otro volvieron a levantar la vista del suelo, advirtieron que al Este nacía sobre las tinieblas un primer fulgor ópalo y delicado. Entonces reconocieron que sólo había sido el viento que siempre se levantaba antes de comenzar el día, sólo se había producido el diario milagro del surgir del día como después de cada noche terrenal. Mientras aún permanecían intranquilos, acentuóse la claridad de la lejanía rojiza, y ya se libró el paisaje con pálidos contornos de los velos. Entonces sabían había terminado la noche. la noche de su peregrinaje.

-Amanece -murmuró desengañado Abthalion-. ¡Oremos!

Reuniéronse los once ancianos. Quedó a su lado el niño menor, ignorante de la oración, y miró conmovido. Los viejos sacaron de su hatillo los mantos de oración y cubriéronse con ellos los hombros y las cabezas. Ataron las correas a la frente y a la mano, a la izquierda, la más cercana al corazón. Luego se dirigieron al Este, donde sabían a Jerusalén, y agradecieron a Dios que había creado el Universo, y lo alabaron con las dieciocho bendiciones de su perfección. Canturrearon y murmuraron, oscilando el cuerpo hacia adelante y atrás, en el ritmo de su oración. El niño no comprendió todas las palabras, pero vio el fervor con que se balanceaban los viejos en el movido cantar, como antes se habían mecido los arbustos en el huracán de Dios. Después del "Amen" solemnemente elevado, inclináronse todos, doblaron y guardaron sus mantos y preparáronse de nuevo para el viaje. Parecían más viejos los ancianos en la luz que poco a poco se despertaba:

se marcaban más profundas las arrugas de su frente y más obscuras las sombras de sus ojos y boca: como si volviesen de su propia muerte, arrastráronse cansados y penosamente con el niño para cubrir el último y más doloroso tramo de su camino.

Clara y tórrida ardía la mañana itálica cuando los once viejos llegaron con el muchachito al puerto de Portus donde el Tiber deja fluir al mar sus aguas amarillas, lánguido y a desgano. Esperaban muy pocas barcas de los vándalos todavía en la rada: una tras otra hacíanse ya a la mar, con el mástil victoriosamente embanderado, y el ancho vientre cargado de botín. Por último quedó una sola anclada frente a la costa absorbiendo con gula los restos del robo romano de los carros sobrecargados. Carro a carro acercáronse obedientes para ser vaciados, y cada vez llevaban los esclavos sobre sus hombros o alzadas sobre la cabeza las pesadas cargas al barco, pasando por una ancha escalinata de madera: cajones y arcas repletas de oro y ánforas llenas de vino. Pero por más prisa que se daban, consideraba el impaciente capitán que su servicio no era suficientemente rápido y por eso obligaron los guardianes de los vándalos a los esclavos con latigazos a apresurar más y más sus pasos. Ahora que paraba el último carro junto a la barca; era el mismo que los ancianos y el niño habían seguido durante la noche, y que conducía el candelabro del templo. Su carga estaba cubierta todavía con pajas y trapos, pero los ancianos fijaron su ardiente mirada sobre el carruaje repleto, y temblando esperaron que se descubriera. Era ése el momento de la decisión: entonces o nunca había de producirse el milagro.

Pero el niño no miraba como ellos. Como encantado admiró el mar que veía por primera vez. Allá estaba. un infinito espejo azul, brillantemente arqueado hasta la cortante línea donde las aguas tocan al cielo, y más amplio aún apréciale aquel espacio enorme que la cúpula de la noche en la que por primera vez había visto la ronda eterna de las estrellas en el cielo abovedado. Miraba hechizado cómo las olas jugaban unas con otras, como se perseguían, cómo una saltó sobre la espalda de otra y luego se escurría espumosa con una ligera, chasqueante risa de petulancia, para formarse una y otra vez de nuevo: y presintió en ese juego bienaventurado una alegría como jamás se había atrevido a soñarla en la herrumbrada sombra de su angosta callejuela de pobres. Su estrecho pecho infantil se tendió poderosamente y anhelaba ensancharse, hacerse fuerte y grande para embeberse de aire y mundo, y sentir el halo de ese goce hasta muy adentro de su sangre judía, intimidada. El niño sintió irresistible deseo de adelantarse hasta junto al líquido, de abrir sus pequeños brazos para apretar cuando menos un soplo comprensivo de ese infinito contra el propio cuerpo; sentíase interiormente elevado al contemplar tal belleza y claridad, y dichoso como nunca. ¡Oh, cuán cándido era todo aquí, cuán libre y exento de temores! Como proyectiles blancos abalanzábanse y levantábanse las gaviotas, las hermosas embarcaciones hinchaban

suaves y sedosas sus velas en el viento. Y de repente, cuando el niño reclinó la cabeza, con los ojos cerrados, para embeber más profundamente el fresco aire salado, recordó la primera palabra que había aprendido: ¡Al principio creó Dios el cielo y la tierra! Y por primera vez le resultó con sentido y forma el nombre de Dios que el día anterior habían pronunciado los padres, los ancianos. Un grito le sobrecogió. Los once ancianos se habían exclamado como por una sola boca, y en seguida corrió hacia ellos. Se acababa de quitar los trapos que cubrían el último carro, y cuando los esclavos berberiscos se inclinaron para sacar una estatua argentina de Hera -pesaba varios quintales- empujó uno de ellos con un pie el candelabro a un lado, porque le molestaba. La Menorah se golpeó y rodó duramente. Y cayó del carro a tierra. Un solo grito de espanto desgarró el pecho de los ancianos cuando vieron cómo el símbolo sagrado que viera Moisés, que bendijera Aarón, que había estado en la mesa del Señor en la casa de Salomón, rodaba míseramente en los excrementos de los tiros, profanado y manchado con lodo. Los esclavos negros levantaron curiosos la vista al oír el grito. No comprendieron por qué aquellos necios barba-blancas emitieron tan aguda voz y por qué se tomaron de los brazos los unos a los otros formando una convulsiva cadena de dolor. Pues no se les había hecho mal alguno. Pero ya chasqueaba el látigo del guardián sobre su carne desnuda, y serviles hundieron de nuevo sus brazos en la paja del carro, sacando un desnudo de pórfido brillante, luego otra enorme estatua que, con cuerdas en la nuca y en los pies, subieron sobre la escalinata de a bordo como a un animal carneado. El fondo del carro se vació cada vez más rápidamente. Sólo quedaba tendido, descuidado debajo del carro, medio cubierto por una rueda, el candelabro, el imperecedero. Y los ancianos, que se agarraban mutuamente, vibraban en una esperanza común: ¡Ojalá los ladrones olvidasen en su precipitación el candelabro! ¡Ojalá lo pasasen por alto! ¡Ojalá se realice aún en último momento el milagro de la salvación!

Pero en ese instante observó uno de los esclavos el candelabro, se inclinó, lo levantó y lo cargó sobre sus espaldas. Ardía puro en el sol, brillaba y llameaba y parecía iluminar más aún al día: por primera vez en su vida contemplaron los ancianos el perdido sagrario de su pueblo, y ¡ay!, en el mismo instante en que vieron al amado símbolo, ya volvió a desaparecer en la lejanía. Con ambas manos, la derecha y la izquierda, sostuvo el negro de

anchos hombros la dorada Menorah para mantener en equilibrio su pesada carga mientras subía por la vacilante escalera de madera; cuatro pasos, cinco pasos aún, y había desaparecido por siempre ese objeto sagrado. Como atraído por una fuerza secreta, se arrastraron los once ancianos, sosteniéndose mutuamente, hasta la escalinata, la vista casi cegada por las lágrimas, y con palabras confusas chorreaba la baba de sus labios.

Se adelantaron vacilantes. como bebidos, con la boca ávida, con ávida mirada para, al menos tocar con su devoto beso el símbolo sagrado. Uno solo, Rabbi Eliéser conservó la lucidez en su dolor. Apretó nervioso la mano del niño -y su apretón le dolió tanto al niño que éste por poco gritó.

-¡Mira! ¡Mira! Tú serás el último de los que han visto lo sagrado. Tú serás testigo de cómo lo llevaron, de cómo lo robaron.

El niño no comprendió las palabras. Pero sintió el dolor de los demás hasta en la profundidad de la sangre, y advirtió que se estaba cometiendo una injusticia.

Una ira, una cólera infantil, atravesó ardiente su cuerpo. Sin saber qué hacía, se soltó el niño, del septenal, a la fuerza, y corrió detrás del negro que en ese instante pisaba la escalinata bamboleándose fatigado bajo la pesada carga. ¡No, no había de llevarse la Menorah, ese hombre extraño! Insensato asaltó el niño al fornido hombre, para. arrebatarle el robo.

El esclavo, grandemente cargado, vaciló bajo la inesperada arremetida. Fue solo un niño el que se colgó de su brazo, pero manteniéndose con dificultad en equilibrio sobre la estrecha tabla oscilante, pisó el esclavo tambaleante en el vacío, a consecuencia del repentino asalto de atrás, y se cayó arrastrando al niño.

En eso se le escapó rodando el candelabro. Desplomóse con todo su peso violentamente sobre el brazo derecho del infante. Este sintió como si se le hubiera picoteado y triturado la carne y los huesos. Pegó un grito penetrante. Mas este grito se perdió en el repentino puje de los demás. Pues todos gritaron simultáneamente: los ancianos horrorizados por el crimen de que la sagrada Menorah rodara de nuevo por el fango; desde la embarcación gritaban, a su vez, furiosos, los vándalos. El guardián se acercó e hizo retroceder a los ancianos a latigazos.

Entretanto ya se había levantado amargado el esclavo, apartó con el pie al niño que gemía, volvió a hombrear el candelabro y lo llevó entonces rápidamente, como un fugitivo, por la escalinata hasta a bordo.

Los once viejos no prestaron atención al niño. Ninguno vio cómo estaba tendido quejándose y retorcido, pues no miraban al suelo. Sólo veían al candelabro que ahora subía sobre los hombros del esclavo, elevados los siete cálices hacia Dios, como unos sacrificios. Ahora vieron cómo a bordo lo tomaron indiferentes manos extrañas y cómo lo tiraron junto a los demás despojos. Y ya sonó estridente un silbido, rechinando subió la cadena al ancla, y abajo, en el espacio invisible en que los esclavos de la galera estaban encadenados a sus bancos, empezaron cuarenta remos el uniforme movimiento hacia adelante, atrás, adelante,

atrás. Bruscamente se movió la embarcación. Blanca espuma corrió sobre la carena, rumorosa se deslizó y ya se levantaba y se hundía su cuerpo pardo sobre las olas como si viviera y respirara, y con las velas hinchadas dirigióse la goleta desde la rada directamente a la infinita mar abierta.

Los once ancianos siguieron con la vista fija en el navío que se alejaba. Otra vez se habían tomado de las manos y temblaban, una sola cadena de terror y dolor. Todos habían

esperado en secreto, sin que el uno se confiara al otro, que en último y postrer momento aún se produjera el milagro. Pero liviana y acariciada por el viento suave, resbaló la nave con las velas combadas sobre las aguas, y cuanto se achicó su silueta en la lejanía, tanto más lastimeramente se derritió la esperanza en sus corazones y se perdió en el inacabable mar de su tristeza. Ya, la nave sólo brillaba pequeña como el ala de una gaviota, y al fin -las lágrimas obscurecieron su mirada. ¡Perdida toda esperanza! Una vez más viajaba el candelabro a tierra extraña y lejana, eternamente en camino, eternamente perdido.

Sólo entonces, volviendo la vista del mar, recordaron al niño que estaba tendido, lanzando gemidos sordos, con su brazo machacado, en el lugar al que el candelabro lo había tirado al caerse. Levantaron al sangrante y lo colocaron sobre unas angarillas. Todos se avergonzaron porque ese niño había hecho ingenuamente lo que ninguno de los hombres se había atrevido a hacer, y Abthalión temía a las mujeres porque devolvía al nieto como lisiado a la madre e hija. Sólo Rabbi Eliéser, el puro y claro, los consoló:

-No os quejéis, ni os condoláis de él. Recordad la Escritura que habla del hombre a quien Dios abatió porque había tocado el arca para apoyarla, pues Dios no quiere que se toque lo sagrado con manos carnales. Pero El perdonó al niño y sólo golpeó el brazo. Hay quizás una bendición en ese dolor, y un llamamiento. Luego se inclinó tiernamente sobre el niño gimiente:

-No reprimas ese dolor, sino absórbelo. Este dolor también es una herencia.

Pues sólo en el dolor vive nuestro pueblo, sólo el pesar engendra su fuerza creadora.

Has experimentado algo grande, pues tocaste lo sagrado y sólo se lastimó tu cuerpo, mas no tu vida. Quizás resultes elegido por este dolor y queda un sentido en tu destino.

Desde aquella noche vandálica pasaron los años inquietos en el Imperio romano, y sucedió más en el tiempo en que vive un hombre sólo de lo que antes había sucedido en siete generaciones. Otro emperador llegó al poder sobre Roma, y otro, y otro más, uno se llamó Aurilius, los que le siguieron Maioranus y Libius Severus, y Anthemius. Uno asesinaba o expulsaba al oro, de nuevo invadían pueblos germanos la ciudad y la saqueaban.

Otra vez (y eso siempre dentro del espacio de vida de una sola generación), fueron coronados nuevos emperadores, y depuestos, y por fin, los últimos de Roma, Licerius y Julius, Nepos y Rómulus Augustulus, hasta que luego se incautaban del dominio rigurosos guerreros nórdicos, Odoacro y Teodorico. Pero también este imperio gótico, del que sus reyes creían que, endurecido en la disciplina y ceñido en acero, sobreviviría generaciones, cayó y decayó en los años de esa misma generación, mientras en el Norte emigraban y se unían pueblos y, allende el mar, en Bizancio, se levantó otra Roma. Parecía que desde la noche en que la Menorah se encaminó por la Porta Portuensis, no debía haber más paz y tranquilidad en la milenaria ciudad del Tíber.

Hacía tiempo ya, que la muerte se había llevado a los once viejos que acompañaron al candelabro en aquel su último viaje, y ya estaban enterrados también sus hijos, y eran ancianos ya sus nietos. Mas seguía en vida Benjamín, el nieto de Abthalion, el testigo de aquella noche vandálica. El niño de entonces se había convertido en mozo, el mozo en hombre y el hombre en anciano. Siete de sus hijos le habían precedido en la muerte, y uno de sus nietos había perecido cuando el populacho incendió, bajo Teodorico, la sinagoga. Pero él, con su brazo destrozado, vivía aún; así como en el bosque la tempestad derriba a los árboles a diestra y siniestra y queda uno solo, el más fuerte, así sobrevivía ese anciano

al tiempo, y vio morir a emperadores y desaparecer imperios. La muerte solo lo respetaba a él, y su nombre era grande y casi santo entre los judíos del mundo.

Llamábanle, por su brazo destrozado, Benjamín Marnefesh, lo que quiere decir el hombre a quien Dios probó amargamente; y a nadie veneraban como a él.

Pues era el último y único que con sus propios ojos había visto al candelabro de Moisés, el candelabro del templo de Salomón, la Menorah que, huérfana de luces, yacía sepultada en el tesoro de los vándalos. Cuando llegaban a Roma mercaderes procedentes de Livorno, Génova o Salerno, de Maguncia, Tréveris o los países de levante, se dirigían siempre primero a su casa para ver de cara a cara el hombre que con sus propios ojos había visto aún los objetos sagrados de Moisés y Salomón. Inclinábanse respetuosos delante del viejo como ante una imagen sagrada, y contemplaban con conmovido terror su brazo tullido y con los dedos palpaban la mano que otrora había tocado el candelabro del Señor. Y aun cuando todos sabían -pues en aquel tiempo el verbo se difundía tan activo por el mundo como hoy lo escrito- lo que Benjamín Marnefesh había sufrido en aquella noche vandálica, no dejaban de rogarle que una y otra vez les narrase el viaje de esa noche. Y con eternamente igual paciencia contaba el anciano siempre el éxodo del candelabro, y un fulgor atravesaba la maraña de su barba cada vez que anunciaba lo que en aquel entonces le había predicho Rabbi Eliéser, el puro y claro, cuyo cuerpo se había hundido en la fosa, hacía mucho tiempo ya. Advertía a sus visitantes que no debían desanimarse, pues no había llegado a su término el viaje del símbolo sacro; el candelabro volvería a Jerusalén, y entonces terminaría su propio destierro y se volvería a reunir el pueblo en torno a su símbolo salvado.

De esa suerte, todos salían reconfortados de su casa, y enlazaban su nombre en la oración, pidiendo porque permaneciera mucho tiempo junto a su pueblo el consolador, el testigo, el último que había visto los objetos sagrados.

Y Benjamín, el tan duramente probado, de niño de aquella noche lejana, llegó a los setenta años, a los ochenta y cinco, a los ochenta y siete. Poco a poco encorváronse ya sus hombros bajo el peso del tiempo, su vista perdió claridad, y a veces cansábase en medio del día. Pero ninguno de los judíos de Roma quería creer que la muerte pudiese cobrar poder, sobre él, pues su existencia les significaba una prenda de un acontecimiento grande. Todos consideraban inimaginable que pudieran apagarse esos ojos humanos que habían visto el candelabro del Señor, sin haber presenciado el retorno de la Menorah; y cuidaban su existencia como un símbolo de la voluntad divina. No había fiesta sin él, ni servicio religioso en que no se lo nombrara. Donde iba, inclinábanse devotos los ancianos ante el patriarca, cada uno pronunciaba la sentencia de la bendición a su paso, y dondequiera que se reunían, apesadumbrados o para la fiesta, siempre se le reservaba el sitio de honor en la mesa.

Así honraron los judíos de Roma a Benjamín Marnefesh, como el más viejo y digno de la comunidad aquella vez que, según ordenaba la costumbre, se reunieron en el cementerio en el día más triste del año, el 9 de Ab, el día de la destrucción del templo, aquel día de sombría recordación que había hecho de sus padres unos sin patria y los había esparcido como sal sobre los países de la tierra. No estaban sentados en la casa de oraciones, pues poco tiempo atrás la había ultrajado el populacho hostil, sino que deseaban hallarse cerca de sus muertos en ese día mortal; reuniéronse fuera de la ciudad, donde sus padres estaban sepultados en tierra extraña, para quejarse unos a otros del propio exilio. Estaban sentados

Librodot

entre los sepulcros, algunos sobre lozas rotas ya; sabían que se hallaban junto a sus padres, hijos también de su tristeza, y en las losas de los antepasados leían los nombres y su elogio. En muchas piedras estaban grabados, encima de los nombres, símbolos, dos manos cruzadas como testimonio de clerecía, o el cántaro de ablución de los Levita, o un león, o una estrella de David. Una de las lozas paradas ostentaba una reproducción del candelabro de siete brazos, de la Menorah, para significar que el que allá dormía el sueño eterno había sido un sabio, un gran justo y el mismo una lumbrera en Israel. Delante de esa tumba estaba sentado Benjamín Marnefesh rodeado por otros, con cenizas esparcidas sobre la cabeza, con las vestimentas rotas como los demás que, como sauces, se doblaban e inclinaban sobre las aguas negras de su aflicción.

Era tarde, y el sol bajó ya oblicuamente entre pinos y cipreses. Mariposas de abigarrados colores aleteaban alrededor de los judíos como en torno a troncos en descomposición, libélulas con alas de los colores del arco iris posábanse descuidadas en sus espaldas encorvadas, y en la hierba exuberante jugaban escarabajos alrededor de sus sandalias. En el follaje que brillaba como oro, abanicaba aromático el viento, caía una tarde muelle como terciopelo, pero los judíos no levantaron los ojos ni los corazones. Impelíanse una y otra vez hacia renovada tristeza, recordando siempre de nuevo en lamento común el abatimiento de su pueblo.

No comían, ni bebían, ni dirigían la mirada hacia la claridad del día: sólo leyeron unos a los otros los cánticos que se referían a la destrucción del templo y la caída de Jerusalén, y a pesar de que cada palabra de esos cantares dolorosos estaba marcada desde hacía tiempo ya con fuego hasta en la última gota de su sangre, las repetían siempre de nuevo para agudizar el dolor y sentirlo destrozar su corazón. No querían sentir sino pena en ese obscurísimo día, y por eso recordaron, amén de su propia expatriación y humillación, los sinsabores y sufrimientos de los muertos, el penoso destino de todo su pueblo, y con sus palabras renovaron y recordaron mutuamente los sufrimientos del pasado. Y como éstos en Roma, así estaban sentados, con los cabellos cubiertos de ceniza y la indumentaria destrozada, los judíos en todas las ciudades y comunidades del mundo, juntos a las tumbas, y, desde un extremo del mundo hasta el otro hablaban y leían a la misma hora los mismos lamentos, la lamentación de Jeremías por la caída de Jerusalén que se había convertido en burla de los pueblos. Y sabían que esa pena y esa lamentación del común exilio constituía su sola unidad en la Tierra.

Mientras estaban sentados así y murmuraban y se trituraban el corazón con el dolor del recuerdo, no se daban cuenta de que el sol y los troncos de los pinos y cipreses se doraban más y más y que, como iluminados por una luz interior, empezaron a arder rojizos. No notaban que el nueve de Ab, el día de la gran tristeza, llegaba paulatinamente a su fin, y que se acercaba la hora de su última oración. En eso rechinó afuera el portón aherrumbrado del cementerio. Si bien oían que alguien entraba, no se levantaron, y también el extraño esperaba silencioso hasta que se terminara de pronunciar la postrera plegaria. Sólo entonces miró el jefe de la comunidad al recién llegado y le saludó:

-Bendito sea el que llega. La paz le acompañe, judío.

Y preguntó entonces el superior:

-¿De dónde vienes y a qué comunidad perteneces?

-La comunidad con que he vivido, no existe más; he huido en un barco de Cartago. Algo grande ha sucedido. Justiniano el emperador, ha enviado desde Bizancio un ejército

contra los vándalos y, Belisario, su general, ha tomado Cartago, la bastilla de los piratas. El rey de los vándalos está preso y su imperio aniquilado. Todo lo que los bandidos han robado durante años y años, Belisario lo capturó y lo llevó a Bizancio. La guerra ha terminado.

Los judíos lo miraron indiferentes y mudos, sin levantarse. ¡Qué les significaba Bizancio y Cartago! Edom era todo eso y Amelec, el eterno enemigo. Esos pueblos impíos estaban continuamente en guerra sin sentido, unas veces ganaban éstos y otras veces aquéllos y jamás la justicia. ¿Qué tenían ellos que ver con todo eso? ¿Qué era Cartago, Bizancio o Roma para su corazón, que sólo se preocupaba por una ciudad Jerusalén?

Únicamente Benjamín Marnefesh, el amargamente probado, alzó entonces la vista:

¿Y el candelabro?

-Está a salvo. Belisario lo tomó como botín. Y he sabido que lo lleva junto con los demás tesoros a Bizancio.

Sólo entonces se estremecieron los otros. Sólo entonces comprendieron la pregunta de Benjamín; una vez más debía viajar el candelabro a tierra extraña.

La noticia cayó como tea encendida sobre la estructura sombría de su duelo.

Levantáronse rápidamente del suelo, saltaron sobre los sepulcros, rodearon al desconocido, sollozaron y lloraron:

-¡Ay! ¡A Bizancio! ¡Nuevamente a través del mar! Otra vez a tierra extraña...

De nuevo lo arrastrarían triunfantes como Tito, el maldito Siempre a otro país y nunca a Jerusalén... ¡Ay de nosotros!

Era como si se hubiera tocado una herida con acero candente. Pues recónditamente temían y se inquietaban que al trasladarse los objetos sagrados del arca, debían de exilar ellos también, otra y otra vez, en busca de una patria que no era tal. Así sucedía desde que destrozara el templo y siempre que se aniquilaba de nuevo su existencia. El dolor pasado y el presente se confundían impetuosamente.

Todos gritaban, sollozaban y se quejaban, y los pajaritos que habían estado sentados pacíficamente en archiviejas piedras, se desbandaron y huyeron ante el ardiente tumulto de los hombres.

Uno solo, Benjamín, el anciano, se había quedado tranquilo sobre la piedra enmohecida, y callaba mientras los demás se confundían y lloraban. Sin que lo supiera, habíanse unido sus manos, y como soñando estaba sentado sonriendo quedamente a la lápida funeraria en que se hallaba grabada la silueta de la Menorah.

De pronto relucía en su ajado rostro de anciano algo del niño que había sido en aquella noche. Alisáronse las arrugas, los labios se abrieron suaves, y la ligera sonrisa parecía pasar de su boca sobre el cuerpo entero que, inclinado sobre sí mismo, escuchaba hacia adentro.

Por ultimo fijóse alguien en el anciano, y se avergonzó de su propia irritación.

Quedóse respetuosamente parado y tocó despacio el próximo. Calláronse uno tras otro y todos miraban entonces sin respirar al viejo, cuya sonrisa flotaba como una nube blanca sobre su obscuro dolor. Hizose un silencio como entre los muertos debajo de la tierra, a cuyas tumbas rodeaban sombreándolas. Sólo por el silencio absoluto sintió Benjamín que todos lo miraban. Se levantó con dificultad, pues ya era decrépito, de la piedra rota en que había estado sentado; a todos les pareció de repente robusto como nunca, así como entonces lo veían, con el rostro circundado de mechones argentinos, el cabello ardiente como llama blanca por debajo del gorrito de seda. Nunca sintieron tan íntimamente como en esa hora

Librodot

que Marnefesh, el amargamente probado, también era un mensajero, Mas Benjamín comenzó, y había en su palabra la devoción de una plegaria:

-Ahora sé por qué Dios me conservó hasta esta hora. Siempre me preguntaba por qué rompía inútil el pan, por qué me esquiva la muerte, a mí, anciano, cansado e inservible, que ya no anhela sino el silencio. Ya me desalentaba, pues demasiado sufrimiento vi en nuestro pueblo y se cansó mi esperanza. Pero ahora comprendo que aun me estaba destinado algo en esta vida. Yo vi el principio; ahora me llama el fin.

Respetuosos atendieron los demás a la oscuridad de su hablar. Finalmente preguntó uno en voz baja al superior:

-¿Qué piensas hacer?

-Creo que Dios sólo me guardaba tanto tiempo la vida y la luz de los ojos para que vuelva a ver el candelabro. Debo irme a Bizancio. Lo que no consiguió el niño -rescatar lo sagrado para nosotros- quizás lo logre el anciano.

Todos vibraban de emoción e impaciencia. Todos consideraban en verdad, increíble que ese frágil anciano pudiese recuperar el candelabro del más poderoso emperador del mundo, y sin embargo, embriagaba la fe en el milagro. Uno sólo preguntó receloso:

-¿Cómo habrías de resistir tan largo viaje? Piensa que son tres semanas sobre el mar invernal. Temo que no seas suficientemente fuerte para soportar tal fatiga.

-Siempre se es fuerte, cuando se trata de lo sagrado. Aquella vez también lo fui. Cuando me llevaron, un niñito, creían que el camino era demasiado cansador y, sin embargo, lo cubrí hasta el final. Sólo hará falta, pues mi brazo esta deshecho, que me acompañe un hombre vigoroso, y además joven, para que sea testigo ante una generación venidera, como lo fui yo ante la vuestra.

Pasó la vista buscando en torno suyo, miró a uno tras otro de los hombres lozanos como si quisiera examinarlos Cada cual temblaba bajo esa mirada palpitante, y sentía su punto hasta en el enmudecido corazón. Todos anhelaban ser elegidos para la misión, y todos eran demasiado cohibidos para presentarse.

Todos esperaban con el alma conmovida. Pero el anciano inclinó inseguro la cabeza, y murmuró únicamente:

-No, no quiero decidir. No sea mía la elección. Echad la suerte. Que Dios me elija al que debe ser.

Los hombres se juntaron, arrancaron tallos de la hierba que crecía entre los sepulcros, los rompieron en trozos más largos y más cortos y se los repartieron La suerte se decidió por Joaquín ben Gamaliel, un joven de veinte años, alto y fuerte, herrero de profesión, mas al que no querían. Pues ignoraba la Escritura y era el suyo un modo de ser impaciente. Sus manos estaban manchadas de sangre; había muerto a un sirio de Esmirna en una pelea, y huido a Roma antes de que los alguaciles lo prendieran. Todos se extrañaban incomodados para sus adentros, de que la suerte hubiese tocado precisamente a ese terco y feroz y no a un hombre respetuoso y beato. Pero al adelantarse Joaquín, como el elegido, el anciano apenas alzó la vista y le ordenó:

-Prepara todo. Mañana a la tarde partiremos.

La comunidad romana pasó todo el día siguiente a ese nueve de Ab, en excitada actividad. Ninguno de los judíos se cuidaba de su propio negocio, todos traían y recolectaban dinero, y los que eran pobres, tomaron prestado contra prenda, y las mujeres dieron sus presillas y piedras. Pues se acrecentaba en ellos la seguridad de que Benjamín

estaba predestinado a rescatar la Menorah del nuevo cautiverio y a decidir al emperador a repatriar al pueblo con sus objetos sagrados, como otrora lo había hecho Ciro. Día y noche escribieron cartas a todas las comunidades del Este, a Esmirna, Creta y Salónica, a Tarsos, Nicea y Trebisonda, para que enviaran mensajeros a Bizancio y aprontasen dinero a fin de que se realizase el sacro acto de la liberación. Avisaron a los hermanos de Bizancio y Galata que anticipadamente allanasen a Benjamín Marnefesh, el amargamente probado, como el elegido, el camino hacia el grandioso evento. Al mismo tiempo preparaban las mujeres mantos, almohadas y alimentos para el viaje, a fin de que los labios del piadoso no tuvieran que tocar nada impuro en el barco. Y a pesar de que les era prohibido a los judíos de Roma ir en coche o a caballo, mandaron secretamente esperar un carruaje fuera de las puertas de la ciudad para que el anciano no comenzase su viaje fatigado ya.

Pero se extrañaron mucho cuando Benjamín se negó a subir al carruaje. Insistió obstinadamente que deseaba hacer a pie el camino a Portus, tal como en aquella noche lo había cubierto, más de ochenta años atrás, un niño débil. Creyeron imposible y demasiado atrevido el propósito de que el anciano, por lo común tan decrépito, pudiera llegar caminando hasta el mar. Pero se sorprendieron al verlo, pues estaba transformado desde que había llegado aquel mensaje.

Parecía que de la noche a la mañana hubiese retornado el vigor a sus miembros y corrido nuevo calor por su sangre entrada en años. Su voz, de ordinario apagada y debilitada, sonaba altiva y fuerte cuando rechazó, furioso casi, sus cuitas; y respetuosos le obedecieron.

Durante toda la noche escoltaron los varones judíos de Roma a Benjamín Marnefesh, el elegido de su comunidad, en el mismo camino que otrora habían cubierto sus abuelos para acompañar el candelabro del Señor. Llevaban, sin embargo, oculta, una parihuela, para conducir al anciano en el caso de que le abandonasen las fuerzas antes de tiempo. Pero el viejo caminaba vigoroso al frente de todos. No hablaba con nadie, y su pensamiento estaba íntegramente dedicado al tiempo ido. En cada piedra y en cada recodo del camino, que no había vuelto a recorrer desde aquella noche recordaba más y más claramente la poderosa hora de su infancia. Tenía presente todo lo que le había sucedido en aquel entonces, oía la voz de los muertos en la suave brisa, despertóse cada palabra que unos y otros habían pronunciado. Aquí, a la derecha, había llameado la columna de fuego de la casa incendiada, allí estaba la piedra miliar junto a la que vacilaban los corazones apagados cuando los jinetes numídicos galoparon hacia ellos. Recordó cada pregunta que había formulado y cada respuesta que le fue dada. Y cuando llegó al lugar en que, aquel amanecer, los ancianos pronunciaron al borde de la carretera, la oración, sacó, como aquéllos lo habían hecho, la chamarreta de ritual y la correa para decir, mirando hacia el Este, la misma plegaria que los padres y antepasados ya habían rezado a la mañana, y que, conservada en la sangre y transmitiéndose en obscuro fluido de generación en generación, orarían también sus hijos y nietos y la más lejana descendencia de éstos.

Detrás suyo, los demás, se sorprendieron tímidamente, pues no comprendieron su extraño proceder. Como la época del año era más próxima al otoño que en oportunidad de aquella otra caminata, no observábase en el cielo resplandor alguno del amanecer y era lejana aún la hora del día: ¿Cómo podría un creyente pronunciar la oración matutina antes de que despertara la mañana? Era eso contrario a toda costumbre y un insulto a la tradición

y a la Escritura Pero, no obstante, permanecieron respetuosamente agrupados alrededor del que oraba.

Pues lo que hacía el ungido, no podía ser un agravio. Sentían todos que le era permitido todo, y aunque diera a Dios la gracia por la luz antes de que la luz se hiciera.

Terminada la oración, el anciano dobló la manta y prosiguió, vigoroso, la marcha como si las palabras devotas le hubiesen reconfortado. Cuando por fin llegaron al puerto, miró largo rato fijamente el mar: revivió en su alma el niño, el niño de tanto tiempo atrás que en aquella oportunidad había visto por vez primera el oleaje y la lejanía. Era el mismo mar de hacía ochenta años; profundo e inexplorable como los pensamientos de Dios, pensó piadoso. Como en aquel entonces se iluminó su ojo en la claridad del cielo. Bendijo a todos los compañeros que lo habían escoltado. al despedirse de ellos para siempre, luego subió con Joaquín a la embarcación. Y como otrora los abuelos y antepasados, así miraron ahora los hombres conmovidos desde el muelle cómo se movía el galeón y cómo se alejaba con velas hinchadas de la ribera. Sabían que habían visto por última vez al amargamente probado, y cuando la vela desapareció en lontananza, sintiéronse pobres y despojados.

Fuerte e incesante, adelantó la nave por las aguas. Las olas se encresparon con furia y del Oeste venían rodando oscuras nubes. Los timoneles miraban preocupados si no se acercaba un temporal, y con éste, peligro mortal.

Pero aun azotada por la tempestad, y por dos veces rechazada en el viaje, venció la nave las dificultades y fondeó felizmente en Bizancio, tres días después de haber llegado Belisario con el botín de África.

Bizancio, centro del imperio y dueña del mundo desde que la corona cayera de la testa de Roma, era aquella mañana, un enjambre de gente, pues desde hacía años no se había prometido a esa ciudad, que amaba las fiestas y juegos más que a Dios y la justicia, más hermoso espectáculo que entonces: Belisario, el vencedor de los vándalos, debía llevar, en el circo, su ejército victorioso y todo el botín al encuentro del Basileus, el señor del mundo. Multitudes incalculables se estrujaban en las calles embanderadas, una sola masa llenaba, negra, el ovalado espacio enorme del hipódromo, y la espera apretujada retumbaba y gemía como un mar agitado, hosco e impaciente. Pues seguía completamente vacía aún la tribuna imperial, la catisma, que cubierta de columnas y cargada de adornos, cerraba con una recta el enorme óvalo. Todavía el Basileus no había llegado hasta su pueblo atravesando el paso subterráneo que unía ese espacio festivo con el palacio imperial.

Finalmente anunciaron toques estridentes el momento solemne. Primero se alinearon los guardias imperiales formando, con sus uniformes rojos y sus espadas relucientes, un murallón brillante; luego llegaron numerosos, en sus vestimentas de seda los dignatarios, sacerdotes y eunucos, y por último hicieron su entrada bajo palio y llevados en dos sillas de mano, Justiniano, el Basileus, el autócrata, la corona de oro combada sobre la cabeza como una aureola. y Teodora en el resplandor de sus joyas. Cuando se adelantaron en su sitial imperial estalló de golpe de todas las gradas un huracán de júbilo alborotado. Ya nadie recordaba que en ese mismo lugar sólo unos pocos años atrás la misma multitud se había abalanzado sobre la misma tribuna ocupada por el mismo emperador y que, por castigo, se degollaron a treinta mil personas en ese sitio; siempre borra el triunfo toda culpa para la masa eternamente olvidadiza. Embriagados por el fausto y al mismo tiempo por el celo del propio entusiasmo, gritaban y rugían y se enardecían y aplaudían esos miles de bocas en centenares de idiomas hasta hacer temblar, retumbantes, las murallas de piedra: era toda

Librodot

una ciudad, un mundo entero que vibraba hacia el hijo de campesinos de Macedonia y la graciosa mujer, que otrora -los viejos aún lo recordaban- había exhibido en ese mismo lugar su cuerpo como bailarina y que, de noche, lo vendía a cualquiera. Pero eso también había quedado en el olvido, como toda vergüenza después de la victoria, y todo acto de violencia después de su triunfo.

Pero otro pueblo permanecía mudo en las terrazas superiores sobre esa multitud arrebatada que lanzaba su júbilo venal, sucio y gritón como un desagüe hacia el vencedor, un pueblo silencioso y pétreo: los cientos y cientos de estatuas de Grecia. Habían sido arrancadas de sus templos, en que sólo había paz, esas imágenes de los dioses de Palmira y Cos, de Corinto y Atenas, las habían sacado de arcos de triunfo y columnas, desnudas y relucientes en el albo eterno de su mármol. Inaccesibles a la pasión fugaz, hundidas para siempre en el sueño infinito de su belleza, estaban allí mudas e indiferentes, no reverenciaban a lo terrestre ni se movían. Miraban pétreas y altaneras sobre los juegos sangrientos hacia la lontananza azul del mar, que echaba espumas con olas puras contra el Bósforo.

Nuevamente resonaron, cercanas y estridentes, las cornetas para anunciar que el cortejo triunfal del estratego había llegado al pórtico exterior del hipódromo.

Abriéronse las puertas, y otra vez creció el zumbido ya atemperado de la multitud hasta el atronar jubiloso. Ahí estaban las cohortes férreas de Belisario que habían establecido el imperio, vencido a todos los enemigos, y les brindaron ahora el goce de juegos descuidados. El júbilo se levantó más alto y estridente aún cuando, detrás de los vencedores, fue acarreado el botín, los tesoros de Cartago, la abundancia sin fin. Primero pasaron altaneros los carros triunfadores que otrora habían capturado los vándalos, luego desfilaron sobre altos andamios tronos adornados con joyas, los altares de dioses desconocidos, relucieron estatuas creadas por maestros anónimos en el nombre de la belleza, y luego, cargadas hasta el borde, arcas repletas de oro y cálices y vasijas y vestidos de seda; todo lo que el pueblo pirata había robado en todos los confines de la tierra, volvió entonces y pertenecía al emperador, al imperio, y el pueblo prorrumpía en júbilo ante cada nueva magnificencia y soñaba en crédula embriaguez que todo el esplendor, toda la riqueza del mundo se vertía ahora y para los tiempos de los tiempos sobre ellos.

La multitud no paró mientes en que los portadores traían ahora, en medio de tan deslumbrantes tesoros, unos objetos que, comparados con la magnificencia escogida, parecían ruines: una mesa cubierta de planchas de oro, dos tubos de plata y un candelabro de siete brazos. Ningún júbilo recibió esos objetos insignificantes.

Pero, muy alto, en medio de la multitud, gimió un anciano mientras presionaba con su mano -era la siniestra- el brazo de su vecino, Joaquín: después de ochenta años volvió a ver el viejo lo que en otro tiempo había visto siendo niño, el candelabro sagrado de la casa de Salomón, el candelabro al que había tocado su mano infantil y que había destrozado para siempre su brazo.

Bienaventurada vista; ¡era él, el mismo! ¡Invencible, dio el candelabro imperecedero un nuevo paso a través del tiempo infinito, hacia el retorno! El anciano sintió la gracia del encuentro como una tormenta interior: incapaz de retener el exceso de júbilo, gritó ardientemente:

-¡Nuestro! ¡Nuestro! ¡Nuestro por toda la eternidad!

Pero nadie, ni siquiera los más cercanos, oyeron el grito aislado. Pues la masa prorrumpió entonces en un solo alarido de goce: Belisario, el triunfador, había penetrado en la arena. Caminaba a larga distancia de los carros triunfales, de la presa inconmensurable vistiendo el sencillo uniforme de sus guerreros. Pero el pueblo conocía y reconocía a su héroe, y gritaba tan fuertemente su nombre, y sólo el suyo, que Justiniano se mordió celoso los labios cuando su general se inclinó delante suyo.

Siguió luego el silencio, pletórico e intenso como antes lo había sido el estrépito.

Gelimer, el rey de los vándalos, que, irónicamente cubierto de un manto de púrpura iba detrás de su vencedor, Belisario, estaba ahora frente al emperador.

Los esclavos le arrancaron el manto y el vencido se echó de bruces. Por un instante no franqueó un solo hálito los miles y miles de labios. Todo el mundo miró fríamente la mano de Basileus. ¿Concedería perdón o no? ¿Se levantaría o inclinaría el dedo? Y helo aquí, lo levantó, regalando la vida al vencido, y en un solo trueno desencadenóse el entusiasmo. Uno sólo en medio del gentío no lo había mirado, Benjamín el anciano conmovido. Miraba únicamente a la Menorah, que los portadores seguían conduciendo despacio a través de la arena. A ella sólo se dirigió su mirada, y cuando el sagrado objeto desapareció con el cortejo, hízose la oscuridad ante sus sentidos.

-¡Llévame de aquí, Joaquín!- gritó en voz baja-. El brillo del singular espectáculo atraía al mismo joven. Pero la mano del viejo se aferró convulsivamente, dura y ósea, a su brazo.

-¡Llévame! ¡Llévame de acá!

Anduvo luego a tientas y torpemente por la ciudad, tomado como un ciego de la mano de su asistente. Seguía viendo siempre con los ojos del alma el candelabro, e impaciente instó a Joaquín que le llevase a toda prisa hasta la comunidad de los judíos. Hizo, de pronto, presa de él un temor de que, ahora que se tocaban el comienzo y el fin, su vida pudiera apagarse antes de tiempo y él dejar escapar otra vez la salvación del candelabro.

En el oratorio de Pera esperaba en tanto la comunidad, desde horas y horas, al ilustre huésped. Así como en Roma se concedía a los judíos permanecer en la ribera opuesta del Tíber, tolerábase a los judíos de Bizancio nada más que en Pera, en la costa opuesta del Cuerno de Oro; allá como en todas partes, era el apartamiento su destino, pero también el secreto de su supervivencia en el tiempo.

Lleno y repleto, sofocaba el estrecho espacio del oratorio. Pues no sólo los judíos de Bizancio estaban reunidos en espera; desde cerca y lejos, de Nicea y Trabissonda, de Odesa y Esmirna, habían llegado delegados de todas, las comunidades judías para participar del consejo y evento. Hacia tiempo ya que la noticia de que Belisario había asaltado la bastilla de los vándalos y recapturado con los demás tesoros también al candelabro eterno, se difundía por todas las costas del mar hasta las comunidades; no quedaba judío en el imperio de Bizancio que no hubiese recibido exaltado la noticia. Pues, aun esparcido como paja sobre las eras del mundo y desgarrado en muchos idiomas, percibía ese pueblo perdido todo lo que sucedía a sus símbolos sagrados, como un goce o una pena común, y todo peligro refundía fraternalmente sus corazones, aun cuando a menudo se olvidaban y se mostraban mutuamente endurecidos. La persecución y la injusticia forjaban incesantemente la férrea cadena que sostenía el tronco quebrantado de su unidad a fin de que no se carcoma y derrumbe; tanto más fuertes se juntaban sus almas. Esa vez también alcanzó el rumor de que la Menorah, el candelabro del pueblo, había vuelto a ser libertado del cautiverio oculto y viajaba, como en otro tiempo desde Babel hasta Roma, a través de países y mares, a cada

judío como un destino propio. Uníanse en las calles y en las casas hablando agitadamente, examinaban con sus maestros y sabios detenidamente la Escritura para interpretar el sentido de esa peregrinación. Pues, ¿qué significaba el que lo sagrado vuelva a viajar? ¿Presagiaba ello esperanza o pena? ¿Comenzaba una nueva persecución o era ese su término? ¿Serían ellos otra vez, dentro de poco, los expulsados y peregrinos sin meta de las carreteras, otra y otra vez los sin descanso, ahora que el candelabro viajaba sin tregua? ¿O significaba la liberación del candelabro también la suya propia, partida y regreso, el término, finalmente, de la desdichada peregrinación? Ardían las almas de todos en impaciencia.

Corrían mensajeros de lugar a lugar para saber más del viaje y destino del candelabro, y era grande su terror, cuando al final supieron que el objeto sagrado sería llevado en público triunfo, como otrora en Roma, ante el emperador Justiniano.

Ya esa noticia atormentó poderosamente las almas Pero la agitación llegó a la embriaguez cuando los mensajeros de Roma comunicaron que se hallaba camino de Bizancio Benjamín Marnefesh, el amargamente probado, quien de niño había visto, como último, el candelabro en oportunidad del saqueo vándalo.

Fueron presa primero de asombro. Pues, desde años y años, conocían todos los judíos, por muy dispersos que se hallaran en la lejanía, la maravillosa acción de aquel niño de siete años que durante el saqueo vandálico pretendía arrancar el candelabro a los piratas y al que se le había destrozado el brazo al caerse. Las madres hablaban a sus hijos de Benjamín Marnefesh y del castigo de Dios, y de él hablaban los sabios a sus alumnos. Su acción se había convertido ya en leyenda piadosa como las de la Escritura, que se leía e interpretaba. De noche se la contaba en las casas judías. como una de las historias viejas, como los actos claros y obscuros de Ruth y Simson, y de Amán y Esther, de las madres y antepasados del pueblo, y ahora llegó de pronto la noticia increíble, maravillosa: aun vivía el niño de aquel entonces. Y más aún, ese niño, hecho un anciano ahora, venía por tierras y mares. Estaba en camino Benjamín Marnefesh, ultimo testigo, para ver una vez más el candelabro. ¡Esa debía ser una señal! Dios no podía haber conservado y guardado por nada a ese hombre más allá de la medida común del tiempo terrenal. Quizás era el llamado a conducir el regreso al sagrario y a ellos mismos simultáneamente. Y cuanto más se hablaban unos a otros, tanto menos dudaban: la fe en el redentor, en el salvador que eternamente germinaba y brotaba en la sangre de ese pueblo expulsado al primer soplo cálido de cada esperanza, encumbróse poderosa y fecundó sus corazones. Sorprendida, miraba en los pueblos y ciudades la gente extraña a los judíos, pues habían cambiado de la noche a la mañana. Mientras antes se arrastraban tímidos y encorvados, siempre aguardando un insulto o un golpe caminaban ahora alegres y como extasiados.

Avaros que siempre volvían y escatimaban cada grupo, compraron ricas indumentarias, hombres que tartamudeaban levantáronse y predicaron elocuentemente la promesa, mujeres embarazadas tenían visiones y se arrastraban hasta el mercado para comunicarlas cuanto antes a las demás, y los niños llevaban banderas policromas y coronas. Los más fervientes, aprontáronse para el viaje y hasta vendían precipitados sus bienes para tener de antemano dispuestos mulas y carruajes de modo que no perdiesen ni un día en sus preparativos cuando resonase el llamado al retorno. ¿Pues no debían viajar cuando el candelabro viajaba por el mundo, y no estaba ya en camino el mensajero que, como niño, había acompañado el sagrado objeto? ¿Cuándo se había producido en sus días un signo, un milagro como ese?

Cada comunidad a la que el mensaje había llegado con tiempo, elegía a un hombre de su medio como delegado a fin de que asistiese con los demás a la llegada del candelabro a Bizancio y participase de las deliberaciones. Y todos los que fueron enviados se estremecieron de dicha y bendijeron el nombre de Dios.

Parecíales maravilloso, en su pequeña existencia oscura, que de ordinario transcurría en peligro y necesidad diaria, que ellos, pequeños mercaderes y obreros, pudiesen participar de tan milagroso suceso y ver al hombre que Dios había guardado, visiblemente, para el acto liberador. Compraron o pidieron prestados ricos atavíos, como si fuesen invitados a una fiesta, ayunaron, se bañaban y oraban a diario antes de partir, para recibir el mensaje, limpios de cuerpo y alma, y al iniciar el viaje, les acompañaba la comunidad del pueblo o de la ciudad de cada uno en todo el primer día de su caminata. En todos los lugares que atravesaban hasta llegar a Bizancio, ofrecíanles los piadosos albergues y recolectaban dinero para el rescate del candelabro. Orgullos y misteriosos como embajadores de un poderoso rey, marchaban esos pequeños mensajeros de un pueblo pobre y débil hacia Bizancio, y cuando se encontraban en la ruta y la proseguían en común, discutían excitadamente lo que sucedería, y cuanto más hablaban tanto más se agitaban. Y cuanto más se conmovían mutuamente, tanta más seguridad adquirían todos ellos de que llegarían a ser testigos de un milagro y del –desde tanto tiempo anunciado- cambio de suerte de su pueblo.

Y ahora esperaban todos juntos en el oratorio de Pera, un turbulento y ardiente enjambre de hombres que hablaban, se excitaban, vaticinaban y preguntaban.

Por fin llegó exhausto el niño que habían enviado impacientes, agitando desde lejos ya un lienzo sobre la cabeza en señal de que Benjamín Marnefesh, el ansiado huésped, había desembarcado de un bote procedente de Bizancio. Los que todavía estaban sentados, se levantaron rápidamente, los que en ese momento habían estado gritando y disputando, se quedaron mudos y a uno de ellos, viejísimo, le abandonaron las fuerzas; cayóse desmayado en el tumulto de los sentidos conmovidos. Pero ninguno, ni siquiera el superior, se atrevió a ir al encuentro del esperado. Permanecían aguardando con la respiración retenida, y cuando Benjamín, conducido por Joaquín, se acercó a la casa, parecía, por su barba alba y la potencia de su mirada oscuramente brillante, a Samuel conducido por el niño, la figura de un patriarca; el verdadero señor y maestro del milagro. Estalló entonces incontenible el entusiasmo refrenado:

¡Bendita sea tu llegada! ¡Bendito tu nombre!- le gritaron jubilosamente. Rodeárosle precipitados. Besaron su vestimenta y las lágrimas rodaron sobre sus mejillas apergaminadas, se empujaron y apretaron para tocar, cada uno, devotamente el santo brazo, que el candelabro del Señor había destrozado, y el superior hubo de colocarse como protector delante del anciano, ya que de lo contrario le hubiera aplastado el exceso de los hombres embriagados.

La fogosidad de su fervor piadoso asustó grandemente a Benjamín. ¿Qué querían, qué esperaban de él? Fue presa repentinamente del temor ante la carga de la inmensa esperanza que depositaron en él. Defendióse suave y perentoriamente.

-¡No me miréis así, y no me envanezcáis, a fin de que no me envanezca yo mismo! ¡No esperéis milagro alguno de mí! ¡Conformáos con esperar pacientemente!

Pues es pecado exigir un milagro como una seguridad.

Todos dejaron caer la cabeza, sorprendidos de que Benjamín hubiera adivinado su pensamiento más oculto. Y avergonzados de su arrebatada impaciencia, apartáronse silenciosos, de manera que el superior pudo conducir a Benjamín hasta el lugar que le estaba preparado, un asiento cuidadosamente acomodado con almohadones y visiblemente elevado sobre los demás. Pero de nuevo rehusó Benjamín:

-No, no me enaltezcáis. No quiero sentarme en lugar especial elevado sobre vosotros. Pues no soy más que todos vosotros, y quizás, incluso, soy uno de los más insignificantes en medio de vosotros. No soy nada más que un anciano a quien Dios sólo ha dejado exigua fuerza. Sólo vine a ver y a aconsejaros. Mas no esperéis milagro alguno de mí.

Dóciles hicieron según era su voluntad y sentóse entre ellos, el único paciente en medio de la impaciencia de los demás. Sólo entonces levantóse el jefe de la comunidad para saludarlo:

-¡La paz sea contigo; bendita tu llegada, bendita tu salida! Nuestras almas se regocijan de verte.

Todos callaron solemnemente. Luego prosiguió el superior con queda voz:

-Recibimos las cartas de tus hermanos de Roma. que nos anunciaron tu llegada, e hicimos todo lo que estaba en nuestro poder. Hemos recolectado dinero de casa en casa y de lugar en lugar a fin de que se consiga rescatar la Menorah.

Preparamos un regalo para disponer los sentidos del emperador a la clemencia.

Dispusimos lo más precioso que poseemos, una piedra del templo de Salomón que nuestros antepasados salvaron después de la destrucción del templo, y queremos ofrecerla al emperador como regalo. Pues todo su pensamiento está puesto en esta hora en el propósito de erigir una casa de Dios mas magnífica que todas las que había. Para ella reúne lo más hermoso y sagrado de todos los países y ciudades. Todo eso lo hicimos de buen grado y contentos. Pero nos espantamos al oír lo que de nosotros esperaban nuestros hermanos de Roma; que te consiguiéramos paso a la presencia del emperador para que de él solicites el candelabro sagrado. Nos asustamos grandemente, pues aquel que es dueño de este país, Justiniano, no nos quiere bien. Es intolerante con todos los que no confiesan exactamente su fe ya sean cristianos de otro pensar o herejes o judíos, y quizás ya no sea de larga duración nuestra permanencia en este país, quizás nos expulse muy pronto. Jamás admitió a uno de los nuestros en su presencia, y con el corazón avergonzado llegué a esta casa y a esta hora para tener que decirte que es un imposible lo que piden los hermanos de Roma. Un judío no puede presentarse a la faz del emperador.

El superior se llamó a un grande y temeroso silencio. Todos bajaron confusos la cabeza. ¿Dónde quedaba el milagro? ¿Cómo iba a producirse un cambio cuando el emperador negaba su oído y sus sentidos al enviado por Dios? Pero con voz más clara prosiguió entonces el mayor:

-Mas es confortante y maravilloso, saber siempre de nuevo, que para Dios no hay ningún imposible. Cuando entré con el corazón oprimido a esta casa. vino a mi encuentro uno de nuestra comunidad. Zacarías el platero, un hombre piadoso y justo, y me trajo la nueva de que se había cumplido el deseo de nuestros hermanos en Roma. Mientras hablamos, hablábamos y nos esforzamos desorientados, él obró en silencio y realizó lo que los sabios y los más sabios creían imposible. ¡Habla Zacarías e informa!

En una fila trasera levantóse indeciso un delicado hombre giboso de baja estatura, tímido y avergonzado porque todos lo miraban curiosos. Inclinó la frente para disimular su

Librodot

rubor, pues, simple trabajador y siempre ocupado en silencio, temía la oratoria y el ser escuchado. Tosió repetidas veces y se mantuvo su voz débil como la de un niño:

-No me alabéis, Rabbi -cuchicheó-, no es mío el mérito. Dios me alivió la tarea.

Desde hace treinta años me estima el tesorero; desde hace treinta años de trabajo día a día, y cuando hace pocos años, el pueblo se alzó contra el emperador y saqueó e incendió las casas de los cortesanos, lo oculté por tres días, juntamente con su mujer e hijos, en mi casa hasta que había pasado el peligro. Sabía yo, pues, que me concedería cualquier pedido, pero nunca le había hecho ninguno.

Mas, al saber ahora que Benjamín estaba en camino, le rogué por primera vez, y fue al emperador para anunciarle que venía un grande y secreto mensaje para él de allende el mar. Y Dios quiso que sus palabras tuviesen fuerza y que el emperador le complaciera. Mañana se permitirá a Benjamín y al Rabbi la entrada al Chalké, la sala de audiencia del emperador,

Zacarías volvió a sentarse tranquilo y huraño. Todos callaron y se estremecieron.

Pues ya era un milagro inaudito el que se permitiese a un judío colocarse frente al inaccesible. Sus almas temblaron, sus ojos se agrandaron y el mensaje de la gracia aleteaba sobre su silencio respetuoso. Pero como un herido gimió Benjamín:

-¡Oh, Dios! ¡Oh, Dios! ¡Qué carga me imponéis! Mi corazón está extenuado y no hablo. el lenguaje extraño. ¿Cómo he de presentarme, precisamente yo, ante el emperador? Sólo he sido llamado para testigo, para contemplar el candelabro, no para tocarlo y conquistarlo. ¡No me elijáis a mi! Que hable otro; yo soy demasiado viejo, demasiado débil.

Todos se espantaron. Estaba preparado un milagro y ahora se negaba el llamado a realizarlo. Pero mientras aun reflexionaban recelosos de qué modo se pudiera persuadir al apocado, levantóse Zacarías otra vez silencioso de su asiento.

Otra era entonces su voz, resuelta, y firme:

-No, tú debes ir, nadie más que tú. Era poco mi trabajo y, sin embargo, sólo por ti y por ningún otro pensaba realizarlo. Pues yo sé que hay uno entre nosotros, eres tú el que puede llevar la paz al candelabro.

Benjamín, lo miró de hito en hito:

-¿Cómo puedes saber tú eso?

Pero Zacarías repitió sereno y decidido:

-Lo sé, y lo sé desde hace mucho tiempo.

Si uno hay, capaz de devolver la quietud al candelabro, ése eres tú.

El alma de Benjamín vaciló ante tanta firmeza. Contempló a Zacarías quien le miró refirmativo y sonriente, y de repente le pareció haber visto antes ya sus ojos. El otro también parecía sentir algo de ese reconocimiento, pues se aclaró su sonrisa y habló casi confidencialmente, por encima de los demás:

-¿Recuerdas aquella noche? ¿Recuerdas uno que en aquel entonces iba con la comunidad: Hyrcanos ben Hillel?

Entonces sonrió también Benjamín.

-¿Cómo no he de recordarlo? Aun tengo presente cada palabra y cada sombra de aquella noche bendita.

Zacarías prosiguió:

-Yo soy hijo de su nieto. Todos somos y seremos plateros, y donde haya un emperador o un rey que tenga joyas y oro y que busque quien les dé forma y las avalúe, elige a uno de nuestra familia. Hyrcanos ben Hillel cuidó en Roma del candelabro durante su cautiverio, y

todos los de su estirpe, dondequiera nos encontremos, esperamos desde entonces la hora de verlo regresar a otro tesoro para ser guardado, pues donde hay tesoros, estamos nosotros para apreciarlos y formarlos.

Pero el padre de mi padre me dijo a mí, que después de aquella noche en que fue destrozado tu brazo, Rabbi Eliéser, el puro y claro, anunció refiriéndose a ti, lo que tu mismo ignorabas por niño: "Su acción y su dolor deben tener un sentido. Si alguno rescatará el candelabro, será él".

Todos temblaban. Benjamin inclinó la cabeza, conmovido, y dijo:

Nadie ha sido más bondadoso conmigo que Rabbi Eliéser en aquella noche, y me es santa su palabra. Perdonad la pusilanimidad de mi corazón. Una vez, de niño, fui valiente también, sólo el tiempo y la vejez han hecho de mí un tímido.

Pero una vez más os ruego a todos: ¡No esperéis milagro alguno de mí! Si deseáis que vaya hasta el que retiene al candelabro, lo probaré, pues guay del que se niega al piadoso ensayo! Yo mismo carezco del poder de la persuasión y de la oratoria, pero acaso Dios me dispone la palabra adecuada.

Había una inflexión decreciente en la voz de Benjamín, y su cabeza se inclinó profundamente bajo la carga del llamamiento. Sólo lo pidió muy bajito:

-Perdonad que os deje ahora. Soy un hombre viejo y cansado del día y del viaje. Permitid que me retire a descansar.

Todos lo dejaron pasar respetuosos. Uno solo, su acompañante, Joaquín el indomable, no consiguió retener la impaciencia y preguntó mientras acostaba al anciano sobre el lecho preparado.

-¿Pero qué le dirás mañana al emperador?

El anciano no levantó la mirada y sólo murmuró como hablando consigo mismo:

-No lo sé, ni lo quiero saber y pensar. No tengo valor. Todo tiene que venir de Él.

Los judíos en Pera quedaron aquella noche, reunidos largo tiempo aún. Ninguno consiguió dormir, incesantes hablaban y deliberaban, con ojos ardientes, más que despiertos. Jamás se habían sentido tan cerca del prodigio. ¿Y si en verdad terminase ahora la dispersión, la cruel miseria del éxodo, el eterno ser perseguidos y pisoteados, el temor diario y nocturno de la próxima hora, del día siguiente? ¿Y si en verdad ese anciano que acababa de estar de cuerpo entero entre ellos, fuera el enviado, uno de los maestros como en otros tiempo habían surgido del medio de este pueblo y que supieron guiar el corazón de los reyes hacia la justicia? Dicha inimaginable, merced increíble, poder reconducir los objetos sagrados, reconstruir el templo y vivir en su sombra. Hablaron de ello como embriagados durante toda la larga noche confusa, y su confianza fue más y más ardiente. Habían olvidado la advertencia del viejo de que no debían esperar milagro alguno de él, pues como judíos no habían aprendido otra cosa de sus libros que confiar en los prodigios de Dios, ¿y cómo habían de vivir los expulsados y oprimidos por eterna persecución, sino gracias a esa infinita espera de la redención?, y cuanto más se acortaba, tanto más larga les parecía la noche hasta el próximo día y ya no lograron sujetar sus corazones; miraron sin cesar el reloj de arena que para ellos corría demasiado lento y perezoso. A cada momento iba uno hasta la ventana, y siempre de nuevo salía el uno o el otro a la callejuela para mirar si no brillaba, al fin, la aurora en el linde del mar obscurecido, y si no se encendía el día con su propio corazón ardiente.

Librodot

Mucho trabajo le costó al rabino refrenar a la colectividad que de ordinario le obedecía tan voluntariosa. Pues todos querían ir a pasar ese día a Bizancio, acompañar a Benjamín y esperar frente al palacio mientras él hablaría con el emperador, el soberano del mundo, para estar más cercanos y participar más con el propio cuerpo del milagro. Pero el superior les aconsejó severo que era peligroso aparecer en un cortejo cerrado o en gran masa llamativa ante el palacio imperial, pues el pueblo les era adverso, siempre y en todas partes les resultaba peligroso a los judíos el causar sensación. Sólo por medio de serias amenazas pudo obligarlos a permanecer reunidos en el oratorio de Pera y a rezar, invisibles para los demás, al invisible, mientras Benjamín era llevado a la presencia del gran monarca; y así oraron y ayunaron ese día entero. Rezaba cada cual con tal fervor y fuerza como si las nostalgias de todos los judíos del mundo estuviese encerrada en el pequeño corazón de cada uno, y su sentido permaneció cerrado a todo otro pensamiento del mundo que no fuera éste; que aquél logre obrar el prodigio y que se liberte al pueblo graciosamente de la maldición del exilio.

Era cerca del mediodía, la hora prescrita, cuando Benjamín cruzó con el rabino de la colectividad la amplia plaza cuadrada rodeada de columnas, delante del palacio de Agustina. Detrás de ellos llevaba Joaquín, el fuerte y robusto, sobre los hombros, una pesada carga cubierta. Prontamente, serenos y tranquilos, marcharon los dos ancianos, ataviados de sencilla vestimenta oscura, hacia la puerta de bronce de la *Chalké*, que formaba la entrada a la fastuosa sala del trono del emperador de Bizancio. Pero tuvieron que esperar en el vestíbulo hasta mucho después de la hora fijada, pues era costumbre deliberada de la corte bizantina hacer aguardar interminablemente a los enviados postulantes a fin de que la espera les enseñe interiormente a apreciar la extraordinaria gracia que significa poder ver el rostro del más poderoso de la Tierra. Se dejó a los dos ancianos estar de pie indiferentemente una, dos, tres horas, sobre el frío mármol, sin ofrecerles un taburete o una silla. Pasaron delante de ellos en displicente actividad los cortesanos y grasos eunucos, los guardias de la corte y servidores vestidos con ropas de colores brillantes pero nadie se cuidaba de ellos, nadie les hablaba o miraba, mientras desde las paredes los contemplaban, multicolores y fríos, los mosaicos eternamente iguales y mientras sobre sus cabezas, la cúpula que descansaba sobre columnas, mezclaba su oro exuberante cada vez más rojo con los rayos del sol. Mas Benjamín y el superior de la comunidad esperaban pacientes y tranquilos. Como ancianos, sabían aguardar. Había corrido demasiado tiempo junto a ellos para que aun asignasen valor a una hora o dos. Sólo Joaquín, el joven e inquieto, miraba curioso a todo el que iba y venía, y en su impaciencia contaba y recontaba las piedras de los mosaicos para abreviar el tiempo insoportablemente lento.

Por fin, cuando el sol ya bajó del cenit, se les acercó el *praepositus sacri cubiculi*, y les instruyó en las costumbres que la ley escrita de la corte reclamaba inexorable de todos los que gozaban del privilegio de pasar a la presencia del emperador. En cuanto se abría la puerta, les enseñó, debían adelantar veinte pasos con la cabeza baja hasta el lugar marcado por una veta blanca en el mármol, y de ahí no debían pasar a fin de que su hálito no se mezclase con el del emperador. Y antes de que pudiesen atreverse a levantar la mirada al Autócrata, debían prosternarse tres veces, separando grandemente los brazos y las piernas,

Sólo entonces les era permitido acercarse a las gradas porfídicas del trono para besar la cola purpúrea, colgante del atavío del Basileus.

-No -protestó Joaquín airado, mas en voz baja- sólo nos podemos prosternar ante Dios, mas no ante hombre alguno Yo no lo haré.

-¡Calla! -replicó severo Benjamín-, ¿Por qué no he de besar la tierra? ¿No la creó el mismo Dios? Y aunque fuera un mal inclinarse delante de un hombre, también nos es permitido hacer el mal por lo más sagrado.

En ese instante se abrió la puerta marfilina de la sala de audiencias. Salió una embajada caucásica que había venido para rendir homenaje al emperador.

La puerta se cerró sigilosa detrás de ella, pero los extranjeros permanecieron aún confusos, con sus gorras de piel y su vestimenta de terciopelo En sus rostros se reflejaba un gran desconcierto; a lo que parecía, Justiniano les había insultado dura y soberbiamente porque sólo le ofrecían alianza, en nombre de su pueblo en lugar de la total sumisión. Joaquín miró fijamente a los extraños y su rara vestimenta, pero ya le ordenó el *praepositus* que cargase sobre su espalda el fardo cubierto, y al mismo tiempo recordó a los demás, que le siguiesen en todo con suma exactitud. Luego golpeó. despacio, con su bastón de oro la puerta marfilina, produciendo un muy fino sonido vibrante. La puerta se abrió silenciosa hacia adentro, y entonces penetraron los tres, a quienes se unía a una señal del *praepositus*, un intérprete, a la espaciosa sala del trono del emperador de Bizancio, el *consistorion.*

Desde la puerta hasta el centro del enorme espacio formaba una doble fila de soldados que habían de atravesar, una hilera inmóvil vestida de rojo, cada soldado con la espada ceñida, en la cabeza un yelmo dorado con gigantesca cola roja, en la mano una larga lanza y sobre los hombros la tremenda azada de doble filo.

Así como en una muralla las piedras están dispuestas en línea plana, todas iguales, bien ensambladas, así permanecía tiesa esa espaldera de hombres en inmóvil rectitud, y detrás de ellos quedaban, igualmente pétreos, los jefes de los cohortes que mantenían impasibles sus pendones. Lentamente atravesaron los tres y el intérprete esa inmóvil pared de hombres sin aliento, de ojos fijos como sus cuerpos y de los que ninguno los miraba; silenciosos adelantaron en medio del silencio hacia el fondo del espacio, donde, a lo que parecía -pues aun no les era permitido levantar la vista- los aguardaba el emperador. Pero el *praepositus* que se les adelantaba con el bastón dorado en alto, se quedó ahora parado, y cuando entonces alzaron la vista, según se les autorizaba, hacia el trono imperial, no había allá trono ni emperador. Una cortina de seda tendida a todo ancho de la sala, atajaba su vista. Los tres quedaron inactivos y miraron sorprendidos la defensiva pared de color.

En eso alzó el maestro de ceremonias de nuevo el bastón. Y he aquí que, tirada por cordones invisibles, se abrió la cortina crepitante y al fondo levantábase sobre gradas de pórfido, el trono sembrado de piedras preciosas sobre el que estaba sentado el Basileus a la sombra de una cúpula de oro. Estaba sentado tieso, más su propio retrato que él mismo, un hombre grueso e impresionante, y su frente desaparecía bajo la brillante aura de la corona que irradiaba como una aureola alrededor de su cabeza. Igualmente entumecidos como imágenes, formaban en su torno un círculo ahondado los guardias de túnicas blancas, yelmos dorados, con cadenas de oro al cuello, y delante de ellos, por separado, vistiendo amplias vestiduras de seda púrpura, los senadores y dignatarios. Parecía que a todos se les había apagado el aliento, helado la miraba, y era visible el propósito de esa estudiada rigidez de hacer entumecer de respeto el corazón de todo el que por primera vez llegase hasta frente al rostro del señor del mundo.

Librodot

Y en efecto, el rabino y Joaquín bajaron aterrados la vista como quien acaba de mirar inesperadamente al fuerte sol. Sólo Benjamín, el viejísimo, miró claro e imperturbable al emperador. Pues él solo había sobrevivido en su larga existencia a diez emperadores y señores de Roma; sabía por lo mismo, que bajo sus preciosas insignias y coronas, los emperadores eran hombres mortales que comían y bebían, se ensuciaban, dormían con mujeres y fallecían como los demás.

Su alma permaneció firme y no se estremeció. Levantó sereno la vista para leer en la mirada del monarca a quien se le encomendara dirigir un ruego.

Entonces sintió la espalda urgentemente tocada por el bastón de oro, y de inmediato recordó la costumbre requerida. Pese a lo difícil que les resultó a sus miembros endebles, tiróse al frío mármol del piso, apartando los brazos y las piernas; por tres veces acható la frente contra el suelo, y su enmarañada barba insensible. Luego se levantó ayudado por Joaquín, su acompañante, se adelantó con la nuca inclinada hasta las gradas y besó el borde de la púrpura del emperador.

El Basileus permaneció inmóvil. Su pupila estaba fija como una piedra verde, y no se movían el párpado ni la ceja. Miró duramente por encima del anciano, pues parecíale al emperador indiferente lo que sucedía a sus pies y cuáles eran los gusanos que se arrastraban hasta el ribete de sus trajes.

A una señal del maestro de ceremonias se habían retirado los tres y formaron una fila; sólo el intérprete estaba a un paso delante de ellos como su boca viviente.

De nuevo levantó el *praepositus* el bastón, Entonces comenzó a hablar el intérprete. Que ese era un judío, dijo, venido a propósito en el nombre de los demás, residentes en Roma, para presentar el emperador del mundo el agradecimiento y la felicitación por haber vengado a Roma de los bandoleros y por haber libertado el mar y la tierra de esos malvados piratas. Y como habían sabido los judíos del mundo, el que pertenecía al emperador, que en su sabiduría pensaba el Basileus elevar una casa en honor la sagrada sabiduría, Hagia Sophia, una casa de Dios, que debía ser más esplendorosa y valiosa que todas las demás que hasta entonces se habían visto sobre la tierra, se sentían, a pesar de su pobreza, impelidos a contribuir con un óbolo a la santidad de la obra. Que su ofrenda era exigua comparada con la magnificencia del emperador, que era lo más grande y sagrado de cuanto poseían desde los tiempos remotos. Cuando sus antepasados abandonaron Jerusalén, habían llevado consigo, salvándola, una piedra del templo de Salomón. La traían ahora para que fuese colocada en los basamentos, a fin de que hubiera en la casa de Justiniano una parte y una bendición de la sagrada casa de Salomón.

A una indicación del *praepositus,* aproximó Joaquín la pesada piedra y la arrimó a los regalos que los enviados caucásicos habían amontonado a la izquierda del trono, pieles, marfil indostánico y cachemires bordados. Pero Justiniano no volvió su mirada al intérprete ni al obsequio. Vacuo y tedioso miró por encima de todos al vacío, y su labio se movió entonces sólo perezosamente y sonaba a disgustado y despreciativo:

-Pregunta qué quieren

El intérprete explicó en dolorido lenguaje que entre la magnífica presa traída por Belisario, se hallaba una pieza mísera, pero que le era singularmente cara a ese pueblo. Pues el candelabro de siete brazos, que en otro tiempo los paganos arrastraban por mar y tierra, había sido robado del templo de Salomón, la casa de Dios de los judíos. Por eso, los judíos querían rogar e implorar al emperador que les conceda ese candelabro de su botín, y

que estaban dispuestos a rescatar el valor de su oro por el doble y décuplo de su peso. No habría casa ni choza en que todos los judíos del mundo no agradecieran a diario en la oración al más bondadoso de todos los emperadores y no rogasen por la duración de su imperio.

El ojo de Basileus permaneció impasible. Malhumorado, replicó:

-No deseo oración de no-cristianos. Pero, pregúntales qué hay con esa cosa y qué se proponen hacer con ella.

El intérprete miró a Benjamín mientras le tradujo esas palabras, y éste sintió un estremecimiento y un frío en sus miembros ante la dura mirada del emperador.

Sintió una resistencia y fue presa del pánico de, quizás, no poderla vencer.

Por eso alzó suplicante las manos:

-¡Piensa, señor, que es el único de los objetos sagrados que le ha quedado a nuestro pueblo! ¡Han devastado nuestra ciudad, derribado nuestras murallas, destruido nuestro templo! Todo lo que amábamos, teníamos y reverenciábamos, ha desaparecido. Una sola cosa, ese candelabro, ha durado a través del tiempo.

Tiene mil años, más edad que todo lo que hay en la tierra, y desde hace siglos viaja sin patria, y no tendrá tranquilidad nuestro pueblo mientras él peregrine.

¡Señor, compadécete de nosotros! Este candelabro es el último de nuestros bienes, ¡devuélvenoslo! Piensa que Dios te ha elevado desde la profundidad a la altura y te ha hecho rico sobre todos, y aquél a quien El dio, ése también ha de dar: así lo quiere Dios. Señor, ¿qué es para ti eso solo, qué significa el candelabro peregrino? ¡Señor, hazlo descansar y procúrale la paz !

El intérprete tradujo esas palabras con embellecimiento cortesano. El emperador escuchó indiferente. pero apenas oyó lo que Benjamín dijera de la profundidad de que Dios lo había elevado, se ensombreció su semblante, pues Justiniano no gustaba que se recordase que él, el divino, había nacido como hijo de pequeños labradores en una aldea de Tracia. Frunció el entrecejo y ya se tendió el labio negativo.

Pero con el avío del temor que ya había notado Benjamín que la palabra rehusadora se formaba en el labio del emperador, y muy adentro de su corazón oyó ya el tremendo, el irrevocable no. Y ese temor lo animó, Le impelió como un puño interior y, olvidando la orden que prohibía traspasar la veta blanca de mármol, se acercó -todos se estremecieron- hasta muy junto al trono, y sin que lo sintiera, se levantó su mano conjurando hacia el emperador:

-¡Señor, está en juego tu imperio, tu ciudad! ¡No te envanezcas y no trates de retener lo que hasta ahora ninguno ha logrado conservar! También eran grandes Babilonia, Roma y Cartago y, sin embargo, han caído los templos que guardaban el candelabro y se han desplomado los muros que lo encerraban. El, sólo él permanecía intacto, y lo demás se convirtió en ruinas. El que trata de retenerlo, a ése le destroza el brazo, y aquél que lo arroja al desasosiego, será presa él mismo, de disensión. ¡Guay del que retiene lo que no le pertenece! Pues no habrá paz ante Dios antes de que no vuelva a su santo lugar lo que es consagrado. Señor, te prevengo: ¡Devuelve el candelabro!

Todos quedaron atónitos. Nadie había comprendido las agitadas palabras.

Los dignatarios sólo habían observado con asombro que alguien se atrevía a lo que hasta entonces nadie había osado: acercarse en su excitación a la más próxima vecindad del emperador y arrancar al más poderoso de la tierra la palabra de la boca. Espantados miraron

todos al viejísimo que estaba allá sacudido por el exceso de su dolor, con lágrimas en la barba y con ojos relampagueantes de ira.

Muy detrás suyo se agazapó, luego de haberse retirado, el rabino; habíase apartado el intérprete, y seguía completamente solo y próximo, frente a frente, Benjamín ante el Basileus.

Justiniano había despertado de su rigidez. Midió con mirada insegura al anciano ebrio de ira, y con otra impaciente, luego, al intérprete para que le tradujese las palabras. El intérprete lo hizo con prudente atenuación. Pidió al emperador que en su bondad perdonase al anciano lo indebido, ya que sólo lo confundía su preocupación por el bien del imperio. Quería avisar lealmente al emperador de que Dios había depositado una terrible maldición sobre aquel objeto.

Traía desgracia a quienes lo guardaban, y cada ciudadano que lo albergaba, sucumbía ante el enemigo. Consideraba el viejo, por lo mismo, de su deber avisar al emperador e invitarlo a que deshiciera la maldición de ese objeto, restituyéndolo al lugar de su origen, a Jerusalén.

Justiniano escuchaba con la frente tensa: Llenábale de indignación la temeridad de ese viejo judío descomedido que levantaba la voz y el puño en su presencia.

Pero al mismo tiempo despertó en él una inquietud. Pues como descendiente de campesinos, era supersticioso, y como todo hijo de la suerte temía mucho todo embrujo y presagio. Calló un rato y reflexionó. Luego mandó secamente:

-¡Sea! ¡Apártese esa cosa del botín y condúzcasela a Jerusalén!

El anciano se estremeció al traducirle el intérprete esas palabras. La venturosa nueva cayó sobre él como un relámpago e iluminó su corazón. Ahora todo quedaba cumplido. Había vivido para ese instante. Para ese momento lo había conservado Dios. Sin saberlo, sin sentirlo, levantó una mano, la sana, como si quisiera alzar su agradecimiento hasta Dios.

Pero Justiniano observó penetrantemente cómo se iluminaba de alegría el rostro del anciano. Le sobrevino un deseo perverso. No iría ese judío atrevido a vanagloriarse delante de su pueblo: "Yo determiné y vencí al emperador". Sonrió maligna y brevemente:

-No te alegres antes de tiempo. Pues ese candelabro no pertenecerá a vosotros, los judíos, ni servirá a vuestro culto equivocado.

Y dirigiéndose a Eufemio, el obispo, que se hallaba a su diestra:

-Cuando, al renovarse la luna, emprendas el viaje para bendecir la nueva iglesia en Jerusalén que donara Teodora, llévate ese candelabro. Pero no debe brillar sobre el altar, sino permanecer sin luces debajo del altar para que cualquiera vea bien a las claras cómo nuestra creencia está por encima de la de ellos y la verdad encima del error. Que se le conserve en la iglesia verdadera y no entre aquellos a quienes ha llegado Cristo y que no lo reconocieron.

El anciano se espantó. No había comprendido las palabras extrañas. Pero sentía la sonrisa perversa alrededor de la boca del emperador, y notó que ordenaba algo que le era hostil. Quiso tirarse otra vez al suelo, suplicante, para que cambiase de opinión. Pero ya Justiniano había mirado al *praepositus.* Este levantó el bastón y cerráronse rumorosas cortinas: desaparecieron el emperador y el trono, y quedó terminada la audiencia.

Aturdido se hallaba el viejo ante la pared cerrada. Entonces le tocó el maestro de ceremonias desde atrás el hombro, en señal de que debía alejarse. Apoyado en Joaquín, se retiró el anciano, de pie inseguro, con la mirada ensombrecida.

Sintió que por segunda vez le rechazaba Dios cuando lo sagrado se hallaba ya casi en sus manos. De nuevo había dejado escapar el momento. Y otra vez pertenecía el candelabro a los dueños de la fuerza.

A los pocos pasos de haber salido del palacio imperial, empezó Benjamín, el de nuevo amargamente probado, a vacilar de repente. El superior y Joaquín tuvieron que sostener al tambaleante anciano con toda su fuerza. Lo llevaron a una casa próxima y lo acostaron. Estaba apagado el color de su faz, con los ojos cerrados estaba tendido el viejo y ya creían que la muerte lo abrazaba, pues sus manos exangües colgaban inertes, y cuando el rabino palpaba temeroso el corazón, sólo latía a largos intervalos y débilmente. El anciano permaneció horas y horas completamente insensible, como si con aquel llamado vano al emperador hubiera salido de su cuerpo el resto de sus fuerzas; mas de repente -ya caían las sombras de la tarde- se enderezó ante igual asombro de ambos, y los miró fijamente con extraña mirada, como quien vuelve del más allá. Pero luego, reconociéndolos, ordenó ante su renovada sorpresa, con arrebatada precipitación, que lo llevasen inmediatamente al oratorio de Pera, porque deseaba despedirse de la comunidad. En vano le aconsejaron los dos que descansase más y cuidase de su cuerpo: el anciano insistió tercamente en su mandato y hubieron de complacerle.

Lo llevaron en andas hasta un bote, y en el bote hasta Pera. Se dejó llevar como dormido, la mirada vacía y la boca cerrada.

En tanto, los judíos de Pera, hacía tiempo ya que se enteraron de la sentencia y orden del emperador. Pero había sido demasiado grande ante su seguridad del milagro como para que pudiesen regocijarse del autorizado retorno del candelabro.

Era mucho demasiado pequeño ese solo cumplimiento, para la fatal demasía de su esperanza. ¿Pues no había de encerrar nuevamente un templo extraño a la Menorah, y ellos mismos, no debían seguir errando y pereciendo en el destierro y el extranjero? No, no era el candelabro por el que se preocupaban, sino por su propio destino. Estaban sentados como vencidos, abatidos y llenos de oculto encono. Oh, siempre engañaba la promesa; desatinado el que la creía, y los milagros gloriosamente registrados en la Sagrada Escritura y bellos en el cielo de la lontananza, sólo irradiaban desde los días cercanos de Dios como nubes de fuego, pero nunca volvieron a bajarse hasta su vida diaria. Dios se olvidaba de su pueblo, dejó a los que otrora eligiera, indiferentemente, solos en su aflicción y angustia. No despertó más profetas que hablaban en su nombre; era insensato, pues, creer en signos inseguros y esperar milagros y cambios. Los judíos en el oratorio de Pera no oraban más, no seguían ayunando. Permanecían indolentes en los rincones y masticaban con labios amargados panes con cebolla. Y ahora, que la espera del milagro no iluminaba más sus miradas y no resplandecía más en sus frentes, volvieron a ser los pequeños, míseros hombres, que habían sido antes, judíos pobres y oprimidos, y sus pensamientos que acababan de erguirse grandes y potentes hacia Dios, eran de nuevo estrechos y menudos como su vida diaria. Rezongaban y calculaban y se quejaban unos a otros, porque habían hecho el largo y costoso viaje. Y les pesaban los vestidos buenos que habían gastado en el camino. Los negocios que habían dejado escapar y el tiempo que habían perdido. Temían de antemano regresar a la burla de los incrédulos y la discordia y disputa de las mujeres que les aguardaban. Y como el corazón del hombre siempre se torna más furioso contra aquél que primero lo animara y luego lo rechaza, desengañado, a la propia estrechez, acumularon todos su obscuro rencor contra los hermanos romanos y contra Benjamín, su falso

Librodot

mensajero; en verdad no era sino un amargamente probado a quien Dios no amaba, y emanaba de él amargura. Cuando Marnefesh -era ya casi de noche- llegó por fin al oratorio, demostráronle claramente su sentimiento indignado. No se levantaron, como antes, respetuosos, a su llegada, ni le saludaron; apartaron ex profeso su mirada: ¡Qué les importaba el viejo judío de Roma! Era tan impotente como todos ellos, y Dios se fijaba tan poco en él como en su propio sino agobiado.

Benjamín advirtió de inmediato lo irritante de ese silencio, sintió la cenagosa inquina sorda de los que callaban apartando la vista. Vio, afligido, cómo las miradas le huían bajo las frentes oblicuas, y la desilusión de los demás le afectó como una culpa propia. Rogó al superior que advirtiese a los demás que tenía aún una palabra que decir a la comunidad, y el superior hizo según su voluntad.

Contrariados y a disgusto, alzábanse las cabezas masticantes. ¿Qué podía decirles todavía el extraño, el de la falsa promesa? Y, sin embargo, apoderóse de ellos la compasión, cuando vieron al archiviejo que, apoyado en el bastón, se levantó fatigoso de su asiento; no se enderezó del todo, sino que se quedó inclinado, como encorvado, el de más edad entre todos ante su enmudecer. Esfuerzo costóle hablar:

-He venido otra vez, hermanos, para despedirme de vosotros. Y también para humillarme delante vuestro, pues a pesar mío cargué un peso sobre vuestras almas. Bien sabéis que fui a disgusto al emperador, pero, ¿cómo me lo reclamasteis?

Cuando niño aún, me llevaron los viejos de ese modo a su peregrinación, arrancaron del sueño al que no sabía y no quería, y siempre decían y presagiaban que era el sentido de mi vida rescatar el candelabro. Creedme, hermanos, es terrible ser uno a quien Dios llama siempre y no escucha nunca, a quien atrae con signos que jamás cumple. Sería mejor que tal ser permanezca siempre en la penumbra y que nadie lo vea ni oiga. Por eso os ruego: ¡Perdonádme y olvidadme y no preguntéis por mí! No nombréis más al que era el equivocado. Y esperad con gran paciencia hasta que por fin surja el que en verdad libertará al pueblo y al candelabro.

Tres veces inclinóse el anciano ante la comunidad como un culpable que reconoce su falta. Tres veces golpeó el pecho con su débil mano izquierda -la otra, la destrozada, colgaba inanimada y vacía- luego se enderezó y atravesó el espacio hasta la puerta, Nadie se movía, nadie le contestó. Sólo Joaquín recordando su deber de apoyar al anciano, corrió tras suyo hasta el umbral. Pero Benjamín lo apartó perentoriamente:

-Regresa a Roma y si preguntan por mi, diles que Benjamín Marnefesh no está más y que no ha sido el señalado. Que olviden mi nombre y no recen ninguna plegaria de mi recordación. Quiero estar muerto por encima de mi muerte y perdido de la memoria de los hombres. Pero tú, ¡vete en paz, y no te preocupes más por mí!

Obediente se quedó Joaquín en el umbral. Lo miró intranquilo y se sorprendió de que el anciano, penosamente apoyado en su bastón, marchase torpe por la extraña calleja angosta en dirección al camino que ascendía a las colinas. Pero no se atrevió a seguirle, y, por eso; sólo miraba fijamente hasta que la encorvada figura se perdía del todo en la sombra.

Aquella noche, a los ochenta y ocho años de edad, disputaba Benjamín, que siempre había sido tranquilo y resignado, por primera vez con Dios. Con el corazón apretado había atravesado las estrechas callejuelas angulosas de Pera, sin saber él mismo adónde se dirigía. Solo deseaba huir con su vergüenza ardiente por haber despertado en el pueblo esperanzas excesivas. Quería esconderse en un perdido rincón cualquiera, donde nadie le conociese y

donde pudiera morir como un animal en agonía. "No era mi culpa" se repetía de continuo murmurando, "¿por qué me cargaron a mí la expectación del milagro? ¿Por qué me buscaban, por qué me tentaron?" Pero no le calmó su propio consuelo, y el temor de que alguien pudiese seguirle, le arrojaba más y más lejos. Hacía rato ya que se cansaban sus pies y temblaban sus rodillas enclenques. El sudor surcaba la frente arrugada y le corría salado y amargo por los labios y la barba. El corazón atormentado martillaba violentamente el pecho dolorido, pero como un perseguido trepaba el viejo, apoyado en su bastón, el camino escarpado que conducía del enjambre de casas hasta las colinas y el campo abierto. ¡Con sólo no ver más hombres y no ser visto por nadie! ¡Estar lejos de casas y hogares, perdido para siempre, olvidado, y libre, por fin, de la eterna ilusión de la salvación!

Así llegó el anciano tambaleante -se arrastraba como un beodo- por fin a la altura, el paisaje quebrado sobre la ciudad y allá, en el vacío, apoyado en un pino que daba sombra y que (él lo ignoraba), hacía guardia a una tumba, se detuvo con el corazón que se paraba, y respiró. La noche meridional brillaba límpida, claro tendíase el mar de plata escamada, un pez enorme y retorcido como una víbora parecía el cercano arco del "Cuerno de Oro". Del otro lado de la bahía dormía Bizancio en la blanca luz de la luna, con sus cúpulas y torres resplandecientes.

Sólo de tarde en tarde refulgía una luz en el puerto, pues había pasado mucho ya la medianoche y no quedaba despierto ya sonido alguno del trajinar terreno.

Pero arriba pasaba el viento con ligero sonido por los viñedos, y cada vez se desprendían hojas mustias de las vides cosechadas y revoloteaban despacio y silenciosas hasta caer al suelo. Cerca de allí debía haber, en alguna parte, lagares o depósitos, pues cuando cesaba el viento, sentíase un olor harto y agrillo, olor de fugacidad; y con las ventanas de la nariz temblorosas aspiraba el anciano, cansado, el húmedo vaho pútrido: ¡Oh, hacerse él mismo polvo, oh, caer él mismo como esas hojas revoloteantes, irse y perecer! ¡Oh, no tener que volver, no tener que estar de nuevo en tensión y martirizarse, quedar finalmente libre de la propia carga! Y cuando entonces el silencio lo agobió poderosamente y tuvo la certeza de su soledad, vencióle un indómito anhelo de tranquilidad eterna, y en medio del silencio elevó su voz a Dios, mitad acusando, mitad orando: "¡Señor, quiero morir! ¿Para qué sigo viendo, inútil para mí mismo y burla y carga para los demás? ¿Por qué me conservas sabiendo que no lo deseo más? He engendrado hijos, siete, varoniles y sedientos de vida cada uno y, sin embargo, eché yo, el padre, tierra sobre sus siete sepulcros. Me habías dado un nieto, juvenil y claro, ignorante aún del goce de las mujeres y de la dulzura de la vida, pero los herejes lo golpearon duramente; no quiso morir, no, morir no: durante cuatro días luchó herido contra la muerte, y no obstante, tú lo tomaste a ese que quería vivir, y a mí, que me estremezco del goce y del deseo de morir, a mí me rechazas. ¡Señor!

¿Qué quieres de mí que no quiere y que se defiende? Niño aún, ya me arrancaron, y yo seguí obediente, mas he desilusionado a los que creían en mí y los signos eran traición. ¡Señor, haz que termine! Me desanimé, échame, pues. He vivido ochenta y ocho años, ochenta y ocho años he esperado en vano que hubiera un sentido en mi duración, y que surgiera una acción de mi fidelidad hacia Ti. ¡Pero ahora estoy cansado, Señor, no quiero, no puedo más! ¡Señor, haz un final! Señor, déjame morir!"

En alta voz rogaba y rezaba el viejo, anhelante elevó la mirada hacia el cielo que brillaba apasionado con sus estrellas y resplandecía con la luz desparramada por las

Librodot

mismas. Así permanecía y esperaba el anciano si Dios le replicaba por primera vez. Esperaba paciente y poco a poco se le caía la mano que había alzado recientemente, y cayó sobre él un cansancio, un cansancio infinito. De pronto sintió un azul aturdimiento en las sienes y al mismo tiempo un dolor y una inseguridad en el pie y en la rodilla; sin que lo quisiera o supiera, cayó en dulce desmayo y se dejó caer pesado y liviano al mismo tiempo, como si se hubiera desangrado. Pero percibió esa debilidad como un goce. "Esa es la muerte", pensó agradecido, "Dios me escuchó", y devoto y tranquilo posó la cabeza sobre la tierra que otoñalmente olía a cosa perecedera. "Debía haberme puesto la chamarreta mortuoria", recordó aún vagamente, pero ya estaba demasiado cansado, y sólo se envolvió más estrechamente, inconsciente, en su manto. Luego cerró los ojos y esperó con confianza a la muerte solicitada.

Pero no llegó hasta Benjamín, el amargamente probado, la muerte en aquella noche. Sólo abrazó suave y estrechamente un sueño el cuerpo cansado Y le llenó la mirada interior con imágenes y visiones.

Este era el sueño que soñó Benjamín en aquella noche de su última prueba:

Volvió a caminar a tientas y fugitivo en ese sueño por las estrechas, sordas, obscurecidas callejuelas de Pera; su obscuridad era más profunda aún que antes, y era negro y cubierto el cielo sobre las alturas y las cimas. Y hasta en el sueño volvió a estremecerse, y su corazón golpeaba fuertemente contra el pecho cuando oía pasos tras de sí, y otra vez era presa del temor, como antes, de que alguno pudiera seguirle, y nuevamente huía. Pero quedaban los pasos, delante suyo, detrás y ahora también en todas partes del pesado, vacío y negro campo. No podía ver quiénes eran los que caminaban a su derecha e izquierda, delante y detrás suyo, pero debían de ser muchos, un tropel de gente, un gran tropel caminando; distinguía los pesados pasos de hombres y los más livianos con tintineo de presillas de las mujeres, y el pie casi alado de los niños. Debía de ser un pueblo entero el que cruzaba la metálica noche sin luna, y un pueblo triste, abatido.

Pues continuamente salían su sus filas invisibles, sordos quejidos, murmullos y gritos, y él sintió que de buen seguro ya caminaban así desde tiempos inmemoriales, cansados desde hacía mucho ya de la obligada peregrinación y de la ignorancia de la meta. "¿Quién es este pueblo perdido?", oyóse preguntar a sí mismo.

"¿Por qué está cubierto el cielo para él, precisamente para él? ¿Por qué se le niega a él, a él solo, un descanso?" Pero no sospechó en su sueño quiénes eran esos caminantes y, no obstante, se adueño fraternalmente de él la compasión; más que la sonora queja afligíanle las lágrimas, el anhelo y los gemidos en el espacio invisible. E inconsciente, murmuró: "No se puede ir eternamente así, siempre en la penumbra y desconociendo el camino. Ningún pueblo puede vivir así, sin hogar y meta, caminando y sin patria y rodeado eternamente de peligros.

Habría que encenderle una luz, señalarle un camino, de lo contrario se amilanaría y se apagaría ese pueblo atosigado y perdido. Alguno habría de conducirlo y llevarlo e iluminar su camino. Habría que encontrar una luz, una luz es lo que necesita".

Le ardían los ojos de dolor, tal era la compasión que sintió por ese pueblo perdido que atravesaba la silenciosa noche acechadora. quejándose en voz baja, y desalentado ya. Pero cuando midió desesperado la lejanía, parecía que en el extremo borde de lo que alcanzaba su vista brillaba ya una débil claridad, una pequeña, una mínima señal de luz, una chispita o dos nada más, inseguras como fuegos fatuos en la obscuridad. "Hay que seguirle",

murmuró, "aunque sea un fuego fatuo. Quizás en el fuego pequeño pueda encenderse otro grande. Hay que ir a buscarla, la luz". Y en el sueño olvidó Benjamín que sus miembros eran viejos y decrépitos. Como un niño, ágil y alado, corrió con pie ligero para agarrar la luz. Se abrió camino, violentamente, entre la masa descontenta y sombría del pueblo que se apartó de él maliciosamente desconfiada. "Pero mirad la luz, la luz, allá lejos", les gritó consolador. Mas, con la frente inclinada y con el alma acongojada seguían, roncos y romos, los oprimidos; no la vieron, la luz lejana; quizás sus ojos ya estaban ciegos de lágrimas y sus corazones tullidos de la miseria demasiado corriente. Pero él notó clara y cada vez más clara la luz, siete chispas pequeñas. que estaban suspendidas en el aire una al lado de la otra, y ahora que corría y llegaba más cerca y cerca (ya retumbaba su corazón) reconoció que debía ser un candelabro, de siete brazos, que alimentaba y sostenía esas llamitas. Pero este candelabro -aun no lo vio- tampoco permanecía quieto, él también caminaba como aquellos que atravesaban la obscuridad. Misteriosamente perseguidos e impedidos por un mal viento y por eso no brillaban las llamas voladeras, quietas y derechas, por eso no iluminaron, sino que ondeaban inseguras y pequeñas, "Hay que agarrarlo. hay que hacerlo estarse quieto al candelabro", pensó en sueños, mientras su propia imagen soñada corría y corría, "pues cuán claramente brillaría si estuviera en paz y reposo. ¡Cómo florecería y obraría este pueblo probado, si tuviera una patria y descanso!" Corrió a ciegas, y era como un vuelo: cada vez se acercaba más al candelabro, ya vio el tallo dorado y los brazos levantados y en los siete capiteles de oro las siete llamas, cada una abatida por el viento que elevaba a ese candelabro impetuosamente por tierras y montes y mares. "¡Quédate!", gemía tras suyo. "El pueblo perece, necesita del consuelo de la luz. No puede ambular eternamente en las tinieblas". Pero el candelabro seguía perdiéndose más y más, y sus llamas fugitivas pestañeaban maliciosas y taimadas. Entonces el que corría fue presa de ira; reunió sus últimas fuerzas, su corazón golpeó como un martillo y con un salto alcanzó al fugitivo para agarrarlo con el puño. Ya sintió su mano fuertemente el frío metal, ya agarró, ya tenía el tronco pesado -cuando cayó potente un trueno y crujió dolorosamente el brazo deshecho. Y en el propio grito oyó millares de veces la queja vibrante del pueblo: "¡Perdido! ¡Perdido para siempre!"

Pero he aquí que se apaciguó la tempestad y grande y recto flotaba de repente el candelabro y se detuvo en su vuelo. Quedó suspendido en el aire tan quieto y derecho como sobre un fundamento férreo. Sus siete llamas, abatidas hasta ahora por la fuga trémula del viento, se desplegaron doradas y empezaron a iluminar y a brillar. Alumbraron cada vez con más fuerza; paulatinamente aclaraba su brillo dorado a la profundidad. Y cuando el caído levantó la mirada confuso hacia aquellos que caminaban tras suyo en la obscuridad, ya no era noche en el mundo sin caminos y no estaba más el pueblo peregrino. Fértil y pacífico se extendía un país meridional, abrazado al mar, sombreado por montañas, y palmas y cedros se mezclan en una suave brisa, y florecía el vino y se doraban las mieses. Pacían corderos y en ágil pie corría el corzo. Pacíficamente trabajaban los hombres en tierra patria, subían las aguas de las fuentes y conducían el arado, ordeñaban y rastrillaban y sembraban y rodeaban su casa con yedra y flores de todo color. Caminaban niños y cantaban y desde donde estaban los rebaños oíanse el caramillo de los pastores, y de noche brillaban sobre las casas dormidas las estrellas de la paz: "¿Qué país es éste?" se preguntó sorprendido el soñador en su sueño. "Y es este pueblo el mismo que antes caminaba en las tinieblas? ¿Encontró, por fin, reposo y llegó, por último, a su país?" Pero de nuevo alzóse el

Librodot

candelabro más y más alto, y su brillo iluminaba ahora como un sol los márgenes del cielo sobre el país de descanso. Unas montañas descubrían iluminadas su cima y en una de las colinas brillaba blanca con poderosas torres una ciudad, y sobre las torres surgía impresionante una gigantesca casa de piedra acantonada. Temblaba el corazón del dormido. "Esto ha de ser Jerusalén y el templo", respiró agitadamente Pero entonces el candelabro ya flotaba más lejos hacia la ciudad y el templo. Las murallas lo dejaron penetrar como aguas que se apartan y ahora, que se cernía en el santísimo, resplandecía el edificio del templo como una jícara de alabastro: "Regresó", tembló el dormido en su sueño. "Alguno hizo lo que yo siempre anhelaba, alguien libertó el candelabro errabundo. Tengo que verlo con mis propios ojos, yo, el testigo. Una vez más quiero ver a la Menorah descansando en el sagrado hogar divino". Y he aquí que su deseo lo transportaba como una nube, se abrieron las puertas y él penetró al santísimo para contemplar al candelabro. Pero la luz era insoportablemente fuerte. Las siete llamas del candelabro echaban una lumbre blanca y su luz ardía tan dolorosamente en sus ojos que lanzó un grito en su sueño. Se despertó.

Benjamín había despertado de su sueño, pero aún seguía ardiendo dolorosamente en su ojo. Tuvo que bajar rápidamente los párpados para protegerse contra el candente choque de la luz, y aun entonces seguía la sangre agitándose purpúrea y brillante bajo los mismos. Sólo cuando levantó la mano para hacer sombra, reconoció que era el sol que le iluminaba tan dolorosamente el rostro y que se había quedado dormido, en el lugar en que creía morir, desde el término de la noche hasta la aurora; sólo entonces le alcanzaba y le despertaba la luz a través del ramaje del árbol. Confuso pasaba Benjamín, alzándose fatigosamente agarrado al tronco, la vista a la profundidad. Y he aquí, tendido el mar infinito en su amplio azul tal como él lo había visto por primera vez siendo niño, y refulgente en mármol y piedra, Bizancio. El mundo le iluminaba con el color y el brillo de una mañana meridional ¡No, Dios no quiso que muriera!. Respetuoso se prosternó el anciano e inclinó la frente en la oración.

Cuando Benjamín hubo terminado su plegaria al que concede la vida y la mide de acuerdo a su voluntad y decisión, se sintió tocado delicadamente desde atrás. Era Zacarías el que estaba detrás suyo quien -Benjamín lo sospechó en seguida-, vigilaba desde hacía tiempo ya su sueño. Y antes de que el anciano pudiera dominar su sorpresa -pues, ¿cómo sabía aquél su camino y cómo encontró el lugar de su reposo?- cuchicheó Zacarías:

-Desde la primera hora del día te buscaba. Y cuando en Pera me dijeron que habías caminado colinas arriba, durante la noche, no daba tregua hasta encontrarte.

Los demás se preocuparon grandemente por ti. Pero yo no me inquietaba.

Pues sé que Dios aun te desea. Mas, ahora ven a mi casa. Tengo un mensaje para ti.

-¿Qué mensaje? -iba a preguntar Benjamín. Yo "no quiero más mensajes", quería decir tercamente. "demasiadas veces me ha probado Dios". Pero aun ondeaban

en sus adentros la comprobación del sueño y la luz que tan bienaventuradamente brillaba en aquel país de paz, y creyó reconocer en la mirada sonriente del amigo un suave reflejo de la misma. No se negó, pues, y bajaron los dos. Atravesaban la bahía en un bote y llegaron al cuadrado enmurado del palacio.

Los guardianes estaban severos ante las puertas del distrito imperial, pero, ante el renovado asombro de Benjamín, dejaron pasar libremente a Zacarías. "Mi taller", explicó, "está contiguo al tesoro en el que trabajo en secreto y a salvo de todo peligro para el

emperador. Entra y que sea bendita tu venida. No temas a los demás: Estamos y nos quedamos solos".

Arrastrando los pies atravesaban los dos hombres el taller en cuya incierta penumbra relucían objetos artísticamente labrados. En un lugar oculto abrió el platero una pequeña puerta que conducía por unos peldaños hasta una pieza situada más atrás y en la que se dividían su vivienda y el lugar de su propio trabajo. Los postigos estaban cerrados y enrejados, las paredes desaparecían en la obscuridad completa, sólo en la mesa proyectaba la lámpara de trabajo con su pantalla un pequeño círculo dorado de luz economizada.

-¡Siéntate, querido! dijo Zacarías a su huésped-, debes de tener hambre y sueño.

Desocupó la mesa, trajo pan y vino y unos platos argentinos bellamente labrados en los que depositaba frutas, dátiles, nueces y almendras. Luego levantó un poco la pantalla de la lámpara. Se amplió el círculo de luz, inundó la mesa entera e iluminó las sarmentosas manos de Benjamín que estaban plegadas, como agotadas.

-¡Come! -le recomendó Zacarías; suave familiar parecía a Benjamín, el amargamente probado, esa extraña voz que le llegaba como un dulce viento de un lejano país. Se sirvió gustoso la fruta, rompió despacio el pan y con pequeños y silenciosos sorbos bebió el vino que resplandecía purpúreo en la luz. Estimaba el que se le dejara esperar en silencio y recogerse. Le gustaba que inmediatamente encima del circulo iluminado comenzase la obscuridad. Erale caro este hombre extraño y familiar como de los días de su niñez. A veces miraba tímida y contenidamente al que sentía frente suyo en las tinieblas con el liviano gesto de la preocupación delicada.

Zacarías sacó entonces del todo la pantalla de la lámpara como si hubiera sentido ese deseo de proximidad confidencial. La luz, hasta entonces oprimida sobre la mesa, se difundió claramente en el espacio entero. Por primera vez vio Benjamín de cerca al amigo que hasta entonces sólo conocía fugazmente, un cansado rostro delicado y enfermizo en que estaban grabadas innumerables arrugas como con un buril fino, un rostro de pena secreta y de una paciencia que obra en silencio. Y cuando aquél levantó la vista y miró francamente a los ojos que le contemplaban, comenzó a manar de sus pupilas un cálido resplandor:

Zacarías le sonreía.

Esa sonrisa animó al anciano:

-Cuán distinto eres conmigo de los demás. Todos se enojaron porque no realicé un milagro a pesar de que les había conjurado que no esperasen prodigios.

Sólo tú, que me abriste el camino al emperador, tú sólo no estás enojado. Y, sin embargo, ellos tienen razón cuando ahora se mofan de mí. ¿Por qué desperté esperanza, para qué vine? ¿Para qué vivo todavía si sólo es para ver cómo el candelabro viaja de nuevo y sigue huyéndonos?

Pero Zacarías continuaba sonriéndole, y de esta fuerte y suave sonrisa emanaba consuelo:

-¡No te subleves! Quizás era demasiado temprano y nuestro camino equivocado.

Pues, ¿a qué nos ha de servir el candelabro mientras el templo yace en ruinas y el pueblo peregrina en el exilio? Quizás quiere Dios que el destino del candelabro continúe siendo un secreto y no se manifieste al pueblo.

Benjamín sintió el consuelo. Las palabras caldeaban su corazón. Inclinó la cabeza y dijo como a sí mismo:

-Perdona mi desaliento, pero mi vida se ha estrechado y está demasiado cerca ya de la muerte. He subsistido ochenta y ocho años; a esa edad el corazón ya no quiere esperar. Desde que quise salvar el candelabro, siendo un niño, sólo vivía con un objeto: su retorno y liberación, y de año en año esperaba fiel y pacientemente.

Llegué a anciano: y ¿cómo pudiera seguir esperando y confiando?

-No tienes que esperar más. Pronto todo estará cumplido.

Benjamín lo miró sorprendido. El corazón golpeó vehemente esperanza. Zacarías le sonrió más fuerte:

-¿No adviertes que fui a llevarte un mensaje?

-¿Qué mensaje?

-El que esperas.

Benjamín se estremeció. De pronto temblaron, como un follaje trémulo en el viento, sus manos que recién aún descansaban fatigadas sobre la mesa.

-Tú crees... quieres decir, que podré volver al emperador para...

-No- eso no. Jamás retira lo que ha dicho. No nos devolverá la Menorah.

-¿A qué entonces mi permanencia, mi vida? ¿Para qué he de esperar aquí y lamentarme, una carga para los demás, y se aleja el sagrado símbolo y lo perdernos para siempre?

Pero Zacarías sonrió todavía, y su sonrisa iluminó más y más fuerte su ojo y su boca:

-El candelabro aún no se ha ido de nuestro lado.

-¿Cómo lo sabes? ¿Cómo puedes afirmar eso?

-Lo sé. Ten confianza en mí.

-¿Lo viste ?

-Lo vi. Hace dos horas, nada más, aún permanecía encerrado en el tesoro.

-¿Pero ahora? ¿Se lo han llevado?

-Aun no. Aun no.

-Mas ahora, ¿dónde está?

Zacarías no contestó de inmediato. Dos veces temblaban ya, separados, los labios, pero no se abrió camino la palabra. Finalmente se inclinó más sobre la mesa y exhaló, tal como se susurra un secreto:

-Aquí. Junto a mí. Junto a nosotros.

Benjamín se movió convulsivamente, como si alguien hubiera golpeado su corazón:

-¿Junto a ti?

-En mi casa.

-¿Aquí, en tu casa?

-En esta casa. En esta pieza. Por eso te busqué.

Benjamín vibraba. Había algo en la quietud de ese hombre que le aturdía.

Sin que lo supiera, se habían juntado sus manos, y apenas perceptible susurró:

-¿Aquí? ¿Cómo es posible eso?

-Por muy extraño que te parezca, no es milagro alguno. Desde hace treinta años trabajo en este palacio como orfebre, y el tesoro no encierra pieza alguna que no hubieran traído primero a mi taller para que lo pese y aquilate. Y ahora, lo sé, me entregarán también todo lo que Belisario conquistara de los vándalos, para que lo aprecie según su valor y peso, y como primera prenda pedí el candelabro.

Ayer me lo trajeron los siervos del tesoro: tengo permiso para guardarlo siete días.

-¿Y luego ?

-Luego lo llevará la nave.

Benjamín empalideció de nuevo. ¿Para qué llamarlo entonces? ¿Para que sea testigo una y otra vez de cómo el candelabro, el sagrado, estaba cercano y era robado siempre de nuevo? Pera significativamente le sonrió Zacarías:

-Mas también me es permitido formar copias de todo lo valioso que contiene el tesoro imperial. Muchas veces, cuando en la cámara no figura sino una sola pieza, me exigen que haga otra igual, pues confían en mi mano. Labré la corona de Justiniano de acuerdo a la de Constantino, y para Teodora hice una diadema como otra igual llevaba en su tiempo Cleopatra. Y ahora solicité licencia para crear una copia del candelabro antes de que lo envíen a la nueva iglesia allende el mar, y hoy mismo iniciaré la labor. Ya están calentados los crisoles, y tengo preparado el oro; dentro de siete días estará terminado un candelabro nuevo, tan exactamente igual al nuestro que nadie podrá distinguir entre ellos, pues idéntico

será éste a aquél en peso, en forma y aun en el adorno, y será igual el grano del oro. Sólo que el uno será sagrado y el otro nada más que trabajo humano. Pero a partir de ahora será secreto de dos hombres solamente, tuyo y mío, cuál de los dos es el sagrado y cuál el otro, cuál el que nosotros mismos conservaremos piadosos, y cuál entregaremos a aquéllos para el viaje al extranjero.

Benjamín no sintió más el temblor en sus labios. La ola de la sangre pasaba de pronto suave y cálida por su cuerpo entero, el pecho se distendió, los ojos se aclararon y como un reflejo se dibujó la sonrisa del otro en su propio viejo rostro arrugado. Comprendió. Lo que él mismo había ensayado antes, lo realizaba ahora ese otro. Retomó el candelabro de los otros, devolviendo igual por igual en oro y peso y salvando únicamente lo sagrado. Pero no envidió a Zacarías la acción, cuya realización había sido hasta ahora objeto de su vida. Sólo dijo humildemente:

-Alabado sea Dios. Ahora muero gustoso. Tú encontraste el camino que yo buscaba en balde. A mí Dios me llamó. A ti, te bendijo.

Pero Zacarías lo refutó.

-No. Si hay uno que restituye el candelabro a la patria, ese uno serás tú.

-Yo no. Yo soy un viejo. Puedo morir en el camino, y de nuevo caería en manos extrañas.

Pero Zacarías sonrió fuerte y decididamente:

-No morirás. Ya sabes tú que no pasará tu vida antes de que se haya cumplido su sentido.

Benjamín recordó: la víspera aun deseaba morir y Dios le había negado el deseo. Quizá le esperaba aún en verdad una misión. Por eso no se resistió más, y dijo solamente:

-No tengo voluntad contra su voluntad. Si Dios me elige verdaderamente, ¿cómo he de negarme? ¡Ve y empieza!

Durante siete días permaneció cerrado el taller de Zacarías, el orfebre. Por siete días no pisó su pie la calle y no se abrió su casa a ningún llamado. Delante suyo estaba, en un andamio elevado, el candelabro eterno, quieto y magnífico, tal como otrora había estado delante del altar del Señor; en el horno se contraía, convulsivamente, con lenguas silenciosas el fuego, derritiendo el oro despedazado de anillos, presillas y monedas. Benjamín no pronunció en estos siete días palabra alguna. Miraba cómo la masa hirviente se agitaba en el crisol, y cómo la que se echaba afluía sumisa en las formas preparadas y se endurecía enfriándose.

Librodot

Cuando luego Zacarías, con cuidadosos golpes de espátula rompió la envoltura, ya pudo reconocer aproximadamente la forma del nuevo candelabro. Fuerte y erguida, salía la columna del sostén del basamento, y de ella partían los siete brazos combados hacia arriba como tallos del tronco. Formáronse claramente los cálices, destinados a sostener las luces, y la mano del orfebre que martillaba y limaba incansablemente, dibujaba más y más netamente en las superficies**,** planas aún, exactamente los mismos delicados ornamentos de flores que adornaban al candelabro sagrado. De un día a otro aumentaba la similitud entre el candelabro que se estaba haciendo y el milenario, la forma nueva y el santo original. Y finalmente, el séptimo día estaban uno frente al otro como hermanos gemelos, sin que se pudiera distinguir uno del otro, gracias a su absoluta igualdad en tamaño y color, medida y peso. Pero Zacarías comparaba una y otra vez incansable con su ojo experto, a los dos, y siempre entallaba y repujaba algo con el buril más fino y la lima más aguda en su obra amada. Finalmente dejó caer la mano. No quedaba diferencia alguna para poder acechar, y tan fielmente parecidos era uno al otro que, para no engañarse a sí mismo, Zacarías tomó por última vez el buril y marcó en el sombreado pistilo interior de una flor, una última señal para reconocer que éste era el candelabro nuevo, su obra propia, y no el del pueblo y del templo.

Hecho eso, dio un paso atrás, se quitó el delantal de cuero y se lavó las manos.

Después de siete días de labor volvió por primera vez a dirigir la palabra a Benjamín.

-Mi servicio ha terminado. Ahora empieza el tuyo. Toma nuestro candelabro y haz con él según tu mejor parecer.

Pero ante su asombro, lo rechazó Benjamín: -Tú has trabajado siete días, y siete días he pensado yo y consultado a mi corazón. Asaltóme un temor, y me pregunto si no es engaño lo que hacemos. Pues algo tomaste, y devuelves cosa distinta a aquello que te confiaron de buen grado. No, no es posible que retornemos el substituto y nos quedemos con el auténtico, que tomemos por sorpresa lo que no nos dan abiertamente. Dios no ama la fuerza, y cuando yo, de niño, alargué el puño hacia lo sagrado, me laceró el brazo. Pero yo sé que Dios no desprecia menos el engaño, y el que engaña y embauca, a ése lastima el alma.

Zacarías reflexionó:

-¿Pero si el tesorero mismo elige entre los dos al que no es auténtico?

Benjamín levantó la vista.

-El tesorero sabe que uno es viejo y otro nuevo, y si pregunta por el auténtico y verdadero, nosotros tenemos que darle ése. Pero si Dios dispone que él no pregunte y uno le signifique tanto como el otro, porque son iguales por su oro y peso, entonces, considero, no hemos cometido deslealtad alguna. Si él mismo decide y elige el tuyo, ello nos servirá de aviso. Pero que no sea nuestra la decisión.

Entonces envió Zacarías al siervo hasta la casa del tesorero, y éste llegó, un hombre afable y bonachón de pequeños ojos redondos que miraban penetrantes y expertos por encima de las mejillas rosadas. Tocó como conocedor en el vestíbulo ya dos bandejas de plata labrada que acababan de terminarse, las golpeó con el dedo y examinó su dibujo gracioso. Curioso levantó una detrás de la otra las piedras talladas de la mesa de trabajo. contra la luz; tan juguetón y enamorado repasaba pieza por pieza, tanto las obras terminadas como las que tenía entre manos el orfebre. que Zacarías tuvo que advertirle que

mirase por fin a los candelabros, el milenario y el recién creado, el original y la copia, que permanecían tranquilos y dorados uno al lado del otro sobre la mesa.

El tesorero se colocó interesado frente al par de candelabros. Se notaba que su goce de conocedor se sentía estimulado por reconocer en una falla mínima o en una desigualdad oculta cuál era el recién formado, y cuál el que pertenecía al botín. Daba vueltas cuidadosamente a uno y otro y los miraba de todos los lados, de manera que la luz caía siempre en otros ángulos sobre ellos. Comprobó su peso, arañó el oro, apartándose y acercándose de nuevo comparó y volvió a comparar con creciente atención su proporción intachable. Por último se inclinó muy cerca sobre las ranuras y fisuras delicadísimas acercando a los ojos un cristal tallado de los que aumentan. Pero no pudo encontrar diferencia alguna. Cansado, dejó las vanas comparaciones y golpeó el hombro de Zacarías:

-Eres un maestro. Zacarías. y tú mismo un tesoro para nuestro tesoro. Por toda la eternidad nadie podrá distinguir cuál es el viejo y cuál el nuevo, tan firmemente obra tu mano. Magnífico, querido.

Y ya se dio vuelta displicentemente para examinar otra vez las piedras talladas, y eligió una para sí mismo. Entonces, Zacarías tuvo que advertirle:

-¿Cuál es, pues, el candelabro que pretendéis?

Indiferente, y casi de espaldas ya, contestó el tesorero:

-El que quieras. Lo mismo me da.

Entonces salió Benjamín de la sombra en que se había ocultado, tímido y agitado:

-Señor, te rogamos que tú mismo elijas uno de los dos.

El tesorero miró extrañado al anciano desconocido. ¿Qué pretendía este hombre raro y para qué lo miraba tan suplicante con ojos ardientes e inquietos?

Pero bien humorado como estaba, y demasiado indiferente como para no cumplir el deseo de un viejo, volvió sobre sus pasos. De buen talante, tomó una pequeña moneda y la tiró al aire. Cayó y dio vueltas como un trompo en el suelo, tres veces giró y volvió, y por último quedó quieta a su siniestra. Sonriente señaló el tesorero el candelabro que también estaba a su izquierda: "¡Este, pues!"

Luego se fue. Los siervos que habían sido llamados llevaron al candelabro elegido hasta el tesoro. El orfebre acompañó a su profesor, agradecido y atento, hasta el umbral de su aposento.

Benjamín se había quedado atrás. Tocó con .mano trémula al candelabro.

Era el auténtico, el sagrado, y aquél había escogido el otro para el emperador.

Cuando Zacarías regresó, vio a Benjamín permanecer inmóvil ante el candelabro, y contemplarlo tan ardientemente como si lo absorbiera del todo con su mirada. Cuando el anciano se volvió hacia él, parecía el reflejo dorado brillar todavía en la niña de sus ojos. El probado había encontrado aquella tranquila serenidad que la clara decisión obsequia siempre al alma. Sólo pidió en voz baja:

-Dios te agradezca, hermano. Y ahora, consígueme una sola cosa más: Un ataúd.

-¿Un ataúd ?

-No te extrañe. También he pensado y reflexionado en estos siete días y noches cómo podría llevarse la paz al candelabro. Como tú, pensé yo primero que si salvamos la Menorah, ha de pertenecer al pueblo y él debe guardarla como sagradísima prenda. Pero nuestro pueblo, ¿dónde está y cuál es su residencia? Aun somos, en todas partes, azuzados y tolerados, en ningún lado nos está asegurado un sitio para guardar dignamente el

candelabro. Donde tenemos una casa, nos arrojan, y donde elevamos un templo, lo destruyen; mientras la fuerza siga rigiendo a los pueblos, no tendrá paz lo sagrado sobre la tierra. Sólo hay paz bajo la tierra. Allá descansan los muertos, con el pie horizontal, de su viajar. Ahí no brilla el oro para ningún ladrón y no excita la codicia. ¡Qué descanse, pues, en paz allá, el que retorna de mil años de peregrinación !

-¿Para siempre -se sorprendió Zacarías-, piensas enterrar el candelabro?

-¿Cuándo le ha sido dado al hombre imaginarse tan sólo la eternidad? ¿Cómo podría fijar yo un término a una cosa desconociendo el de mi propio ser?

Quiero hacer descansar el candelabro, pero ¿quien, sino Dios, sabe cuánto tiempo descansará? Yo puedo realizar la acción mas, ¿cómo he de poder medir sus consecuencias, calcular el tiempo y la eternidad? ¡Que decida Dios, El solo.

sobre el destino del candelabro! Yo lo entierro, porque no sé de otro modo de cuidarlo verdaderamente, pero ¿quién sabría decir para cuánto tiempo? Quizás, Dios lo dejará eternamente en la obscuridad, y nuestro pueblo tendrá que peregrinar inconsolado, disperso y desparramado sobre el lomo de la tierra. Mas, quizás -y mi corazón está pletórico de tal esperanza- quizás querrá su voluntad que nuestro pueblo regrese a su patria. Entonces sabrá encontrar -¡ten la seguridad!- a alguno que casualmente tome un azadón y descubra la tumba del sepultado, tal como Dios me encontró a mí para que esconda al inquieto. No te preocupe la decisión, déjasela a El y al tiempo. Que se dé por perdido el candelabro.

Nosotros, secretos de Dios, nosotros no estamos perdidos. Pues el oro no perece en el regazo de la tierra, como el cuerpo humano, ni perece nuestro pueblo en las tinieblas del tiempo. Perdurará el uno y el otro, el pueblo y el candelabro. Déjanos creer, pues, que resurgirá el que enterramos y que brillará de nuevo ante el pueblo que habrá regresado. Pues sólo si nunca dejamos de creer, resistiremos al mundo.

Ambos apartaron la vista uno del otro y miraron a lo lejos. Luego repitió Benjamín:

-Y ahora, procúrame el féretro.

El carpintero trajo el ataúd. Era un cajón común, y así lo había pedido Benjamín, para que no despertara mayor curiosidad si lo llevaba consigo hasta la tierra de los antepasados. Muy a menudo llevaban los devotos ataúdes a sus peregrinaciones para enterrar a padres y parientes en tierra santa. Podía guardar el candelabro sin peligro en tal ataúd de pino, pues de todas las cosas del mundo sólo lo que ha perecido se escapa a la codicia de los hombres.

Respetuosos depositaron los dos la Menorah en el cajón mortuorio. Envolvieron cuidadosamente sus brazos dorados con seda y pesados brocados, tal como se envuelve la Thora, hija del propio Dios. Rellenaron los huecos con estopa y lana suave para que el metal no golpease durante el transporte resonando contra h madera y no revelase el secreto. Con mano delicada y trémula recostaron a la Menorah en el ataúd, la cuna de los muertos; y ambos sabían y se estremecieron:

Quizás, si Dios no cambiaba graciosamente el sino del pueblo, ellos dos serían para toda eternidad los últimos que hayan visto con ojos respetuosos y tocado con sus manos al candelabro de Moisés, el sagrado candelabro del templo. Mas, antes de que cerraran el féretro, fueron aún en busca de un pergamino consistente y en él escribieron y confirmaron que ellos, Benjamín Marnefesh, llamado el amargamente probado, de la familia de Abthalion, y Zacarías, de la sangre de Hillel, habían depositado en este ataúd la sagrada Menorah, en el octavo año del gobierno de Justiniano sobre Bizancio, para que quedara testimoniado, en el caso de que alguna vez alguien desenterrara a este candelabro en la

Tierra Santa, que ése era el verdadero candelabro del pueblo. Guardaron ese rollo de pergamino en una cápsula de plomo, y Zacarías, el platero soldó esa cápsula minuciosamente para que jamás destruyeran la humedad y el moho la escritura. Unió la cápsula con graciosa cadenita de oro al tronco del candelabro, de tal modo que habían de encontrarse simultáneamente el candelabro y el testimonio. Hecho eso, cerraron el ataúd con clavos y remaches y no cambiaron ni una palabra más hasta que los siervos le llevaron el ataúd a Benjamín hasta la nave que salía con rumbo a Jope.

Sólo a bordo, cuando ya la vela crujía en el viento, se despidió Zacarías del amigo, y lo besó:

-¡Que Dios te bendiga y te guarde! ¡Que El señale tu camino y consagre tu obra! Hasta ahora, nosotros dos éramos los últimos y únicos que conocían el camino del candelabro. De aquí en adelante lo conocerás tú solo.

Benjamín se inclinó devotamente.

-A mi saber también le está concedido sólo un breve término todavía. Entonces ya sabrá únicamente Dios dónde descansa la Menorah.

Como siempre cuando anclaba una nave en Jope, reunióse una gran cantidad de curiosos en la playa para mirar de cerca y saludar a los que llegaban. Había entre ellos también algunos judíos, y apenas reconocieron que aquel anciano de barbas blancas era uno de los suyos, y tan pronto como vieron que tras suyo bajaban un ataúd, juntáronse todos y siguieron en silencioso acuerdo al féretro, formando un cortejo solemne, pues considera la fe judía como acción bondadosa y agradable a Dios el acompañar a todo muerto en una parte de su último camino y el ayudar devotamente también en el entierro de un extraño y desconocido.

Y no se substrajo al deber sagrado ninguno de los judíos de Jope tan pronto como tuvieron noticias del ataúd que uno de los suyos había traído a través del mar. Llegaron de todas las callejuelas y casas, dejando su obra y trabajo, y silenciosamente acompañó un creciente cortejo al ataúd hasta el albergue en el que Benjamín buscaba alojamiento para la noche. Sólo allí rompieron el silencio después de que se hubo colocado el ataúd al lado de su lecho, pues eso era lo que extrañamente exigía el anciano. Saludaron al compañero de su fe con la expresión de la bendición, y preguntáronle de dónde venía y adónde le conducía su camino. Benjamín contestó brevemente. Temía mucho que ya pudiesen haber llegado a ellos noticias de Bizancio y que alguno le reconociera. Y no quería avivar nuevamente indómita esperanza entre sus hermanos. Pero también quiso evitar toda mentira a la sombra del candelabro, y pidióles permiso para guardar silencio. Dijo tener la misión de sepultar este féretro, y que no le era permitido decir más. Evitó cuidadosamente la curiosidad que seguía preguntando, consultando a su vez dónde estaba el sagrado lugar para bajar un ataúd a la tierra. Entonces sonreían los judíos de Jope con tranquilo orgullo, y le dijeron que todo y cualquier lugar de esa tierra era sagrado y en todas partes el suelo bendito de por sí. Pero luego le designaron y le señalaron todos los lugares en que descansaban, en sus tumbas, en cuevas o en el campo plano, reconocibles solamente por piedras acumuladas y toscas, los antepasados, los patriarcas y las madres de las tribus y los héroes y los reyes del pueblo, y alabaron el rigor activo de esos lugares sagrados. Advirtieron que ningún devoto dejaba de visitarlos para recibir consuelo en ellos. Ofrecieronse diligentes para acompañarlo ahí -pues emanaba de ese viejo algo que demandaba respeto y sus almas sospechaban un secreto- y

Librodot

de bajar a la tumba, con su permiso, al muerto desconocido, uniéndose con él en la oración. Pero Benjamín rechazó su buena voluntad invocando su secreto y los despidió con muchas protestas de agradecimiento. Sólo pidió al dueño del albergue que pusiera a su disposición, a la mañana siguiente, un mozo, a quien pagaría bien, conocedor de los caminos y suficientemente fuerte para excavar una tumba en un lugar que le señalaría, así como una mula para el transporte del féretro. El posadero le prometió que al levantarse el sol estaría preparado su propio siervo para acompañarle a donde deseara.

Esa noche en el albergue de Jope era la última de doloroso inquirir y de santo martirio en la vida de Benjamín, el probado. Una vez más apartóse la seguridad de su alma, una vez más le pesaba, dolorosa y penosa, la decisión. Preguntóse una y otra vez si tenía verdaderamente el derecho de callar al pueblo el regreso y la salvación del candelabro, y de no revelar a sus hermanos el sacro objeto que iba a enterrar en esa tumba. Pues si ya emanaba tan fuerte consuelo para los afligidos de la osamenta muerta, de las tumbas de los antepasados y patriarcas, ¡cuán dichoso habría de ser ese pueblo perseguido, pisoteado y perdido en todos los vientos, si se le dejara nada mas que la más débil sospecha de que no estaba perdido el candelabro eterno, ese símbolo más visible de su unidad, sino que aguardaba a salvo y seguro en tierra patria el día del retorno! "¿Cómo puedo negarles la esperanza? -gimió sin poder dormir-, ¿cómo puedo guardar para mí el secreto, cómo puedo llevarme a la muerte lo que resultaría esperanza y alegría a miles? Sé cómo están sedientos de consuelo: terrible destino el de un pueblo: tener que esperar eternamente lo que quizás y alguna vez se produce, confiar siempre calladamente en la Escritura y no poder retener jamás un aviso.

Y sin embargo sólo callándome puede conservarse el candelabro para el pueblo.

Señor, ¡ayúdame en mi desazón! ¿Cual es el modo de obrar bien y cual es la manera de no cometer una injusticia con mis hermanos? ¡Puedo mandar de vuelta desde la tumba al siervo que aquél me prometió, con la consoladora nueva de que en ella descansa una prenda sagrada?

¿O debo permanecer mudo para que ninguno conozca, fuera de Ti, el lugar de ese sepulcro? ¡Señor, decide Tú por mí! ¡Una vez, ya me diste una señal, ahora dame otra más: Señor, líbrame de la resolución!

Pero la noche permaneció muda, y el sueño huyó hostil al probado. Siguió despierto con el ojo ardiente hasta el nacer del nuevo día, preguntando y preguntando, y con cada pregunta más profundamente engolfado en la red ahogadora del temor y del pesar. Ya se aclaró el oriente, y aun no había ganado claridad el alma del anciano.

Entonces penetró el hostelero con mirada afligida a la cámara.

-Perdón, pero no puedo hacerte acompañar por el mozo que conoce el camino, según ayer te prometí. Durante la noche se descompuso repentinamente.

Salió convulsivamente espuma de su boca, y ahora está yaciente con una fiebre devoradora. Sólo puedo cederte al otro sirviente. En verdad le es extraño el país, y además es mudo; Dios le cerró la boca desde su nacimiento. Pero si con él te conformas, gustoso te mandaré el mudo.

Benjamín no miró al posadero. Sólo levantó, agradecido, la mirada. Había recibido respuesta. Fuéle enviado un mudo en señal de silencio. Uno que desconocía el país para que permaneciera eternamente oculto el lugar. No titubeó más su alma, y agradecido contestó:

-¡Mándame el mudo! Y no te preocupes. Yo mismo conozco mi camino.

Benjamín marchó desde la mañana hasta la tarde con su mudo acompañante a través del país abandonado. Detrás de ellos trotaba, silenciosa y paciente, la mula con el féretro atado a su lomo. A veces, pasaban delante de chozas que quedaban, pobres y llenas de tierra, a la vera del camino, pero Benjamín no descansó en ninguna de ellas. Y si se encontraban con caminantes, sólo les daba el saludo de la paz y evitaba toda conversación. Ya sintió ansia por terminar la labor encomendada y por enterrar el candelabro. Aun ignoraba el lugar apropiado, y un temor oscuro y misterioso vetole la elección propia. "Por dos veces", pensó piadosamente, "recibí señales. Esperaré la tercera". Así siguieron de consuno por el país que poco a poco se obscurecía, y sobre las colinas elevóse la noche y unas nubes grávidas que pasaron inquietas y cubrieron la luna que, desde hacía tiempo ya, estaba en el cenit, según denunciaba un pálido claror sobre las cimas. Faltaría una hora o dos aún hasta el próximo lugar que ofrecía albergue. Pero Benjamín proseguía esforzadamente y a su lado, como una sombra callada, el mudo con la pala al hombro y, detrás de los dos, la mula a trote regular y paciente.

De pronto se empacó el animal y se quedó parado. El siervo tomó la mula de las riendas para arrastrarla. Pero el animal lo rechazó afirmando sus patas delanteras tercamente contra el suelo y rechinó los dientes encolerizado. No quería seguir. El mudo bajó furioso la pala para golpear con su mango de madera al animal obstinado, pero Benjamín lo agarró fuertemente del brazo. Que esperase le mandó, y dejase al animal en paz. Quizás era esa demora una advertencia y una señal.

Benjamín miró en torno suyo. El obscuro paisaje de colinas yacía abandonado, no había en la proximidad casa ni choza alguna. Debían haberse desviado de la carretera a Jerusalén, y Benjamín reflexionó que ése era un lugar apropiado para realizar su obra sin testigos. Probó la tierra con el bastón; era grasa, firme y sin piedras. Podría excavarse rápidamente un sepulcro allá y las colinas circundantes ofrecían protección contra las arenas movedizas que de ordinario borraban prontamente la huella. Ahora ya sólo se trataba de encontrar un lugar adecuado.

Miró, indeciso, largo rato primero hacia la derecha y luego hacia la izquierda, para realizar la postrera elección. Pero entonces vio a la diestra en el campo abandonado, a la distancia de dos o tres pedradas del camino, un árbol de mucha sombra, muy parecido, en su forma y crecimiento, a aquel otro en la colina de Pera bajo el que había descansado y le había llegado el mensaje de guardar el candelabro. Recordó su sueño, y su corazón cobró seguridad. De inmediato ordenó al mudo que desatase el ataúd del lomo de la mula, y apenas se cumplió su mandato cuando el animal ya aflojó sus miembros y se arrimó a él de modo que sintió en su mano el halo cálido del hocico. Refirmóse entonces su seguridad de que aquél era el lugar propicio, y lo señaló al siervo que comenzó, laborioso, su trabajo. La pala resonaba como si fuera de plata; obediente y vigoroso removió el mudo la muda tierra. Pronto llegó a la profundidad requerida. Ya no restó sino lo último: bajar el candelabro a ella. Con los brazos vigorosos sostuvo el siervo la carga sin sospechar nada; el ataúd se deslizó cuidadosamente y quedó por fin tendido para el eterno sueño guardando en la cáscara de madera el valioso fruto de oro al que pronto habría de cubrir la corteza eternamente viviente de la tierra que respiraba, verdeaba y germinaba.

Lleno de veneración se inclinó Benjamín: "Soy el testigo, el último", pensó y nuevamente se estremeció bajo la pesada carga de la idea: "Nadie fuera de mí conoce ahora el secreto de nuestro candelabro. Nadie sabe su sepulcro y sospecha el lugar oculto". Pero

Librodot

en ese momento desgarró la luna su velo. Las nubes, que desde el atardecer habían retenido su brillo apartáronse un poco, y llegó a la tierra una claridad en un rayo fuerte, y era como si desde el medio del cielo mirara un gigantesco ojo blanco entre obscuros párpados. No era como un ojo humano, sombreado y con pestañas, tierno y perecedero, sino un ojo redondo y duro como hecho de hielo, eterno e indestructible. Miró y brilló hasta la profundidad del sepulcro abierto, y fueron visibles los cuatro flancos recortados de la excavación, y las planas paredes de pino del ataúd relucían en la luz blanquecina como metal brillante. Fue un solo instante, una sola mirada desde lejanías infinitas; luego cubrieron las nubes de nuevo a la luna errabunda. Pero Benjamín supo que otro ojo, fuera del suyo, había distinguido la morada del candelabro.

A una señal suya cubrió el siervo el hueco con terrones de tierra, y cuando quedó concluida la labor y el suelo plano otra vez sobre la tumba cerrada, ordenó Benjamín al siervo que regresara y llevara consigo la mula libre de la carga. El mudo hizo desesperadas señas con las manos. Quiso expresar que el anciano no debía quedarse solo en la obscuridad y en tierra extraña, porque amenazaba peligro de asaltantes y de bestias salvajes. Quería acompañar al bondadoso señor, cuando menos hasta el próximo paraje de descanso. Pero, decidido e impaciente, mandó el anciano al mudo que cumpliese estrictamente su orden; y como aun titubeara, le echó con palabras de reconvención. Estaba impaciente por ver desaparecer finalmente al hombre y a la bestia detrás del recodo del camino y de quedarse solo bajo el cielo inmensamente vacío y en medio de lo inconcebible de la noche grandiosa.

Se acercó una vez más al sepulcro, e inclinando la cabeza pronunció la oración de los muertos: "Grande es el nombre y sagrado es el nombre de lo eterno en este mundo y en los otros mundos y también en los días de la resurrección".

Sintió el deseo de colocar, según la costumbre piadosa, una piedra u otra señal sobre la tierra removida. Pero desistió en holocausto del secreto, y sin volver de nuevo la mirada, caminó sin rumbo y sin preguntarse adónde. Ya no tenía meta desde que había dado reposo al candelabro. Le había abandonado todo temor, y su alma no sentía más miedo. Había hecho lo que estaba destinado hacer. Ahora quedaba de Dios si el candelabro había de permanecer oculto hasta el fin de los días y si el pueblo había de seguir diseminado sobre la tierra. O si quería reconducir, finalmente, a su pueblo y hacer resucitar el candelabro de su tumba desconocida.

El anciano atravesó la noche, que jugaba obscura con las nubes y a momentos brillaba con las estrellas, y su paso era cada vez más contento y alegre. Como por encantamiento se desvaneció el peso y la gravedad de los muchos años vividos, y desde los adentros se aligeraban sus miembros, y sintióse ágil como nunca.

Las viejas articulaciones le obedecían de pronto como untadas con un aceite suave y cálido; caminó ligero y como alado, cual si pisara sobre agua. Levantó la cabeza, alzó la mano como llevada por un viento imperceptible, y ya le parecía - ¿o lo soñaba sólo, despierto?- que por primera vez podía volver a levantar también el brazo destrozado. Sintió en su interior la sangre más y más clara, y subir como una savia vivificante en el tronco; ya, golpeó finalmente en las sienes, y de repente oyó un canto. No sabía ya si eran los muertos bajo la tierra los que cantaban en un coro fraternal para saludarle al volver, o si ese rumor cálido llegaba desde las estrellas que brillaban cada vez con más fuerza. No lo sabía. Sólo caminaba y caminaba, como llevado sobre las alas más y más adentro de la noche rumorosa.

A la mañana siguiente encontraron unos mercaderes, que se dirigían al mercado de Ramleh, a un hombre anciano en un campo cercano a la carretera. Estaba muerto. Yacía con la cabeza descubierta y con la espalda contra la tierra.

Tenia los brazos como si quisiera abrazar algo infinito, grandemente abiertos; las manos se tendían con los dedos separados como las del que va a recibir un gran regalo. Los ojos estaban claramente abiertos en el pacífico rostro transfigurado del que descansaba en la bienaventuranza. Y cuando uno de los mercaderes se inclinó para cerrarlos piadosamente, vio que estaban plenos de luz y que en sus redondas pupilas tranquilas se reflejaba el cielo entero.

Mas, los labios del extraño estaban severamente cerrados bajo la barba: y era como si retuviera un secreto entre sus dientes aun más allá de su propia muerte.

El candelabro imitado llegó pocas semanas después a tierra santa y, de acuerdo a la ordenes de Justiniano, fue colocado en la iglesia de Jerusalén, debajo del altar. Pero no fue larga su permanencia allá. Pues hicieron irrupción los persas y lo rompieron y despedazaron para convertirlo en presillas para sus mujeres y en una cadena para su rey; así como siempre perece la obra del hombre en el tiempo absorbente y en el sentido destructor del hombre, así pereció también el signo que aquel platero había formado, y su huella quedaba perdida para siempre .

Pero guardado por el secreto, sigue esperando el candelabro eterno, desconocido e intacto en su sepulcro oculto. Ruidosos e indómitos pasaban sobre él las tiempos, en cientos de años luchaban pueblos y más pueblos por su tierra, y extrañas generaciones, cada vez mas diferentes, se combatían sobre su reposo.

Pero no pudo hacer presa de él robo alguno ni destrozarlo ninguna codicia. A veces pasa hoy un pie apurado sobre los terrones protectores, a veces descansan, bajo el ardor del mediodía, algunos durmientes en la vera del camino, cerca de su sueño, pero nadie sospecha de su proximidad y ninguna curiosidad ha extendido todavía la mano hasta su profundidad. Como todo secreto de Dios, descansa en la obscuridad de los tiempos, y nadie sabe si dormirá eternamente, oculto y perdido para su pueblo que aun sigue errando sin paz, de exilio en exilio, o si finalmente lo hallará alguien en el día en que su pueblo se vuelva a encontrar y en que él pueda iluminar a los pacificados en el templo de la paz.